

ADVIENTO

El año litúrgico empieza donde termina. No tiene fin en sí mismo. Es un ciclo que nunca está cerrado, siempre abierto; sabiamente dispuesto para que su final coincida con su principio. La solemnidad de *Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo*, termina con la proclamación de la realeza de Cristo y la esperanza de su retorno glorioso. Y, el *Año de gracia del Señor* se inicia siempre el Domingo 1º de Adviento con la venida escatológica de Jesucristo.

«Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. El que nos ama, y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre. A Él, la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. Mirad: viene entre las nubes. Todo ojo lo verá, también los que lo traspasaron. Por él se lamentarán todos los pueblos de la tierra. Sí, amén. Dice el Señor Dios: “Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir, el todopoderoso”» (Ap 1,5-8).

Estas palabras del libro de la Revelación, contienen toda la teología del Año litúrgico. Quizá son las más solemnes del Nuevo Testamento.

La Iglesia, como Esposa, desea ardientemente esta venida de Cristo y con el Espíritu clama incesantemente: «*Ven, Señor Jesús*». Viene para habitar en nosotros; para ser amado, conocido y celebrado. Al no saber con exactitud cuándo ocurrirá la Parusía, la Iglesia anima a prepararnos durante el Adviento para este momento. Es un tiempo, para pensar en qué necesitamos para ser mejores, para reflexionar sobre nuestra fe, nuestra relación con Dios y con el prójimo.

Por tanto:

1. El adviento es un tiempo de esperanza y arrepentimiento de los pecados, preparando la llegada de Jesucristo.
2. El adviento es un tiempo para esperar la llegada de Cristo como Rey del universo.
3. El adviento es un tiempo para valorar nuestra vida cristiana para estar en sintonía con Dios
4. El adviento es un tiempo que debe llevarnos a reflexionar y llegar a ser mejores personas.

Este tiempo de Adviento debemos centrarlo en varios momentos:

- ✓ Recordando el nacimiento de Jesús en Belén, llegando como uno de nosotros, lleno de humildad y pobreza. **Revivimos el Tiempo pasado.**
- ✓ Sintiendo que Jesús está entre nosotros en el mundo, por lo que tenemos que vivir en la paz y amor de Dios. **Disfrutamos el Tiempo presente.**
- ✓ Preparándonos para la venida de Jesús (que llegará como Señor premiando a los creyentes con el Cielo), siendo fieles al Padre y viviendo en comunión con los hermanos para llegar a alcanzar nuestra salvación y la vida eterna. **Organizamos el Tiempo futuro.**

Ambas venidas están totalmente relacionadas una con la otra, de tal modo que, “*al celebrar anualmente la liturgia de Adviento, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías*”. Participando, pues en la preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida.

Por eso, la Iglesia, a través de las lecturas que se proclaman en este tiempo, quiere renovar en el corazón de sus fieles el deseo ardiente de la espera del Hijo de Dios. De tal forma, en las primeras semanas veremos cómo en la Palabra de Dios resuena el anuncio de la venida inminente de Cristo. Asimismo, nos invita a estar siempre preparados y en vela, pues no conocemos el día ni la hora en que vendrá el Hijo de Dios.

Que este tiempo de espera, nos ayude a ser conscientes de lo que está por venir. Cristo viene y quiere que todos participemos de ese momento abriendo nuestro corazón de par en par y así pueda tomar un lugar dentro de él.

La Navidad está cerca y los cristianos lo reconocemos en el color morado del ornamento de los sacerdotes y en la corona de adviento. Es una tradición que se hace presente en casi todas las Iglesias del mundo. Cada domingo se enciende una vela que va precedida de lecturas muy significativas y que marcan el camino hasta llegar a la celebración de la Navidad.

Aunque en esta época nos llegan tentaciones consumistas, como compras o fiestas, no debemos olvidar el verdadero significado del Adviento para estar en armonía con el sentimiento cristiano, viviendo la Navidad del Señor intensamente en familia o rodeado de grupos católicos compartiendo la Eucaristía.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2, 1-5): *Hacia él confluirán todas las naciones.*

Salmo (121, 1b-2.4-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 1-14a): *El día está cerca.*

Evangelio (Mateo 24, 37-44): *Estad también vosotros preparados.*

Comenzamos hablando de sorpresas. Quizás la primera sorpresa sea que hoy comienza un año nuevo. Estamos tan acostumbrados a que el año civil empiece el 1 de enero que no pensamos en que, de hecho, un año puede comenzar en diferentes fechas, según el criterio que usemos para medirlo: Hay un año nuevo civil, sí, pero también un año nuevo de vida, un año más de casados, un nuevo año escolar, un nuevo año en el trabajo que desempeñamos, un año sin la presencia de un ser amado... y también un año nuevo en el tiempo de la Iglesia, un año que esperamos sea de gracia y bendición, un año de crecimiento espiritual y de mayor madurez cristiana.

Cada año trae sus sorpresas, sin duda el que estamos iniciando traerá las suyas: sorpresas personales, familiares y colectivas; sorpresas económicas, artísticas, políticas y también sorpresas religiosas... muchas personas y cosas sorprendentes irrumpen en nuestra vida con una regularidad increíble. La sorpresa de un éxito deseado y la triste sorpresa de una mala noticia.

La lista se puede alargar mucho. Pensemos siquiera un instante en las sorpresas que este año de nuestra vida cristiana que acabamos de concluir nos trajo en nuestra vida personal, en nuestra vida familiar y en nuestra vida parroquial; y, si queremos, podemos ampliar el radio de nuestra mirada. ¡Sorpresas nos da la vida! Con todo, hoy, el Señor nos invita a no dejarnos sorprender de mala manera: **«¡Velad, estad en vela!»**.

Es obvio que no se nos pide desvelarnos o privarnos del sueño necesario. De lo que se habla es de una actitud vital gracias a la cual podemos verdaderamente vivir la vida, no simplemente ver como se la va llevando el tiempo. Los cristianos, desde los primeros tiempos, entendieron el mensaje de Jesús. La presencia del Espíritu del Señor en medio de ellos los ayudó a mantenerse siempre alerta. Quisieron simbolizar esa manera de ver y de vivir con el Señor resucitado, por lo cual crearon el hermoso rito de entregar una vela encendida con la que querían decir: **¡Somos hijos de a luz!** Recordemos que, en nuestro bautismo, se nos entrega un cirio y se nos dice: *“Recibid la luz de Cristo”*, y se nos pide: **¡Enseñad a este niño a caminar como hijo de la luz!**

No es para menos. Nuestras dos fiestas más grandes, la Pascua y la Navidad, se celebran en medio de la noche. Pero es una noche luminosa e iluminada. Una noche que no nos sorprende dormidos, pues hemos aprendido a velar, a vigilar, sabiendo que el Dios de las sorpresas llega en el momento menos esperado.

Comenzamos el Adviento. Es una nueva oportunidad para llenarnos de alegría y de esperanza, para vivir como servidores esperanzados; porque Jesús va a nacer entre nosotros, y se queda para siempre en la vida de los suyos, y marcharemos por sus sendas. Es tiempo de espera, de vigilancia, de cambio de vida, y de vivir ya más abiertos a los demás, a la comunidad. Porque la vida de los testigos de Jesús ha de tener un fundamento: el amor a Dios que es entrega a los hermanos.

La Palabra de Dios que hoy recibimos nos muestra bien cuáles son las claves que hay que tener en cuenta en este tiempo. Esperamos que se haga realidad la promesa del Padre Dios de enviarnos a su Hijo Jesús. Pero no es esta una espera aislada, que hacemos en solitario: es una espera junto a los demás, en comunidad. Dios viene, y viene para siempre, pero para todos sus hijos del mundo entero. Recibimos una Salvación como familia, como pueblo, nunca para nosotros solos. Estamos llamados a vivir en esperanza y sirviendo a los hermanos.

Hay que estar bien atentos, en vela, y darnos cuenta del momento en que vivimos. Nada de renegar una y otra vez de todo lo que vivimos y sucede. Nada de criticar todo y no hacer nada para que algo cambie y sea mejor. Si creemos que Dios está en la vida, también *“en esta que ahora vivimos”* hay que descubrirlo: en los logros humanos, en las dificultades, en las conquistas de bien y de paz, incluso en la violencia y el desamor.

Y fijaos que acciones –en común, junto a los demás– nos va mostrando la Palabra. Hay que vestirse de Jesús (ser como Él en la vida) para ir a su casa; con firmeza y decisión, haciendo pueblos numerosos, para celebrar el Nombre del Señor. Y caminar, conducirnos como si siempre fuera de día, con la verdad y la luz. Vestidos de Jesús, con su Luz, para recibir la Luz. Porque la Salvación de Dios está cerca.

Lo que es visión de Isaías se va a hacer realidad, la Promesa se cumple. La Salvación está bien cerca, a la puerta. Y esto hay que acogerlo y meterlo bien dentro de nuestra vida. No podemos distraernos con ruido, ni con falsas promesas. Y con Jesús entre nosotros todo será ya distinto: de las espadas y armas de muerte se forjarán arados, y de las lanzas podaderas. En medio de esta vida sin esperanza, de la falta de testimonio y de vivencia cristiana, seremos testigos de Aquel que nos nace, que se nos da como Hijo y Hermano.

Este nuevo año de la Iglesia traerá muchas sorpresas, sin duda alguna, y por eso hemos sido invitados a mantenernos alerta, a vigilar y estar preparados, a caminar en la luz. Hermanos: Feliz camino hasta la Luz. Feliz espera de Dios con nosotros. **¡Feliz Adviento!**

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): *Juzgará a los pobres con justicia.*

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): *«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»*

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): *Acogeos mutuamente como Cristo os acogió.*

Evangelio (Mateo 3, 1-12): *Preparad el camino del Señor.*

Dos profetas y un apóstol nos hablan hoy acerca de aquel que es el cumplimiento de la promesa divina para Israel y para todas las naciones. Dos profetas, separados por siglos en el tiempo, pero unidos en la esperanza del Reino de Dios que ya se acerca. En los textos que se nos proclaman tenemos un perfil que no es fruto de buenos deseos, sino de fe y de la esperanza de todo un pueblo. Isaías nos ofrece algunos rasgos que resultarían enigmáticos si solo se diera una lectura superficial a sus palabras. Nos dice: **«Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago que florecerá de su raíz».**

La monarquía israelita había ido de tropiezo en tropiezo y, como en muchos otros sistemas políticos, el pueblo ya se había cansado de esperar a un dirigente que fuera de veras “bueno”, a aquel que hiciera realidad las expectativas frustradas con el paso de los años, alguien que de veras valiera la pena. Es necesario recordar que Jesé era el padre del rey David, el prototipo de los reyes de Israel. Isaías habla ahora de un renuevo, de un vástago nuevo que surgirá del mismo tronco. Se trata, por tanto, de un personaje regio que, a diferencia de los demás, guiará al pueblo hacia la paz social y cósmica.

Lo que el profeta anuncia es: llegará un rey de veras que busque la justicia para el pobre y el desamparado, alguien que, poseyendo el poder, juzgará verdaderamente según la Ley y no según las apariencias. Un vástago de David que permitirá que el Espíritu de YHWH repose sobre él. Alguien que dejará que Dios lo llene de sabiduría y de inteligencia. Uno que no pondrá en sí mismo la confianza, sino en el Dios que le regala con espíritu de consejo y fortaleza. Uno que no hará temblar a los demás, sino que se acogerá con humildad al Dios soberano con espíritu de piedad y de temor reverencial.

Dios le dice a su pueblo, en palabras de Isaías, que Él si tiene memoria y que renueva su pacto a través de un ungido que no está en la línea de los demás ungidos que hasta entonces habían conocido. Los violentos y los impíos no podrán sostenerse ante este mesías de justicia y fidelidad, mientras que el pobre y el desamparado podrán ver en él el reflejo de la identidad divina: justicia y equidad.

Los cristianos adivinamos en esas palabras del profeta los rasgos característicos de Jesús de Nazaret, el renuevo del tronco de Jesé que se alza como estandarte para todos los pueblos, aquel a quien buscan las naciones, aunque lo hagan a tientas y en medio de tinieblas. Con él se ha de establecer el Reinado de Dios.

Cuando él llegue, YHWH será de veras el que reinará. Juan Bautista lo tiene ya muy cerca. Es consciente de su propio poder de atracción a través del anuncio que realiza, pero reconoce bien su papel: **«Yo bautizo con agua, pero el que viene después de mí es más fuerte que yo y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias».** La obra de quien Juan llama “uno más fuerte que yo” es la de sumergirnos en Espíritu Santo y fuego. Como el mesías anunciado por Isaías, también este personaje juzgará, pero tampoco lo hará por las apariencias. Si bien el Bautista no habla de los violentos e impíos, si hace referencia a los que son “de paja”, ya que estos no resistirán la prueba del bautismo de fuego, mientras que “el trigo” tiene un lugar seguro en el granero divino.

Pablo en su carta a los romanos nos invita a conocer las escrituras, fuente de consuelo y paciencia y que, además, nos ayuda a mantener firme la esperanza. La fe en Dios y la fidelidad al Espíritu de Cristo Jesús nos impulsan a los cristianos a “vivir en perfecta armonía unos con otros” para alabar a Dios con un solo corazón y una sola voz. Estamos aún muy lejos de **«acogernos unos a otros como Cristo nos acogió».**

Las diferencias religiosas, las brechas económicas, los estratos sociales, los abismos educativos, las rupturas y separaciones étnicas, las divisiones políticas, las discriminaciones y marginaciones de todo tipo siguen siendo piedras de tropiezo en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad. En principio “todos somos iguales”, pero solo en principio... porque a fin de cuentas estamos muy lejos unos de otros y, además, muchas veces nos descubrimos con pocas ganas de estrechar las distancias que nos separan.

Al avanzar en nuestro tiempo de Adviento, las voces de los profetas se vuelven más acuciantes. No hay lugar para la paja en el Reino de Dios, no hay lugar para la inequidad y la injusticia, no hay lugar para la violencia y la impiedad, no hay lugar para la infidelidad... Que llegue a nosotros el Reinado de Dios, que irruman la paz, la justicia y la fidelidad en nuestro mundo, que vayamos con alegría al encuentro de Jesús, el más fuerte, para dejar que nos sumerja en su Espíritu Santo y en el fuego transformador.

¡Vástago del tronco de Jesé, Jesús Mesías, ven en nuestra ayuda! ¡Ven, Señor Jesús, no tardes! ¡Ven a salvarnos!

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *¿Qué es lo que has hecho?*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Nos ha bendecido en Cristo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Para Dios nada hay imposible.*

En 1848 el papa Pío IX formó una congregación de cardenales y convocó una comisión de 19 teólogos para que cada uno diera su parecer sobre la posibilidad de que la Inmaculada Concepción de María fuese definida como dogma. Siguiendo la propuesta de esta comisión, mediante la encíclica *Ubi primum* (2/1/1849), el papa pidió a todos los obispos del mundo, su opinión sobre la oportunidad de esta definición dogmática.

Respondieron a la consulta 603 obispos: de los que el 90'55 % (quinientos cuarenta y seis) dieron su parecer favorable; el 9'12 % (cincuenta y cinco) aunque aceptaban el privilegio mariano, no consideraban oportuna su definición, para evitar la susceptibilidad de los protestantes; solamente el 0'33 % (dos) se mostraron contrarios. Así que, el dogma de **La Inmaculada Concepción de María** fue promulgado el 8 de diciembre de 1854:

«[...] Para honra de la Santísima Trinidad, para la alegría de la Iglesia católica, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, con la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra: Definimos, afirmamos y pronunciamos que la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción, por singular privilegio y gracia de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo-Jesús, Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios y por tanto debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles. Por lo cual, si alguno tuviere la temeridad, lo cual Dios no permita, de dudar en su corazón lo que por Nos ha sido definido, sepa y entienda que su propio juicio lo condena, que su fe ha naufragado y que ha caído de la unidad de la Iglesia y que, si además osaren manifestar de palabra o por escrito o de otra cualquiera manera externa lo que sintieren en su corazón, por lo mismo quedan sujetos a las penas establecidas por el derecho».

Celebramos pues, en esta fecha, la solemnidad de **la Inmaculada Concepción de María**, recordando el dogma solemnemente proclamado por el papa Pío IX. Pero, sobre todo, no podemos olvidar que estamos en tiempo de Adviento, el tiempo de esperanza de la Iglesia. En principio, podría parecer que, para dar paso a la solemne celebración de esta fiesta, interrumpimos la austeridad de la liturgia del tiempo de Adviento.

Sin embargo, esto no es así, si tomamos conciencia de que el Adviento es el tiempo de esperanza de la Iglesia, de una esperanza centrada en su primera parte en la espera de la venida definitiva de Jesús al final de los tiempos y en la segunda parte, en la espera de la venida del Hijo de Dios hecho carne en la Navidad.

María, como israelita, supo esperar la venida del Mesías, como madre esperó el nacimiento del Hijo y hoy, asunta al cielo y madre de la Iglesia, acompaña, conduce y cuida de los hermanos de su hijo que peregrinan en este mundo y de los que es su primera intercesora.

Por eso contemplamos dentro de la liturgia del Adviento a María como Madre y Modelo. Así nos lo dijo el papa san Pablo VI: *«De este modo, los fieles que viven con la Liturgia el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelo y a prepararse, vigilantes en la oración y jubilosos en la alabanza, para salir al encuentro del Salvador que viene».*

Por tanto, el Adviento es un tiempo marcado fundamentalmente por la esperanza y por ello, María *«Virgen del Adviento»*, es signo y modelo de esperanza y consuelo para la Iglesia que camina en esperanza hasta la venida definitiva de su hijo.

Así lo definió el último concilio: *«Mientras tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor»* (Constitución *Lumen Gentium*, 68).

Muchas veces decimos que María es Inmaculada porque se le aplicaron anticipadamente los méritos de la Redención de su Hijo. Esto no puede ser así, la diferencia entre María y nosotros no puede consistir solo en una prioridad temporal, sino que María ha sido redimida de la manera más perfecta, es el prototipo de la Redención, la vida de María ha sido el acto libre propiciado por la Gracia de Dios, por el que recibe en la fe y concibe en su vientre, al Hijo de Dios para sí y para la salvación de todos los hombres, acontecimiento que supondrá la alianza eterna y definitiva entre Dios y la humanidad.

Por eso, para la fe de la Iglesia, María es la redimida de la manera más perfecta, la que tiene, como nos dice el Evangelio, la *«Plenitud de la Gracia»*. Así, para los que caminamos en esperanza, María es el modelo del perfecto discípulo de Cristo.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 6c-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5, 7-10): *La venida del Señor está cerca.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Los ciegos ven, y los cojos andan.*

En el día de hoy, la alegría es una de las notas más brillantes de nuestra celebración. A este domingo se le solía llamar “*Gaudete*”, por ser esta la primera palabra de la antifona de entrada tomada de una exhortación que hace san Pablo a los cristianos de Filipos: *«Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres»*. Quisiera que todos nos contagiásemos con estas palabras. El Señor está cerca y su presencia es la causa más intensa de gozo que puede haber.

En este tiempo de Adviento y en los días venideros de la Navidad surge espontáneamente la alegría del recuerdo: la inocencia de los años infantiles, la vida en familia, las luces deslumbrantes, las decoraciones atractivas, la música de la época, los cantos de villancicos, los regalos dados y los recibidos, las comidas compartidas, los sueños acariciados, los desvelos mágicos...

Y todo por un niño que nació como un pequeño desconocido a las afueras de una aldea insignificante, de unos padres sin renombre y sin más posesiones que su intenso deseo de hacer siempre la voluntad de Dios.

La alegría del recuerdo, pero también la alegría del trayecto: *“Regocíjate, yermo sediento. Que se alegre el desierto y se cubra de flores... porque le será dada la gloria del Líbano”*. No es el punto de llegada, pero la alegría transcurre durante todo el trayecto porque sabemos que el que viene es Dios, y viene para salvarnos.

El Adviento no es la espera impaciente en una silla incómoda de un cuarto cerrado; el Adviento es camino gozoso... *“Hay que fortalecer las manos cansadas y afianzar las rodillas vacilantes”*. Si se tratara de una espera ociosa, no habría necesidad de fortalecer ni afianzar las extremidades, bastaría con acomodarse bien en la poltrona y dejar pasar el tiempo. Manos fortalecidas, rodillas firmes, mirada renovada, oído atento, a saltos y con cantos, *“coronados de perpetua alegría”* porque vamos de camino rumbo a la casa... la casa de Dios, que es también nuestra casa verdadera.

A la alegría del recuerdo y a la alegría del trayecto se une la alegría de los signos: **¿Eres tú el que ha de venir o tenemos esperar a otro?**, le preguntan los emisarios de Juan a Jesús. Y contestó con lo que estaba pasando: *«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia»*.

Durante el Adviento, nos preparamos para acoger entre nosotros la Salvación de Dios que es Jesús, Dios en persona. Pero ha de ser esta una preparación activa y comprometida en la que nos impliquemos de verdad para llevar a los demás ese Amor del Padre que todo lo hace nuevo, que hace justicia y endereza a los que ya se doblan. Esperanza y compromiso activo, servidores esperanzados, que por algo nos llamamos cristianos.

Estamos invitados y llamados a cambiar todo lo que nos aparta del Dios que viene: el vivir, encerrados en nosotros mismos, el rechazo de lo que rompe el bienestar, el afán de seguridad desmedida, la insolidaridad. Porque este es un tiempo de cambio personal y social. Un tiempo para agarrarnos a lo que de verdad importa: la confianza en Dios, la entrega de Jesús, la atención a los demás, la búsqueda sin pausa del bien y la verdad, la atención a los necesitados, para que nuestra Iglesia y la sociedad vayan también cambiando, sean más parecidas a lo que Dios quiere y nos regala.

No nos apoyamos en falsas promesas, ni en objetivos y programas que casi nunca cumplimos. No apoyamos en Jesús. Nuestra esperanza se llama Jesús, y Él viene siempre, y se cumple y hace realidad. A nosotros nos sobran palabras y nos falta entrega, obras creíbles entre las personas. Si nos preguntan qué hacemos en concreto por la paz, el anuncio, el bien, el desarrollo justo y solidario de los hombres y los pueblos podríamos decir muchas cosas, pero siempre estaremos en déficit. Y qué bien entendemos aquello de *“obras son amores y no buenas razones”*.

En qué consiste el cambio al que estamos llamados. Bien significativas son las imágenes de la Palabra: una nueva realidad en que el desierto y el yermo (donde no hay vida) se regocijen, y vean la belleza y la gloria de Dios. Porque Dios viene en persona y trae la Salvación, llama a fortalecer las manos débiles, a ser fuertes y vivir sin temor. Ese es el cambio, y la tarea: anunciar y dejar que llegue a todos, la alegría y el gozo. Y esto hay que contarle y hacerlo creíble. Y en el anuncio está ya la Salvación.

¡Ven Señor, a salvarnos! Jesús viene para todos, y nos invita a vivir en esperanza. Porque haces justicia y grande es tu fidelidad, esperamos con paciencia tu venida, *“pero sin vivir dormidos ni inactivos”*. Hermanos: *«Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres. El Señor está cerca»*.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7, 10-14): *La virgen está encinta.*

Salmo (23, 1b-4b.5-6): *«Va a entrar el Señor; él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Romanos 1, 1-7): *Gracia y paz de Dios nuestro Padre.*

Evangelio (Mateo 1, 18-24): *Dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús.*

Si nuestra fe no se apoya de veras en Dios, andaremos buscando siempre otras fuentes de seguridad.

El rey Ajaz, quiso ponerse elegante al no pedir una señal a Dios; en el fondo, sabía que, si lo hacía y el Señor le ofrecía una señal, tendría que hacerle caso, y, al parecer, se sentía más seguro con sus alianzas humanas que con el intangible apoyo divino. Dios le ofrece una señal que Ajaz tal vez no puede entender: **«la doncella va a concebir y a dar a luz un hijo al que le pondrá el nombre de Enmanuel»**. A Ajaz, que está pensando en la inminente destrucción de su pueblo a manos de sus enemigos, Dios le dice que hay esperanza de vida, que hay vida verdadera, porque Dios **«¡Enmanuel!»** está siempre con nosotros. Los cristianos hemos entendido que esas palabras no le fueron dichas solamente a Ajaz, sino a todos los que a veces preferimos nuestra justicia a la justicia divina, nuestra confianza en apoyos humanos en vez de nuestra fe en Dios.

Así lo entendió José al observar los cambios en el cuerpo de María y quizás en su estado de ánimo: tiene que ponerse a deliberar qué hacer ante semejante situación. José no grita, ni pregunta, ni reclama, sino delibera en silencio... conoce a María, confía en ella, pero el cambio es evidente... José, entiendo que hay un camino que no puede recorrer: no quiere poner en evidencia a su querida esposa, pero tampoco puede quedarse indeciso y aceptar como hijo suyo al que sabe bien que no lo es. José, el hombre justo, decide dejarla en secreto.

Antes de poder consumir la decisión tomada, se le revelan nuevos datos que le eran hasta entonces desconocidos: **«Ella ha concebido por obra del Espíritu Santo»**. Su decisión debe cambiar. José acepta recibir a María en su casa y hacerse cargo del hijo que ella lleva en sus entrañas, precisamente porque él es un hombre justo.

En los textos evangélicos descubrimos que es Dios mismo quien ha decidido qué nombre llevará su hijo. Se llamará Jesús. Así se lo hace saber el ángel a María: **«Vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús»** (Lc 1,31). Se trata del evangelio de la anunciación, de la primera gran noticia. Y hoy, así lo hemos escuchado en el relato evangélico, el ángel se lo hace saber a José: **«José, no temas, María tendrá un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús»**.

Dios ha decidido revelarse en su Hijo y ha querido hacerlo desde la elección misma de su nombre. Se llamará Jesús, pues ese nombre significa “Dios salva”. El Catecismo de la Iglesia católica, nos recuerda que **«el nombre de Jesús significa que el nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo, hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados»** (n. 432).

Así pues, Jesús es “Dios salva”. Esa es su identidad y esa es su misión. Y Jesús hará honor a su nombre durante toda su vida. Sus palabras, su estilo de vivir y sus gestos serán la manifestación de que, en verdad, Dios es salvación. Así lo experimentaban las gentes que le buscaban para escuchar sus palabras llenas de vida; y los enfermos que se acercaban a él para poder tocarlo porque sabían que transmitía una fuerza que sanaba; y los discípulos que, atraídos por su persona, habían dejado de lado su vida para vivir al lado de la suya.

La experiencia que vivieron junto a Jesús fue tan intensa que, después, afirmarán que el nombre “Jesús” es el único que trae la salvación: **«No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos»** (Hch 4,12). Jesús mismo nos invita a pronunciar su nombre cuando oremos: **«Lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará»** (Jn 16,23).

Pronunciar con fe el nombre de Jesús puede significar, para cualquiera de nosotros, el inicio de una experiencia semejante a la que señala el evangelista Lucas, cuando nos cuenta que la multitud procuraba tocar a Jesús, **«porque salía de él una fuerza que sanaba a todos»** (Lc 6,19). ¡Qué mejor oración que pronunciar con amor el nombre de Jesús! Pronunciar su nombre y quedarnos ahí, con la certeza de que él nos ha escuchado, se ha detenido y nos mira; y experimentar que su mirada nos salva.

Se nos anuncia el nacimiento de un niño en el que “Dios está con nosotros”, esa es la buena noticia que anuncia Pablo, **«el Evangelio que se refiere al Hijo de Dios»**. Y que Pablo, como cada uno de nosotros, tiene el privilegio, la gracia, de anunciarlo a todos para llevarlos a la aceptación de la fe, para gloria de Dios.

En esta época de incertidumbres, de cobardía e indecisión, de fáciles acomodos, de acciones impensadas, de consecuencias no asumidas, de libertades sin estrenar, quiera Dios hacer que su Hijo venga al mundo gracias a hombres y mujeres de discernimiento serio y de decisiones coherentes con lo que Él nos va revelando a cada paso de nuestra vida.

Que María del Adviento, su madre y nuestra madre, nos enseñe a pronunciar el nombre de su hijo con el mismo amor que ella lo hacía.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Romped a cantar a coro.*

Salmo (97, 1b-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *Luz verdadera que alumbró a todo hombre.*

Era una pareja de forasteros y, por su acento, seguro que eran galileos; además, eran pobres, y con solo ver a la joven mujer se sabía que pronto tendrían problemas. Era claro que ahí no tenían parientes o amigos cercanos, pues de lo contrario no andarían buscando un lugar donde quedarse. No, no había lugar para ellos en la posada.

No sabemos si de veras no había lugar en la posada o si no había lugar “para ellos” en la posada. Para ellos, para esos forasteros galileos, pobres, sin amigos ni parientes en la ciudad de David y con problemas a corto plazo. Así que los dueños de la posada dejaron que las puertas permanecieran cerradas.

El nacimiento del hijo de María y de José no podía ser corriente... Dios había puesto su mirada en ellos para acoger en su seno a su Hijo, y ambos habían dicho que sí. Este nacimiento presenta un nuevo y original escenario. Nos cautiva el Dios bebé, recién nacido. Dios, en el pesebre, comienza a presentar las bienaventuranzas... felices los que acogen a este bebé, porque acogen al Hijo de Dios.

¿Quién elige nacer en un pesebre? ¿Quién se conforma con la oscuridad de la noche? ¿Quién descubre, en una situación tan precaria, el amor de Dios?

Los que hemos nacido en la ciudad nunca hemos visto un pesebre real y, muy probablemente, ni siquiera sabríamos qué es eso si no fuera por la tradición heredada de nuestros mayores de tener la costumbre, en estas fechas, de escenificar en casa un “nacimiento”, con su mula, su buey, sus pastores, sus ovejas...

La posada estaba cerrada y Dios eligió nacer en un lugar que era inapropiado. Él nunca evita los lugares incómodos, para estar cerca de la vida de las personas y de los pueblos. Hoy hay muchos lugares que no son cómodos, como las situaciones de sufrimiento, muchas de ellas inhumanas. Son los nuevos “pesebres”.

Pensadlo... porque están muy cerca de nosotros (¡quizá en nosotros!): enfermedad, soledad, problemas personales o familiares, desempleo, dependencias, desesperanza... También hay pueblos enteros que las padecen: violencia, falta de libertad, escasez de recursos, trata de personas... El mensaje es muy claro: Dios no evita las realidades de sufrimiento y sigue naciendo en los “pesebres”. Felices los que sufren, porque Dios está con ellos.

El pesebre no es lugar para las personas. Pero fue allí, en un pesebre, donde le llegó a María el tiempo de dar a luz. Nunca se había dicho con más propiedad aquello de “dar a luz”. María dio a luz a la Luz. Y entonces, cuando dio a luz la que había de dar a la Luz, la noche se iluminó.

Ante todo, brilló para los ángeles. El alborozo y los cánticos se habrían extendido por todas partes en el cielo. **¡Una noche santa se abrió el cielo y Dios vino a nuestro encuentro!** Y así *«el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció»*. Aunque, a decir verdad, la mayor parte de ese pueblo permanecería en tinieblas, dormida y sorda.

Los ángeles no hallaban a quien contárselo, hasta que uno encontró a unos pastores, despiertos y velando por turnos, mientras cuidaban sus rebaños, y aquel ángel tuvo la buena idea de envolverlos con su luz, aun a riesgo de llenarlos de temor, para comunicarles la Buena Nueva.

Al igual que los pastores, nosotros recibimos hoy este gran anuncio: **¡Dios ha nacido y está con nosotros!** Él nos da su paz, su amor, su gracia, su perdón... Hasta en los momentos más difíciles, Dios se hace presente. Abramos las puertas de nuestra vida para que Dios nazca en nosotros... porque Él está deseando hacerlo. Felices los que acogen a Dios porque nunca quedarán defraudados.

Nosotros, que hemos acogido la Palabra de Dios como María y José, también tenemos que buscar lugares para que Él nazca. Quizá, como a ellos, nos cierren las puertas y haya personas que no quieran recibir este nuevo nacimiento. En ese caso, buscad que Dios nazca en otros lugares y en otras personas. Él está deseando nacer en toda persona hoy. Hacedlo posible... así viviréis la Navidad más feliz y más grande. La Navidad de un Dios que sigue naciendo en nosotros e iluminando nuestra vida. Él es la auténtica felicidad.

La esperanza cristiana nace de esta Buena Noticia para el mundo y la humanidad, que existía ya desde el principio, pero que se hizo definitiva cuando Jesús, la Palabra encarnada de Dios, nació. Así Dios se metió y comprometió del todo y hasta el final con nosotros, asumiendo también nuestra condición –ensombrecida por los intereses egoístas y particularismos destructores–. Al reconocer al Hijo de Dios en el pesebre de Belén, acogemos una esperanza radical, que nos mete y compromete desde el principio con el presente crítico y el destino incierto del mundo.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5-6.8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

Con deseos de felicidad concluimos un año civil y comenzamos uno nuevo. Por todas partes se ven sonrisas y los saludos y parabienes se intercambian generosamente. La conclusión del año previo trajo probablemente una evaluación de los logros alcanzados y de las tareas que quedaron pendientes. No resulta extraño que muchas personas hagan propósitos de año nuevo en su afán por ser mejores y por contribuir de manera más eficaz a la felicidad personal y a la de quienes componen su núcleo familiar y social.

Por experiencia sabemos que muchos de esos propósitos se quedarán en eso: buenos deseos que nunca llegarán a realizarse, promesas que quedarán sin cumplirse. Pero, en estos días, sin embargo, estamos celebrando que Dios sí ha cumplido sus promesas. Un Dios que al llegar la plenitud de los tiempos nos envió a su Hijo. Solo Él sabe por qué ese momento, solo por Él conocido, marcó “*la plenitud de los tiempos*”. Fue tan discreto en hacer lo necesario para cumplir sus promesas que muy pocos se enteraron de que una nueva humanidad se estaba gestando y comenzaba a vivir en su Hijo hecho carne.

Sin poder precisar la fecha del nacimiento del Hijo de Dios, la Iglesia eligió estos días en los que el sol se va imponiendo minuto a minuto sobre la oscuridad en el hemisferio norte de nuestro planeta. Es la época en la que los antiguos romanos celebraban al Sol Victorioso.

Nuestros antepasados en la fe vieron en Cristo al verdadero sol que disipa todas las tinieblas de la humanidad. Él es el verdadero “*Sol Victorioso*”, y como tal lo celebra la liturgia desde hace muchísimos siglos. Nosotros, herederos de esa venerable tradición, hacemos de estos días una fiesta que celebramos en armonía familiar, a veces difícil y solo tenuemente lograda, y los vivimos como una época de expectativas y nostalgias.

Y todo porque, **«al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estábamos bajo la Ley, a fin de hacernos hijos suyos»**. Este versículo de la carta de Pablo a los gálatas condensa el momento, la acción, el modo de efectuarla, el propósito, los beneficiarios y el resultado de lo que hizo Dios en su Hijo, Jesucristo. Es un hermoso pasaje en el que se menciona, por primera vez, el hecho de que el Hijo de Dios nació de una mujer.

Mucho camino se tuvo que hacer desde esa alusión hasta llegar al título con el que ahora celebramos nuestra fiesta en la octava de la Navidad: **¡María, Madre de Dios!** Un título que dice mucho de María, pero que dice mucho más de su Hijo, pues implica que el pequeño niño a quien vemos nacer en un pesebre es el Hijo de Dios, uno con el Padre desde toda la eternidad y enviado para salvarnos cuando llegó la plenitud de los tiempos.

Jesús no fue un hombre extraordinario al que le fue otorgada la divinidad ni fue adoptado por Dios como si fuera su hijo. Él es el Hijo eterno de Dios que se hizo carne en las entrañas purísimas de María. Decir que María es la Madre de Dios es decir al mismo tiempo que Jesús es ese Dios hecho carne, nada menos que eso.

Hoy nos parece ordinario invocar así a María, y lo hacemos con palabras que hasta los niños aprenden y recitan con gusto: **«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros»**. Pero detrás de esta expresión hubo populares devociones, profundas reflexiones, agrias discusiones y valientes decisiones.

Con esa fe, madurada con el tiempo y transmitida en ricas formulas, hoy nos acercamos, de nuevo, al lugar en que los pastores encontraron a María, a José y al niño recostado. Como creyentes confesamos que ese niño es el Hijo de Dios, a pesar de que nuestros sentidos perciben tan solo a un pequeño bebé tan necesitado del cuidado de sus padres como lo estamos todos al nacer.

Y para adentrarnos en nuestra fiesta espiguemos de esa escena algunos rasgos de María y su divino Hijo. Ella es la madre del Hijo de Dios, lo cual da el título de nuestra fiesta. Ella es la mujer que, llena de ternura, acoge a su Hijo, lo recibe con amor y lo cuida a pesar de los escasos medios a su alcance. Ella es la que muestra a los pastores, y también a nosotros, a su Hijo, que es el camino que hay que seguir. Y ella es la que observa en silencio todo lo que ocurre, lo guarda y lo medita en su corazón, en profunda actitud orante.

Es obvio que este no es momento para entretenernos con todas las dimensiones del arte, pero creo que María ha sido comprendida y representada suficientemente en todas las facetas de su vida: Maternidad, ternura, dolor, amor, entrega y guía que señala el camino y oración.

Que María y su divino Hijo, a quienes hoy celebramos, interceda por nosotros durante todo este año y nos permitan disfrutar la hermosa bendición que escuchamos: **«El Señor nos bendiga y nos proteja, haga resplandecer su rostro sobre nosotros y nos conceda su favor. Que el Señor nos mire con benevolencia y nos conceda la paz»**.

¡Feliz Navidad y Feliz Año Nuevo!

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *Sobre ti amanecerá el Señor.*

Salmo (71, 1bc-2.7-8.10-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra»*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Hemos visto salir su estrella.*

Jesús es el «*Emmanuel*», es decir “*Dios con nosotros*”. Y si es así, ese “*nosotros*” tiene dimensiones universales y no puede restringirse a unos cuantos paisanos de Jesús en una época determinada. **¿Cómo explicar que Jesús, desde su origen, tiene un significado salvífico para todos los pueblos y no solo para los judíos?**

Mateo trata de comunicárnoslo en esta bella narración que ha encendido la imaginación de tantas generaciones, aunque muchas veces se ha tratado de explicar como acontecimiento histórico, debemos leerla y comprenderla en su dimensión evangelizadora. Mateo nos anuncia que Jesús convoca a todos los pueblos para hacerlos partícipes de su salvación. Jesús es mostrado desde lo alto, «*Epifanía*», como el portador de la salvación universal.

A causa de sus hallazgos por la ciencia y de su reflexión sobre ellos, unos hombres se ponen en camino para encontrarse con quien da sentido a todo cuanto existe. La ciencia es como una estrella, brilla, ilumina, guía, pero no basta... esos hombres van a necesitar de la Escritura para poder poner término a su peregrinaje. Guiados por la estrella, pero esclarecidos por la Escritura, es como los magos llegan a Jesús y le rinden su homenaje.

Ellos no son, en la meditación de san Mateo, sino las primicias de todos los hombres y mujeres que a través de muy diversas maneras “*hemos visto su estrella*” y nos vamos sintiendo atraídos hacia Jesús, y luego, ayudados por la Palabra de Dios, nos encaminamos hasta llegar a ese “*Dios con nosotros*”, el «*Emmanuel*» que muy bien podría pasar desapercibido, pues a los ojos de los mediocres solo lo grande es importante... y solo a los ojos de los verdaderamente grandes aparecen la bondad y la belleza de Dios en lo pequeño y sencillo.

Hoy no es la fiesta de los “*Reyes Magos*”, como a veces decimos o escuchamos decir. Hoy es la fiesta de la «*Epifanía*», la fiesta de la manifestación de Dios a todos los pueblos de la tierra, pero no en lo ostentoso, sino en un niño ante cuya presencia los “*magos*” y los creyentes de todos los tiempos nos llenamos de inmensa alegría: La alegría de haber visto su estrella... La alegría de escuchar su Palabra... La alegría de llegar hasta la meta de nuestro peregrinaje espiritual... La alegría de encontrar a Dios en lo pequeño... La alegría de que Él reciba nuestro homenaje de adoración y nuestros dones, por inadecuados que parezcan.

Hoy también nosotros nos hemos dejado guiar por la luz divina, y ojalá encontremos en Jesús en su Palabra, en sus sacramentos y en nuestra comunidad de fieles (parroquia). Ojalá podamos postrarnos en adoración ante él. Y ojalá regresemos a nuestras casas “*por otro camino*”, por un camino distinto no en lo geográfico, sino en lo espiritual.

Una arraigada tradición ha tergiversado el sentido profundo de esta fiesta, convirtiéndola en la orgía del consumo y, con frecuencia, en una esclavitud para los niños, rebozada de ilusión y fantasía encarnadas en las cabalgatas de los Reyes Magos. Sin descartar que los adultos también nos vemos envueltos de alguna forma en ese consumismo.

Reconozco que la palabra no es fácil. «*Epifanía*» significa “*manifestación*”. Y manifestación con un doble sentido: por un lado, la irrupción gloriosa en medio de las tinieblas, atrayendo las miradas; por otro lado, la manifestación de algo o alguien que está oculto y se va mostrando progresivamente, desvelando su misterio.

La primera lectura de Isaías y el Evangelio muestran las dos formas: el Evangelio nos habla de una estrella que solo ven los Magos paganos, oculta a los sabios y poderosos de Israel; y, sin embargo, el Niño es adorado como Mesías en quien se cumplen las promesas del Antiguo Testamento. Y el texto de Isaías proclama la manifestación esplendente de Dios en la historia, la unidad de todos los pueblos, la era de la paz, en torno a Jerusalén. Es posible que resulte sorprendente el contraste entre el Evangelio y el Profeta. La respuesta nos la da san Pablo: entre el pobre rincón de Belén y la ciudad iluminada, Iglesia celeste, habitada por la Gloria de Dios, se encuentra la misión, la etapa del entretiempos de la fe que anuncia a Jesús, ese Niño, como el Salvador de todos los pueblos.

Solamente puede celebrar la Epifanía quien, como los Magos, ha visto iluminada su vida por este Niño. Y cuando el Espíritu Santo te lo concede, la evidencia del don es tan grande que lo entregas todo en un acto de adoración a los pies de su Rey. Y ese don no es otro que la fe. Por ello, quien ha experimentado que la fe es un don y no una ideología religiosa, el encuentro gozoso con Jesús, el Dios-Hombre, no podrá ya dejar de anunciarlo a los hombres.

¿Cómo? Poniendo a la persona por encima de todo y de otros muchos modos. El principal será la entrega de su vida, sin grandes discursos, con plena confianza en el ritmo de Dios. La experiencia de la auténtica fe lleva directamente a la misión y al servicio. A veces, el problema está en que se siente la necesidad de misión, pero no se sabe cómo realizarla, porque se desconfía de experiencias pasadas. Pon la mirada en algo tan concreto como tu familia, tus amistades, tu parroquia.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *He puesto mi espíritu sobre él.*

Salmo (28, 1b-2.3ac-4.3b.9c-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz»*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace acepción de personas.*

Evangelio (Mateo 3, 13-17): *Este es mi Hijo amado.*

Hay muchas cosas que permanecen cerradas y que en ocasiones tenemos que abrir o pedir que nos abran: Abrimos los brazos, los ojos, y a veces nos piden abrir bien los oídos... Abrimos un sobre, un cajón del escritorio, un bote, una lata, una botella de refresco. Abrimos una ventana (a veces completamente y a veces solo una rendija). Abrimos muchas puertas y en algunas ocasiones hay puertas que se nos abren.

Pues hoy se nos dice que, a Jesús, no le abrieron una ventana o una puerta, se nos dice que, **¡se le abrieron los cielos!** (Los cielos para la imaginación judía de la época, era la “*morada de Dios*”). Al salir del agua, después de bautizado se da un momento de experiencia íntima de unión con Dios, de comunicación con Dios, de manifestación divina. Desciende sobre él el Espíritu en forma de paloma y, se oye una voz que dice: *«Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias»*.

Es una frase breve, pero solemne. No hay ninguna duda de que es la voz de Dios Padre que presenta a la humanidad entera a su único hijo. Es su único hijo, a quien Dios ama y en quien Dios se complace, no puede haber definición más completa y luminosa de Jesús. En esta nueva “*epifanía*” se nos dice que Jesús participa en la vida divina a través del don del Espíritu que desciende sobre él.

Resuenan ahora los ecos de la profecía de Isaías que escuchamos en la primera lectura: *«Mirad mi siervo, a quien sostengo, en quien tengo mis complacencias, En él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones»*. Son muchas las semejanzas entre los dos textos como para ignorarlas. Allí se describe un programa de vida, un programa que Jesús irá haciendo realidad con sus palabras y con sus acciones. No es solo la voz deleitosa que le anuncia que es el Hijo amado, sino que es también la voz retadora que le invita a poner todo de su parte para promover la justicia y establecer el derecho sobre la tierra.

San Pedro, en su catequesis a Cornelio y a los de su casa, lo pone en palabra sencillas: *«Ustedes saben lo sucedido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan: cómo Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo este pasó haciendo el bien»*. La vida de muy pocas personas se podría resumir de igual manera: “*Pasó haciendo el bien*”.

¿Es que acaso Jesús no tenía ya el Espíritu Santo? ¡Claro que sí! Desde los primeros instantes de su encarnación poseía y comunicaba ese Espíritu, como aparece en los relatos de la concepción y el nacimiento de Jesús. Pero ahora este hombre joven, el carpintero de Nazaret, tiene una profunda manifestación de este hecho; podríamos decir que, a punto de iniciar su misión, toma conciencia de lo que hará en adelante lo hará como portador del Espíritu: ahora lo sabe él, y poco a poco lo irán descubriendo los demás y lo llegaremos a saber nosotros también. Ahora todos debemos tener nuestros ojos y nuestro corazón fijos en este Hijo tan amado que Dios nos ha entregado.

Es evidente que lo que Jesús recibe no es el sacramento del bautismo, que sería utilizado por la Iglesia, después de la resurrección de su Señor, para significar la inmersión en el misterio de la Pascua de Jesús, misterio de muerte y vida nueva. El bautismo cristiano es el símbolo eclesial a través del cual somos sumergidos en ese misterio de Dios: queda atrás nuestra existencia como meros hijos de Adán, para resucitar al mundo de la relación con Dios. Ahí se nos anuncia y se nos constituye como hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y partícipes del Espíritu Santo.

Pero Jesús no recibió ese bautismo cristiano, sino el rito de purificación que utilizaba Juan el Bautista con el fin de preparar al pueblo judío a través de la conversión para un encuentro decisivo con Dios, en el día de YHWH, es decir, en la inauguración de ese Reino de santidad y gracia, de verdad y de vida, de justicia, de amor y de paz.

Se trata de un “*rito de conversión*” al que Jesús no habría tenido que acudir por no tener conciencia de pecados personales, pero al que asiste por solidaridad con un pueblo que busca encontrarse más plenamente con Dios. Mateo, nos habla de la reticencia de Juan para bautizar a Jesús, lo cual es más una interpretación cristiana que un hecho real. El caso es que Jesús se hace bautizar por Juan.

Con esta fiesta del bautismo del Señor cerramos el ciclo de la Navidad, la reflexión sobre los orígenes y primeros años de Jesús. Todos nosotros, sumergidos en el misterio de la vida divina desde nuestro bautismo, al salir del agua fuimos constituidos también como hijos amados de Dios y fuimos ungidos con el Espíritu Santo que descendió sobre nosotros en esos ritos de iniciación: ese Espíritu nos sigue acompañando e impulsando durante toda la vida para que seamos, con Jesús, personas que pasen por el mundo haciendo el bien, promoviendo la justicia y estableciendo el derecho en toda la tierra.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): *Te hago luz de las naciones.*

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): *Invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo.*

Evangelio (Juan 1, 29-34): *Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí.*

Agradecemos la pausa en el trabajo para un café o un refresco compartido con algunos amigos, o en la escuela nunca protestamos por tener un rato de recreo; pero, sobre todo, amamos las fiestas. Nada como una buena fiesta en compañía de personas que hacen que la vida valga la pena. ¡Esto es así!, porque hay días laborables, de trabajo o de estudio, hay mucho tiempo que no es de vacaciones donde no hay más fiesta que la que podamos llevar dentro, cada uno. A ese tiempo lo podríamos denominar “*tiempo ordinario*”.

La Iglesia también disfruta enormemente de dos grandes fiestas. Fiestas que tienen un ritmo celebrativo que las hace únicas: Pascua y Navidad. En primavera celebramos “*Cuaresma, fiesta y tiempo pascual*”; y en invierno “*Adviento, fiesta y tiempo navideño*”. Apenas hemos pasado la fiesta de la Navidad y el tiempo celebrativo que la siguió y, los cristianos, empezamos a vivir un tiempo común de la vida de los seres humanos al que, litúrgicamente llamamos: “**Tiempo Ordinario**”. Durante los domingos de este “*tiempo ordinario*” hacemos una lectura, continuada, del Evangelio de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Este año (ciclo A), reflexionaremos con el evangelio de san Mateo; el próximo año (ciclo B), acompañados con el evangelio de san Marcos y el siguiente (ciclo C) seguiremos el de san Lucas; y así ciclo tras ciclo, sucesivamente.

Ser cristiano es vivir siguiendo a Jesús, caminar tras Él, aunque haya que coger la cruz de cada día, y asumir las exigencias que esto conlleva, pero con la seguridad de que nuestro Maestro es en verdad el Cordero de Dios, el que se entrega total y definitivamente para darnos la Vida y la Salvación. Juan nos lo señala con claridad; este es el Cordero de Dios, que sirve, actúa, da la Vida para que todos tengamos vida. Y no lo hace solo: enviado por el Padre, ungido con la fuerza del Espíritu, y creando una comunidad que dé testimonio, que manifieste en el mundo que Él es el Hijo de Dios. De ahí nacen sus seguidores, la familia, la comunidad, lo que es la Iglesia.

Ya estaba, desde siempre, previsto que en la plenitud de los tiempos Dios enviaría a su Hijo. ¡Qué caprichos los de Dios!, solemos pensar. Que Jesús sea enviado no es un capricho, ni que lo seamos cada uno de nosotros, pues también estaba previsto que nosotros fuéramos enviados. ¡Qué grandeza hermanos! Hemos sido creados por el Amor del Padre para una misión, para vivir creando y llevando a todos la Verdad y el Amor del Padre. Isaías así nos lo dice: tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso (no cansado, ni decepcionado) y te he formado desde el seno materno para hacer el bien, crear unidad y ser luz para tus hermanos.

¡Somos hijos de Dios! Hijos en el Hijo. Quizá no haya grandeza mayor que esta. Hijos, pero no por nuestros deseos o gustos, porque lo queramos así. Hijos elegidos desde siempre para vivir en plenitud, para ser servidores en camino. Ser cristiano es vivir atento a los demás, a los hermanos, ir aprisa a la montaña, buscar al que queda herido al lado del camino, servir a todos, hasta el confín de la tierra. Ser hijos no es lo que nosotros hacemos con Dios, sino lo que Dios Padre hace con nosotros, y dejarse querer, arropar y enviar para proclamar y dar testimonio de este Amor tan grande.

A nosotros se nos han dado los dones de la gracia y la paz, pero también se nos pide que no seamos “*siervos*” solo en el ámbito reducido de nuestra intimidad personal. Nosotros somos de esos que han sido santificados con el don del Espíritu; nosotros podemos invocar a Jesús, Hijo de Dios, porque hemos recibido su Espíritu. El Señor nos quiere convertir en aquello que ya es su Hijo muy amado: «**Luz de las naciones**». No podemos aceptar vivir un cristianismo solo en lo privado, sino que nuestras opciones de fe deben hacerse vida a la vista de todos, para que la gracia y la paz de Dios lleguen a todos. A nosotros, que hemos sido iluminados por su Hijo, Dios quiere hacernos arder en ese mismo fuego; es poco que seas mi siervo solo para algunas tareas o solo en algunas partes... Él quiere convertirnos también a nosotros en “*luz de las naciones*”, para que su salvación llegue hasta los últimos lugares de la tierra.

No tenemos más remedio, hermanos. Aunque ser cristianos nunca es una imposición, ni es determinismo. No. Dios nos quiere libres, capaces de elegir y entregar la vida. Qué bien nos lo dice el salmo: «**aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad**». No la nuestra, no, tu voluntad (que siempre es de bien, de entendimiento, de relación, de paz). Porque toda nuestra vida es esperar, y saber que Dios se inclina, nos escucha, mete su Ley en nuestras entrañas y nos acompaña siempre, aunque a veces no nos demos cuenta, es sorprendente su presencia.

En la alegría del Evangelio, reconozcamos al que no conocíamos, dejémonos bautizar por Él en Espíritu Santo, acojamos sus dones de gracia y paz, brillemos con Cristo ante el mundo para que la salvación llegue a todos. **¡Queremos proclamar con tu Gracia y Paz, Señor, tu Salvación!**

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *Una luz les brilló.*

Salmo (26, 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Que no haya divisiones entre vosotros.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.*

Este domingo, por iniciativa del papa Francisco, celebramos en toda la Iglesia el «**Domingo de la Palabra de Dios**». Se trata de una jornada “*para comprender la riqueza inagotable que proviene de este diálogo constante de Dios con su pueblo*”. La comunidad cristiana necesita revivir el gesto del resucitado que, al igual que a los discípulos de Emaús, “*abre para nosotros el tesoro de su Palabra para que podamos anunciar por todo el mundo esta riqueza inagotable*”. En definitiva, hoy es un día para celebrar, reflexionar y divulgar la Palabra de Dios.

La Biblia no es una colección de libros de historia, ni de crónicas, sino que está totalmente dirigida a la salvación integral de la persona. Dios nos habla para la vida, nos enseña a vivir hoy siguiendo los pasos de Jesús y a compartir con todos la alegría del Evangelio. El oyente de la Palabra experimenta una sensación agrídulce puesto que descubre la dulzura de quien comparte la Buena Noticia y, al mismo tiempo, vive la amargura de la incompreensión de quienes no la aceptan. Pero todos nosotros estamos invitados a descubrir la novedad constante de la Palabra de Dios y a “*nutrirnos de ella para descubrir y vivir en profundidad nuestra relación con Dios y con los hermanos*”.

«**El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz**». Dios a través de los labios de su profeta Isaías, anima a esa región del norte de Israel que se había visto humillada de muchas maneras. La región hollada por las plantas de los paganos una y mil veces en sus caravanas hacia el mar; la región sometida a las fuerzas extranjeras; la región sospechosa de contaminación a los ojos de los habitantes de la gran capital; la región cuyos habitantes caminaban en tinieblas y vivían como en sombras es ahora la destinataria de las palabras proféticas.

Con cuánta esperanza y con cuánto gozo debieron escuchar los habitantes de aquellas tierras la Palabra de Dios que les hablaba de llenarlos de gloria, de hacerles ver la luz, de engrandecerlos y colmarlos de alegría tras quebrantar los instrumentos de la opresión. Y cuánto habrían disfrutado cuando llegaron esos días iluminados por la gloria del Señor.

Mateo dirige su mirada a esa misma región. Las tierras de Zabulón y Neftalí, la Galilea de los paganos. Mucho más allá de lo que podía haber sospechado Isaías, una gran luz, una luz inmensa iluminó a los habitantes de aquellas sencillas aldeas de una zona marginal de un país marginal de una provincia marginal del orgulloso Imperio romano. Mateo está a punto de comenzar a contarnos la historia de la irrupción de la Luz de Dios en el mundo tenebroso en el que caminaban los habitantes de Galilea. Pero no se va detener allí, pues no se trata de recordar solamente una bonita historia con sabor local, un relato ejemplar o una narración costumbrista.

La historia que Mateo quiere narrar es un asunto de vida, de verdadera vida, de salvación para todos los pueblos de la tierra, porque esa luz no solo iluminó a Galilea, sino que se extendió por todo Israel y, ya en los tiempos en que escribe Mateo su evangelio, esa luz estaba iluminando a muchos otros pueblos de oriente y occidente, del norte y del sur. Una luz destinada a brillar sobre todos los pueblos de todos los tiempos.

Jesús “*se retiró a Galilea y, dejando el pueblo de Nazaret, se fue a vivir a Cafarnaún, junto al lago*”. Es más grande que Nazaret, pero a fin de cuentas no es más que otra aldea, situada en el camino que pasaba de oriente hacia el mar, lugar de cobro de peaje a los mercaderes. Era más próspera que Nazaret, pero no demasiado importante. Parece que la luz de Dios comienza a brillar en los lugares más inesperados y en los momentos menos propicios. ¿Por qué no Jerusalén? ¿Por qué no Cesarea Marítima? ¿Por qué no ponerse a predicar a los poderosos, a los intelectuales o a la élite religiosa? Sin duda, se necesita tiempo y reflexión para entender la lógica divina.

Cada domingo nos reunimos en la eucaristía en torno a Jesús resucitado. Necesitamos encontrarnos con Él y acoger su Palabra que orienta nuestra vida. Pero nuestro encuentro con Él no puede quedarse reducido a la misa dominical. Él nos habla en cada jornada, en cada situación y, también, en los acontecimientos, por eso necesitamos tener encuentros diarios con su Palabra, ya sea en la soledad de nuestra habitación o en la comunidad cristiana. La escucha diaria de la Palabra de Dios hace que nuestro corazón no quede frío y nuestros ojos estén abiertos a su voluntad.

Jesús muy pronto fue llamando a otras personas a que lo siguieran. No fue un predicador solitario: Simón y Andrés, Santiago y Juan, y luego otros más serían llamados para colaborar en la irradiación de la gran Luz de Dios. Como Juan el Bautista, tampoco ellos eran la luz, sino mensajeros de la luz.

En el evangelio hemos escuchado la llamada de Jesús a sus primeros seguidores. Como un auténtico artesano va moldeando el grupo inicial que le acompañará siempre. No es una convocatoria masiva sino un «**tú a tú**». Es el comienzo de un aprendizaje que llevará mucho tiempo. Jesús quiere que los suyos (¡y nosotros!) conozcan al Padre Dios. Su grupo está formado por unas pocas personas sencillas y bastante diversas. Es el origen de la Iglesia, la gran familia que Dios nos ha regalado. Hoy, Él también te llama a ti. ¿Le vas a responder?

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2, 3; - 3, 12-13): *Buscad al Señor los humildes de la tierra.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 26-31): *Cristo Jesús, se ha hecho para nosotros santificación y redención.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Alegraos y regocijaos, vuestra recompensa será grande.*

En los primeros capítulos de su evangelio, Mateo nos ha hecho un resumen inicial de las actividades de Jesús, diciéndonos que recorría Galilea enseñando en las sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y sanando al pueblo de toda clase de enfermedades y dolencias: *“Enseñanza, proclamación y sanación”*. El resultado de eso fue la extensión de su fama y la consiguiente multitud que lo seguía. Ahora nos invita a subir con Jesús al monte para escuchar sus primeras palabras dirigidas a la muchedumbre y, especialmente, a sus discípulos. En esta escena, Jesús ya no está recorriendo los pueblos ni enseñando en las sinagogas. Ahora está al aire libre, en un monte, como un nuevo Moisés, y ahí nos va a proclamar las grandes líneas de su mensaje.

La muchedumbre lo rodea, sus discípulos se acercan y ojalá también nosotros encontremos un sitio y el tiempo necesario para sentarnos a sus pies y no dejar que se nos escape ni una sola de sus palabras. El eco de la predicación del Bautista: *«Conviértanse»*, que Jesús ha hecho suya, nos podría hacer pensar que lo que sigue será una serie de enseñanzas sobre el comportamiento adecuado para los discípulos del Reino.

Tiempo atrás, los profetas habían hecho notar al pueblo de Israel que se había perdido en las minucias de la Ley, dejando pasar lo que constituye su núcleo: *“el encuentro con Dios, la justicia entre todos ellos y la sencillez de vida”*. Solo un resto fiel, *“un puñado de gente pobre y humilde”*, como lo llama Sofonías, atiende a lo esencial *«Busquen al Señor... busquen la justicia... busquen la humildad»*. Ese es el camino para una vida tranquila y sin molestias, añade el profeta.

Pero Jesús va aún más lejos que Sofonías y los demás profetas. No se trata tan solo de buscar la tranquilidad y la ausencia de molestias. Sino de encontrar la verdadera felicidad, la dicha que nadie puede arrebatarse. Él anuncia una Buena Nueva, el Evangelio, y para que veamos que de veras es algo bueno nos invita a escuchar a quiénes son los bienaventurados, los felices, los dichosos en el Reino de Dios.

Si Sofonías había mencionado a ese resto formado por gente pobre y humilde, Pablo dirá, tiempo después, a los de Corinto: *“Entre ustedes, no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, según los criterios humanos”*. No sois felices por lo que sois o por lo que poseéis. Ni sois grandes ni tenéis grandes cosas: *«Nadie puede presumir delante de Dios»*. La verdadera dicha, por lo tanto, no llega con el poder, los conocimientos, la fuerza, la riqueza, la fama, la apariencia, ni nada semejante.

La vida buena, la felicidad, el sentido, la plenitud, la relación, la apertura y la convivencia, la libertad, la paz, la justicia, el sustento. Todo esto, y más, lo recibimos de Dios Padre, de su Amor entregado, sin ningún límite, a todos y cada uno de sus hijos. Porque somos hijos de Dios. Él nos ha escogido, desde el seno materno, y para siempre, aunque andemos perdidos por el camino. Él nos ha elegido y nos hace servidores en el camino de la vida. Servidores en camino.

En todo momento la Palabra de Dios es significativa para la vida. Es la Luz de Dios que ilumina nuestro caminar. Siempre cumple su misión sin caer en el vacío. Nos fijamos en las bienaventuranzas que es el programa que Jesús presenta para ser acogido y vivido por sus discípulos, es decir, por todos nosotros. Felices y dichosos es la promesa del Padre. Felices si nos atrevemos a vivir así, como Él quiere: pobres, sufridos, buscando el bien y la justicia, trabajando por la paz, aunque nos persigan por su causa (la vida digna de todos). No acogiendo los *“valores”* del mundo, sino viviendo y haciendo nuestras estas grandezas. Claro que nos tira más la grandeza humana, el reconocimiento de los demás, la apariencia y el vivir encerrados en nosotros mismos. Pero ahí, lo dice Jesús, no está la felicidad de la vida.

Lo que Dios Padre nos ofrece es su deseo de felicidad, de vida para cada hijo. Dios nos ha elegido, nos hace suyos, y quiere nuestra apertura, acogida y respuesta. No en el dominio, ni en el destacar, sino en el servicio a los demás. Grandeza en la sencillez, que por algo somos en Cristo Jesús sabiduría y justicia. Para gloriarnos solo en Jesús, el Hermano. Qué bien lo dice Pablo: no hay entre vosotros muchos grandes en lo humano... porque Dios escoge lo sencillo, lo que no cuenta, para humillar a los sabios. Gran lección, para que la hagamos realidad.

Estamos llamados y destinados a hacer realidad en la vida el deseo de Dios. Esa es nuestra misión. Y es la misión de la Iglesia. Buscar al Señor y hacer Pueblo y Comunidad humilde, donde todos tengan sitio y sean queridos y reconocidos. Nunca nadie nos va a dar más. Repasemos el salmo que hoy hemos recitado, porque Este es nuestro Padre: hace justicia, da pan, liberta a los cautivos, abre los ojos del ciego, endereza a los que se doblan, ama a los justos, guarda a los peregrinos, reina eternamente. ¿A qué esperamos?

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *Parte tu pan con el hambriento.*

Salmo (111, 4-5.6-7.8a y 9): *«El justo brilla en la tiniebla como una luz»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

El pensar en “*un mundo desquiciado y desnortado*” puede adolecer de una visión negativa del mundo, llena de prejuicios. ¿No es verdad que en algún momento hemos pensado en todo esto? ¿No es cierto que cuando vemos noticias en las que se repite machaconamente la venganza con todo tipo de violencias, o cuando vemos que se ensalza el ganar dinero sin límite, pensamos que hemos perdido el norte?

Pero, no hay que ser derrotistas, pesimistas, aciagos, profetas de malos agüeros. Esto no es cristiano, ni siquiera creyente. A veces, los ciudadanos de a pie, buscamos personas que sean honestas, limpias, y que propongan criterios claros, luminosos para comportarnos en medio del mundo. Pero ¿quiénes son? ¿Dónde están? Más aún, ¿qué tiene que ver, en estas situaciones, la fe en Dios?

El anciano Simeón había llamado a Jesús «*Luz de las naciones y gloria del pueblo de Israel*» y ahora es él quien dice a sus discípulos «*Vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra*», con esta afirmación, viene también una misión, y Jesús quiere dejarla bien clara a aquellos primeros hombres que se animaron a seguirlo y a todos nosotros, que intentamos hacerlo en esta época de la Iglesia.

“*Vosotros sois sal y luz*”. Estas metáforas no parecen ir de acuerdo con el afán de protagonismos que tenemos muchos de los que vivimos en estos tiempos. Es cierto que nos gusta agradar a los demás, conseguir su aprecio, su estima o al menos su aprobación o su aplauso. No nos animamos a huir de los micrófonos y de los reflectores; al contrario, hay muchos que parecen buscarlos y deleitarse en estar ante las miradas de los demás. Como dicen algunos, “*que hablen de ti, aunque sea mal, pero que hablen de ti todo el tiempo*”.

No nos faltan ejemplos en el mundo del espectáculo. Hay quienes parecen ir en busca de la situación escandalosa para poder seguir apareciendo constantemente en los noticiarios y en las revistas del género. Otro tanto podríamos decir de algunos deportistas y políticos; hasta varios religiosos, parece que quieren vivir a la sombra de esos personajes.

Jesús nos ayuda a reflexionar, de forma sencilla y clara, para que todos lo entendamos. Nadie se come la sal a cucharadas, la sal cumple su función cuando, en la cantidad adecuada, es añadida como condimento a la comida. Solo se hace notar por exceso o por defecto, “*esto está muy salado, no hay quien se lo coma*” o “*está demasiado soso*”, pero a nadie le interesa el sabor de la sal como tal, sino la función de hacer resaltar las cualidades del alimento que condimenta. La sal sirve para dar sabor; si no tiene esta cualidad, se tira.

Tampoco la luz es protagonista de la vida cotidiana. Casi damos por supuesto que debe estar ahí. La extrañamos cuando la necesitamos y no está, ni natural ni artificialmente. Hasta nos deslumbra cuando su intensidad es tan fuerte que, en vez de iluminarnos, acaba por cegarnos. No, nadie enciende una luz para ver la luz, sino para ver alrededor. La luz nos ayuda a precisar los contornos, a ver objetos, a resaltar algunas áreas..., pero nunca la encendemos para contemplarla. La luz alumbra; si se oculta, pierde su sentido y valor.

Jesús no dice obviedades, sino que nos habla de Dios y de su Reino. El Reino de Dios o da sabor a la vida e ilumina la vida ordinaria, o no tiene sentido. El Reino de Dios no es un constructo ideológico, sino momentos vividos, decisiones ejecutadas, opciones cumplidas.

Las “*buenas obras*” de las que habla Jesús (en las que tanto insisten los judíos) no son un argumento para convencer a Dios de que nosotros somos buenos y dignos de su amor, sino que las buenas obras que realizamos nacen de Dios; nosotros, con su gracia, las vivimos y las hacemos realidad. Nuestras buenas obras son luz en situaciones de angustia, son sal en medio de vidas tristes, agotadas, insípidas.

El evangelio de Jesús tiene una fuerza y una frescura desbordante. Es verdad que, después de haber escuchado tantas veces las mismas lecturas (al menos los cristianos), pensamos que ya no tiene la capacidad suficiente para movilizarnos. Solo dos preguntas a raíz del evangelio que acabamos de escuchar: ¿tú tienes algo luminoso que decir, novedoso y con sentido, en este mundo que vivimos? ¿Tú sabes cómo vivir de otra forma, más justa y humana, en esta sociedad?

Si la respuesta es que sí, estás diciendo que tú puedes ser “SAL” y “LUZ”. Ser cristiano no es, quizá, hacer cosas sorprendentes, propias de personas superdotadas; ser cristiano es, seguro, decir una palabra luminosa en medio de la confusión; tomar decisiones valientes y humanas cuando parece que todo se resiente y se mueve bajo los pies. Ojalá podamos iluminar y dar sabor de modo que la gente no se fije en la sal o en la luz del mensajero, sino en la calidad, bondad y amor de Dios, nuestro Padre.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15, 16-21): *Si quieres, guardarás los mandamientos.*

Salmo (118, 1-2.4-5.17-18.33-34): *«Dichoso el que camina en la ley del Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 6-10): *Ni el ojo vio, ni el oído oyó.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *No he venido a abolir la Ley.*

La Palabra de Dios que la liturgia nos propone para este domingo, nos sitúa en continuación con estos últimos domingos, donde reflexionamos en el evangelio, el Sermón de la Montaña. Un sermón que comenzaba con la proclamación de las bienaventuranzas, que constituyen la nueva ley de la nueva Alianza, por ello Jesús podría parecer un “reformador” de la Ley.

Pero, sin embargo, Jesús nos dice que no ha venido a abolir la Ley o los profetas: **«no he venido a abolir, sino a dar plenitud»**. Por tanto, Jesús, que como nos dirá san Pablo, nació **«de mujer, nació bajo la Ley para rescatar a los que estaban bajo la Ley»**, viene a mostrarnos cuál es el auténtico sentido de la Ley, la plenitud de la ley y esto hace que la Ley no sea una serie de preceptos y mandatos para controlar al pueblo, (los judíos habían convertido las diez palabras de YHWH en el Sinaí en 613 preceptos legales), sino que Jesús mostrará la Ley como un camino hacia la comunión con Dios.

No sé por qué se le podría ocurrir a alguien pensar que Jesús vino a abolir la Ley y los profetas. Estamos ya en el quinto capítulo del evangelio de san Mateo y no hemos escuchado nada que pueda fundamentar esa opinión, a no ser la soberana libertad con la que Jesús se ha movido para ir anunciando la buena nueva del Reino de Dios. El comportamiento de Jesús es poco convencional. Deja su trabajo y su parentela y se lanza a una actividad de predicación itinerante que, por lo mismo, lo lleva a adoptar un estilo de vida muy sencillo y pobre. No espera a que le salgan discípulos, sino que los busca, los elige y los llama. Parece un hombre bueno, pero no se ajusta a ninguno de los modelos de maestros o profetas conocidos en su ambiente.

Quizás Jesús conocía muy bien lo que el autor del libro Sirácida o Eclesiástico comenta en el fragmento que leemos hoy **«Si tú lo quieres, puedes guardar los mandamientos»**. Si tú lo quieres... La Ley, al menos la Ley de Dios, no es una imposición que pretenda coartar la vida o la felicidad del ser humano, sino todo lo contrario. Está ahí para indicarnos el camino de la vida, de la verdadera vida. Por lo mismo, es necesario comprender bien su sentido, pues sin duda Dios quiere la felicidad de su creatura predilecta, el ser humano, y busca orientar su libertad hacia la consecución de ese objetivo: si tu quieres..., es cosa tuya..., extiende la mano a lo que quieras..., te será dado lo que escojas..., reitera el Sirácida en su exhortación. Es casi increíble tanto respeto a la libertad del ser humano.

Hay quien solo ven en los mandamientos, en la Ley de Dios, una serie de imposiciones o prohibiciones que merman su vida: “no hagas eso”, “debes hacer esto”, “tienes que hacer eso otro”. Estos “cumplidores” pueden ser incluso escrupulosos en su esfuerzo, quizás rígidos e intransigentes, casi siempre lo que buscan es salvar lo mínimo. Se llenan de preguntas: ¿dónde comienza un comportamiento a ser pecaminoso?, ¿qué tanto se les puede disculpar de cumplirlo?, ¿qué tan grande debe ser su caridad?, ¿qué tan estricto el control de su lujuria?, ¿qué tan exigente el respeto a la justicia en el trato con los demás?, ¿qué tan puntuales deben ser sus compromisos religiosos? Si pudieran, se escaparían de todo eso, y lo dejarían de lado. Por eso nos dice el Señor: **«Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos»**.

La justicia del discípulo no puede ser la de los escribas y fariseos, que es cierto que eran cumplidores escrupulosos de los preceptos legales, pagaban los diezmos, hasta de las semillas más pequeñas, practicaban la limosna, la oración, el ayuno y acudían asiduamente a la sinagoga. Pero, les faltaba el auténtico espíritu de la Ley: practicar el amor, la misericordia, el derecho y la justicia, una justicia basada en el amor y no en preceptos legales. Les domina la preocupación por las apariencias, la buena fama, etc., pero desprecian a los demás, a los que consideran impuros, imponiendo cargas insoportables, a las que ellos no ayudan a llevar.

Para mostrar cuál es la nueva ley frente a la justicia de los fariseos, Jesús nos propone unos ejemplos comparando la literalidad de la ley, con la justicia de los discípulos de Cristo. La primera comparación nos trae uno de los mandamientos más importantes: **«No matarás»**, pero nos dice que hay muchas formas de matar, toda forma de violencia contra los demás va también directamente contra el derecho a la vida, el hombre, al ser imagen de Dios tiene derecho a la vida en cualquier circunstancia.

En segundo lugar, nos habla de la limpieza de corazón en cualquier tipo de relación, en este caso se refiere al adulterio: **«El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior»**. No es solo consumir el adulterio sino también el deseo.

Así también sigue hablando del divorcio y de la inutilidad del juramento para que resplandezca la verdad. Se trata de no quedarnos con la literalidad de la Ley, sino llevarla a plenitud, practicando la auténtica justicia de los discípulos de Cristo. **«Delante del hombre están la muerte y la vida: le será dado lo que él escoja»**.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *Sed santos, como yo, vuestro Dios.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Mateo 5, 38-48): *Él hace salir el sol sobre malos y buenos.*

Todos vamos definiendo y afirmando nuestra personalidad desde muy pequeños. Tendemos a ser singulares, y lo hacemos contradiciendo, oponiéndonos y decidiendo por nuestra cuenta frente a los demás: Elegimos nuestros juegos, nuestros cuentos favoritos, nuestros programas y nuestras diversiones. También lo que nos gusta aprender y lo que no, las comidas que nos agradan y los víveres que rehusamos, la ropa que nos ponemos, aunque no vaya de acuerdo con las decisiones paternas, las personas a quienes vamos a considerar nuestros amigos y aquellas que no acaban de agradarnos.

El entorno familiar o social nos propone muchas cosas y a veces la presión es grande para tratar de ajustarnos a todo eso, pero en el fondo de cada uno hay una cierta rebeldía que nos hace ser selectivos. Podemos presumir de nuestras victorias en este campo, pero sin duda, hay muchas otras cosas a las que tendremos que ajustarnos... Si usamos el verbo “*ser*”, tenemos que decir “*sé*” y no “*sabo*” o “*sepo*”, y si usamos el verbo “*caber*”, no debemos decir “*cabo*”, sino “*quepo*”. ¿Por qué? Pues lo tenemos que hacer porque el uso ha hecho que así se diga en nuestra lengua y porque queremos expresarnos de manera entendible. No hay alternativa si queremos sobrevivir y compartir la vida con los demás.

Nos vestimos de tal manera porque es lo que está de moda, aprendemos a jugar a eso que los demás juegan, cantamos y bailamos al ritmo que nos impone la época, estudiamos lo que nos parece que necesitamos, y lo hacemos en las instituciones a nuestro alcance, y, después, empezamos a buscar trabajo y no siempre hallamos el que quisiéramos, pero aceptamos lo que nos ofrecen si es la única oportunidad real para obtener lo necesario para el sustento personal y el de nuestra familia. En pocas palabras, nos vamos conformando a la vida social a pesar de nuestra lucha por ser originales.

Y, sin embargo, en el fondo de cada uno sigue muy vivo el “*pequeño rebelde*” que quería ser del todo original. No nos acabamos de acomodar a una vida ordinaria. Suspiramos por algo más. Unos buscan afirmar su originalidad en la violación de las normas y otros tratan de afirmarla en la superación de las mismas.

Hoy, Jesús apela a ese inconforme que llevamos dentro y nos invita a dejarlo libre, pero por el lado de la superación, de la perfección, de la búsqueda constante de ir más allá de lo convencional. Nos quiere capaces de vivir la inconformidad hasta sus últimas consecuencias, pero no en el incumplimiento o la violación de las normas, sino en la superación de las mismas a través de un comportamiento verdaderamente extraordinario.

La llamada a la santidad es propia de la vida religiosa, más en concreto de la vida cristiana. El ser humano, cada uno de nosotros, no estamos llamados a desaparecer, tampoco a decrecer, perder o disminuir. El ser humano solo se puede mirar en Dios; ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y solo en Dios se reconoce a sí mismo. Ningún otro ser, por noble que sea, le hace justicia. Esta certeza de que todos los seres humanos estamos llamados a la santidad la encontramos ya en el Antiguo Testamento.

El profeta Isaías tiene una visión de Dios, el que es **«totalmente santo»**; el libro del Levítico nos invita también a ser “*santos*” porque Dios es santo. Ahora bien, el libro del Levítico, un poco más adelante, une la santidad a la que estamos llamados con el amor al prójimo. Este paso es fundamental, pues no se puede vivir, desde una perspectiva bíblica, la santidad de Dios de espaldas a las personas, más en concreto, a los hermanos.

San Mateo, por su parte, pone en labios de Jesús una llamada, una invitación, que parece a primera vista semejante, pero que no lo es. Jesús, es verdad, no nos llama a ser “*santos*”, como leemos en el libro del Levítico, sino que nos pide **«ser perfectos»**. Esta invitación a la perfección solo aparece en el evangelio de san Mateo, en dos ocasiones; las dos veces, relacionadas con el amor. Más en concreto, en este caso el texto nos habla de no caer en la venganza, sino de vencer el mal a fuerza de bien. Jesús siempre da un paso adelante en lo que se trata de vivir los mandamientos de Moisés. Nunca dice que estén derogados, o superados; Jesús los respeta, pero saca sus consecuencias hasta el final.

La pregunta inicial vuelve de nuevo. **¿El cristiano tiene que ser santo o perfecto?** Solo con estos dos textos bíblicos no podemos dar una respuesta definitiva. Más aún cuando en el texto paralelo del evangelio de san Lucas lo que nos pide Jesús es ser misericordiosos. Hay un elemento común a los tres textos: “*el amor*”. Dios es santo y su santidad se manifiesta en su amor. Dios solo sabe amar. Su perfección es su amor y su misericordia. Nosotros, que nos miramos en Dios, y que solo a Dios ponemos en nuestro horizonte de humanidad, solo podemos entender la santidad como perfección en el amor.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Convertíos a mí de corazón.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 – 6, 2): *Reconciliémonos con Dios.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*

La Cuaresma, antiguamente, comenzaba el domingo, pero como en el “rito latino”, los domingos nunca se han considerado días penitenciales, para completar el número sagrado de cuarenta días se añadieron cuatro días; así como la imposición de la ceniza, en su inicio, estaba reservado únicamente a los penitentes públicos, que habían de ser reconciliados por Pascua, posteriormente pasó a todos los fieles. Comenzamos pues con este rito, este miércoles, el tiempo de Cuaresma.

La Cuaresma es sobre todo un itinerario catecumenal. Sólo desde la clave de la celebración de los *Sacramentos de la Iniciación*, ya sean recibidos (catecúmenos) o renovados (fieles) en la Noche de Pascua, se comprende el guion de la disposición de la Liturgia: Leccionario y salmos para este tiempo, realmente fuerte. Toda la pastoral de la Cuaresma debe ordenarse primordialmente a una recuperación de la conciencia bautismal de los creyentes y a su pertenencia a la Iglesia, como comunidad. Como se ha dicho muchas veces, la Cuaresma sin Pascua no tendría sentido: *«El tiempo de Cuaresma prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el Misterio Pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del Bautismo y mediante la penitencia; dese particular relieve en la Liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo»* (Sacrosanctus Concilium 109)

Esto marca también un itinerario penitencial: conversión personal y comunitaria, que se expresa en el arduo esfuerzo del ayuno, de la limosna y de la oración, como nos invita el Señor. Cuaresma es un tiempo de penitencia gozosa. Convertirse al Señor es siempre una alegría. Una conversión que se debe pedir como un don. La conversión es siempre un don, nunca el resultado de un esfuerzo voluntarista: *«Conviértenos a ti, Señor y seremos convertidos»* (Lumen Gentium 5,21). En nuestra humanidad marcada por el pecado debe emerger la humanidad nueva que nace del Bautismo, sellada por la Confirmación, alimentada por la Eucaristía y reconciliada por la Penitencia. Todo ello bajo el signo eclesial. Tanto para los fieles como para los pastores. La vida cristiana y eclesial empieza siempre con el don de la conversión que es la manifestación del Espíritu Santo.

La dimensión eclesial no puede dejarse de lado. No es cada uno, sino toda la Iglesia concretada en cada lugar o comunidad parroquial quien, tomando conciencia de sí, se convierte al Señor y quiere vivir en profunda unión: *«Toda la Iglesia, a manera de navío, se pone en rumbo hacia el puerto de la Pascua. Uno no se convierte solo, sino con los hermanos, ayudándose mutuamente y orando unos por otros»* (San Juan Crisóstomo). La dimensión social; el servicio y la preocupación para los pobres y marginados está incluida en la liturgia cuaresmal, forma parte de su esencia. El amor a los hermanos es lo que acentúa la dimensión de caridad y solidaridad con los más pobres. Esto es lo que determina fundamentalmente el ayuno cuaresmal.

«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres». Así inicia Jesús sus palabras en este día. Pero ¿a qué se refiere exactamente Jesús con el término “vuestra justicia”? En el evangelio de Mateo esta es una expresión típica que hace referencia al cumplimiento de la voluntad de Dios. Entonces sí, entonces entenderemos que el Señor nos está pidiendo que cuando intentemos vivir nuestra condición de cristianos lo hagamos con sencillez, con humildad, sin buscar ningún reconocimiento humano, nos ha de bastar el de Dios.

A continuación, Jesús detalla tres prácticas conocidas en el judaísmo de su tiempo como medios que ayudaban al judío creyente a entrar en comunión con Dios: **el ayuno, la oración y la limosna**. Ninguno de estos tres caminos ha dejado de tener sentido para nosotros hoy. Es cierto que no son los únicos caminos para llegar hasta Dios, pero sí son caminos que nos ayudan a salir de nosotros mismos y prestar más atención a Dios y al prójimo. Quizá en nuestros tiempos modernos sea el ayuno el camino que menos entendemos. El ayuno de alimentos tendría un sentido plenamente evangélico si el dinero que ahorráramos al privarnos de algún alimento lo pudiéramos convertir en una limosna para ayudar a los más necesitados. También hay otras modalidades de ayuno que nos pueden hacer bien: ayunar de nuestras críticas, nuestros juicios, nuestros egoísmos... La limosna siempre será necesaria porque siempre habrá muchos semejantes nuestros que estén sufriendo. Y nada de lo anterior tendría sentido sino es por un deseo de convertir nuestro corazón para llegar a Dios, deseo que ha de nacer de una vida intensa de oración. El orden en este caso es importante, la oración primero, ella puede ser el motor para todo lo demás.

Estos caminos que nos propone Jesús en el evangelio no son exclusivos. Como hemos dicho, puede haber otros. Pero sean cuales sean, nunca debemos olvidar que la intención con que hagamos las cosas sí que cuenta. Lo repite Jesús las tres veces que comenta cada una de estas prácticas cuaresmales: humildad y sencillez. No se trata de dar limosna y esperar que nos aplaudan por ello. Sí, con esa limosna habrás hecho un bien a alguien, pero la actitud con la que la has dado también cuenta. Jesús nos invita a que siempre que hagamos el bien, una obra buena, lo hagamos por amor a Dios y nos busquemos ningún reconocimiento.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): *E insufló aliento de vida.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13.14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-19): *No hay proporción entre el delito y el don.*

Evangelio (Mateo 4, 1-11): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

Hace unos días comenzamos nuestro camino hacia la Pascua poniendo cenizas sobre nuestra cabeza. Un gesto ancestral que simultáneamente nos recuerda nuestra condición mortal y nos mete de lleno en un camino de conversión en busca de lo mejor, lo verdadero y permanente que solo se encuentra en Dios. Con el símbolo de la ceniza y la invitación a la práctica de la limosna, la oración y el ayuno comenzábamos este camino, manteniendo nuestra mirada en Jesucristo, crucificado y resucitado para nuestra salvación.

En este primer domingo, la Iglesia nos invita a mirar a nuestros orígenes: somos polvo, es cierto, pero estamos animados por el aliento divino. Dios nos ha dado la vida y nos seguirá ofreciendo esa vida suya más allá de lo que podemos imaginar. Entre los dones más preciados que recibe el ser humano está el de su libertad. Pero hay que aprender a utilizar la libertad a través de decisiones. Decidir es “*escoger algo*”, pero también es “*dejar algo*”. He ahí el dilema. Cuando una cosa nos parece mala y otra buena, la decisión es muy fácil: nos quedamos con la buena y dejamos la otra sin pensarlo dos veces. Cuando dos cosas nos parecen malas y tenemos que escoger forzosamente una, buscamos la que nos parezca menos mala, y, la elección es algo difícil. Pero cuando dos cosas nos parecen buenas es cuando más se complica el asunto.

En la Biblia se habla de un tentador, la astuta serpiente en el Edén, el diablo y Satanás en el evangelio. Se nos dice de él que es capaz de presentar como algo bueno y atractivo lo que no lo es. En el desierto, el tentador lanza un triple ataque a Jesús. Son tentaciones hechas a Jesucristo, pero el evangelista quiere que las veamos como modelo de los caminos equivocados por los que los cristianos podemos errar. La tentación de utilizar nuestros dones y talentos con el fin de manipular las cosas para satisfacer nuestros gustos egoístas (solo pensar en uno mismo olvidándonos de los otros), la tentación de la apariencia (atraer las miradas y aplausos de los demás) y la peor de todas las tentaciones: “*la tentación del poder*” (económico, político o religioso), que marea, seduce y corrompe. Concurrir con la tentación es errar el rumbo, y por eso se requiere conversión.

La vida de Jesús estaba impulsada por el Espíritu de Dios. Lo acabamos de escuchar: **«Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu»**. Jesús se dejaba llevar por el Espíritu. No dirá ni hará nada que no sea en obediencia al Espíritu. **«No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de mi Padre que está en el cielo»** (Juan 6,38), dirá en más de una ocasión. Jesús busca ser fiel al Espíritu de Dios que lo empuja a **«llevar a los pobres la Buena Noticia de la salvación; a anunciar la libertad a los cautivos y a dar vista a los ciegos; a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia»** (Lucas 4,18-19). Esa es su vocación. Hacer visible el Reino de Dios, la voluntad del Padre para todos sus hijos. “*Venga tu reino, hágase tu voluntad*”, oraba cada día.

Por el camino no faltarán las pruebas. El Reino de Dios no es un espectáculo. Al contrario, el Reino de Dios busca abrirse paso en los corazones, en las relaciones humanas y en la historia, como un río que, escondido y silencioso, transcurre por las profundidades de la tierra. Es ahí, en la profundidad de la vida real, ahí donde la humanidad se juega su ser o no ser, donde Jesús se sabe enviado. Es un camino que desciende hacia lo que está más abajo, más perdido y despreciado, más invisible e ignorado.

Es el estilo de hacer de Dios. Jesús dará gracias por ello: **«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños»** (Mateo 11,25). Dios no actúa como los poderes de este mundo. Su gloria no tiene que ver en absoluto con la gloria del mundo. La tentación de abandonar esta senda que desciende y se adentra en las entrañas de la humanidad siempre estará ahí. Jesús lo experimentó.

Como a Jesús, el Espíritu nos lleva al desierto de nuestra vida y de la humanidad entera. Ahí aparecerán las tentaciones y también, como respuesta a ellas, la oportunidad de crecer en fidelidad a la voluntad del Padre, como Jesús. **¿Cuáles son hoy nuestras tentaciones?** Quizá la de no tomarnos en serio a Jesús y acoger de verdad su palabra y su vida; tal vez la de vivir tranquilos en el refugio de nuestra religión sin estar dispuestos a convertirnos al Reino de Dios; o quizá la de vivir cómodamente instalados en esta sociedad del bienestar, indiferentes al sufrimiento de tantos hermanos.

«¡Dios nos libre –nos dice el papa Francisco– de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!» (Evangelii Gaudium, 97). Con la gracia de Dios, tratemos de asegurar nuestro caminar, de manera clara y efectiva hacia la Pascua que Dios quiere para toda la humanidad.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): *Haré de ti una gran nación.*

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): *Él nos salvó y nos llamó.*

Evangelio (Mateo 17, 1-9): *Este es mi Hijo, el amado. Escuchadle.*

Continuamos caminando en este tiempo de Cuaresma, entendida como: *«Un tiempo de sacrificio y de penitencia; pero también tiempo de comunión y de solidaridad. Un tiempo por excelencia de renovación de nosotros mismos en Cristo, de reconciliación con Dios y con nuestros hermanos»* (Pablo VI, *Mensaje para Cuaresma* 1973)

En la misión que recibe Abrahán, en lo que lo que podemos llamar, su vocación, podemos decir que comienza la historia de la salvación. A Abrahán se le anuncia la bendición, por él serán bendecidas todas las razas de la tierra, pero para ello tendrá que dejar atrás su casa, su tierra y sus dioses para ir al encuentro del único Dios verdadero. Este camino va a ser dificultoso para Abrahán, él ha recibido de Dios la promesa de formar un gran pueblo, ha sido objeto de una bendición, pero su vida estará llena de búsquedas, de dudas, de contradicciones, etc. También la Iglesia, también nosotros, experimentamos la dificultad en nuestro camino hacia la Pascua, experimentamos la dureza de la evangelización.

Es lo que expresa la segunda lectura de la carta a Timoteo, por eso, este tiempo de caminar hacia la Pascua tiene que ser un tiempo de oración, penitencia y de escucha de la Palabra de Dios para que también hoy los discípulos de Cristo sigamos tomando parte en los duros trabajos del Evangelio, sabiendo que evangelizar es anunciar la obra salvadora de Dios en Cristo Jesús.

Este desánimo ante las dificultades lo experimentan los propios apóstoles, por eso el Señor toma a Pedro, Santiago y Juan y sube con ellos al monte, el monte es el lugar de la presencia de Dios, no tiene por qué ser un monte concreto, la subida es ir al encuentro con Dios. Allí Jesús se transfigura y se les manifiesta con la Gloria que tenía junto al Padre y junto a Él aparecen dos personajes: Moisés (la ley) y Elías (los profetas). Pedro experimenta la felicidad plena: Señor vamos a quedarnos aquí. Pero la nube, la presencia de Dios los cubre y la voz del Padre les anuncia con las mismas palabras del bautismo que solo la Pasión y la Cruz son el camino hacia la Pascua. Jesús los despierta y los invita a bajar del monte.

No, Jesús no quería deslumbrar a sus discípulos; quería estar con ellos, con sus mejores amigos, para que le acompañaran en unos momentos íntimos de oración. Su mirada ya estaba puesta en Jerusalén. Hacia allá empezaban a dirigirse sus pasos. Allí tendría que dar testimonio más pleno de su amor por una humanidad a la que quería introducir en la vida de Dios, en su reinado.

Pero Jerusalén pensaba que ya conocía a Dios; más aún, pensaba que lo tenía. Se sentía segura con su templo, ufana con su grandeza, orgullosa de su historia, protegida por su culto, satisfecha por sus ofrendas, contenta con sus sacerdotes, adoctrinada por sus escribas, rica con sus negocios, acomodada con sus dominadores...

¿Para qué iba a querer Jerusalén a un pobre profeta galileo? ¿Para qué iba a perder su tiempo escuchando las enseñanzas de un hombre de pueblo? Los romanos eran detestables, cierto, pero en Jerusalén ya se habían hecho los acomodos necesarios: *“No los molestamos para que no nos molesten”*. ¿Para qué iba a arriesgar su paz con ideas de otro reino? *“Les pagamos sus impuestos, y así nos dejan hacer nuestros negocios”*. ¿Para qué venir a mover el equilibrio tan arduamente ganado con doctrinas extrañas en boca de un galileo?

Para enfrentarse a todo eso, Jesús necesita orar. No sube al monte santo a dar un espectáculo con su transfiguración. Si hiciera falta eso, hubiera sido mejor quedarse con la multitud y buscar así su admiración. Pero no; Jesús sube a solas con sus discípulos porque quiere orar, porque necesita ponerse frente a su Padre y fortalecer su decisión de caminar a la ingrata capital de su pueblo. También ahí es preciso anunciar el Reino, aunque no lo quieran escuchar.

A este hombre fiel, perseverante; este hombre humilde, bueno; este hombre compasivo, generoso; a este hombre de oración del que el Padre dice: *«Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias: escúchenlo»*. Pedro, Santiago y Juan, entusiastas voluntarios para construir chozas al puro deseo de perpetuar esa experiencia: *“¡Qué bueno sería quedarnos aquí!”*, son invitados a escuchar. Hay que transformar a los *“constructores”* en escuchas atentos. Bajad del monte, todavía no es tiempo de hacer, ni siquiera de hablar; ahora es tiempo de contemplar y de escuchar.

También nosotros en esta Cuaresma tenemos que ir al encuentro con Dios en la oración, en la penitencia y en la escucha de la Palabra de Dios, pero tenemos que bajar del monte para encontrarnos con nuestros hermanos los hombres, porque abajo del monte sigue corriendo la historia y es en nuestra historia donde también hoy tenemos que seguir participando en los duros trabajos del Evangelio. **¡Escuchémosle!** Solo así seremos transfigurados para poder contemplar la profundidad de su amor en su rostro encarnado y en su cuerpo despojado de vestiduras: *“Me amó y se entregó por mí”*.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *¿Está el Señor entre nosotros?*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed.*

La fe siempre la vive el ser humano acompañada de la duda. No es una duda tan intelectual como algunos la suponen, es más bien una cuestión existencial de confianza ante las situaciones a las que nos vemos enfrentados. Son muchas: enfermedades, fracasos, tropiezos, melancolías, rutinas, enfados... No terminamos de ver una vida como nos gustaría y nos acompaña una sensación de impotencia que nos hace elevar la vista pidiendo ayuda o un gesto que nos permita esperar con esperanza. Se ha hecho tan general que andamos sumidos en esta duda que nos impregna desde la constante lluvia que nos cala y penetra con tanto mensaje irreligioso, al que se tacha de trasnochado y no progresista, por el mantenimiento de una fe en un ser inalcanzable que nunca se hace presente y visible. Pues tan antigua como la fe es la duda.

Así es nuestra vida, tan necesitada de experiencias de Dios como frecuentes son las experiencias de su distancia. Así es nuestra tradición religiosa, tan consciente de la crudeza vital como de la necesidad de Dios. Ahí es dónde nuestra comunidad vive y tiene que vivir, en la intemperie de las llanuras culturales y de las montañosas tempestades que azotan al ser humano en la travesía de la existencia, entendiendo sus crisis, escuchando sus clamores, asumiendo sus crisis y acompañando, siempre acompañando, a una humanidad que pasa sed, tiene hambres muy diversas y busca lo fácil más que lo eficiente.

Como Moisés, los creyentes que formamos esta comunidad en la historia humana, no podemos dar la espalda a quienes necesitan nuestra esperanza. Como Dios, tampoco podemos dejar que los signos religiosos sean fruto de las peticiones fáciles y comodonas. Dios nos quiere dejar signos, pero no portentosos, no de fachada, sí de contenido, tampoco de ilusión, pero sí de esperanza. Por eso eligió a un niño como el gran signo de su presencia con los dos rasgos que caracterizan a los niños: ternura y futuro. Ahí está el sentido y el signo de nuestro Dios, en nuestra capacidad de compasión y en nuestro testimonio de esperanza.

Jesús sentía sed y se había sentado en el brocal del pozo. La mujer samaritana fue al pozo por agua. Ella tenía sed y había venido por agua. Pero ella tenía otra sed que no había sabido explicar. Su búsqueda de amor seguía insatisfecha a pesar de sus amoríos y sus aventuras. Y aquel judío sediento junto al pozo le había sabido descifrar esa sed y le ofrecía un agua viva, un agua que se convertiría en manantial dentro de quien la bebiera.

Claro que ella quería de esa agua, pero era necesario que pudiera entrar en la intimidad de su propia vida y descubrir allí la verdadera sed que la aquejaba. Sed de amar y ser amada. Esa sed tan común a la humanidad, pero que algunos pretenden saciarla con aventuras amorosas en lugar de reconocer que lo que necesitan es un amor verdadero. Un amor que, por otra parte, difícilmente se consigue si no somos capaces de corresponder de veras en el amor.

Somos fruto del amor, necesitamos el amor desde que nacemos y nos volvemos sedientos de amor toda la vida. El amor de los nuestros – maternal, paternal, fraternal-, el amor de los amigos y amigas, el amor conyugal, el amor filial y todos esos derivados que pasan por el reconocimiento, el aprecio, la estima o la admiración de los demás. Todos vamos por la vida con una inmensa sed de amor. Vamos al pozo y bebemos, y regresamos una y otra vez, pero esa sed no se acaba nunca.

Y pedimos: **¡Señor, dame de esa agua!** Y él nos dice: Identifica primero dónde andan tus amores, identifica tu sed en toda su profundidad. Descubre en el fondo de ti mismo el deseo profundo del amor divino. Y si buscas a Dios, el manantial que puede apagar tu sed, no te escudes en no saber en dónde hay que adorarlo, porque a Él se le adora en espíritu y en verdad. No es necesario ir a un lugar preciso para encontrarse con Dios. Lo que sí es necesario es saber implicarse apasionadamente, dar culto en espíritu y desterrar la mentira de nuestra vida, para encontrarnos con la fuente de agua viva, *en espíritu y en verdad*.

Algo vislumbró aquella mujer. Algo que le ayudó a descubrir, al menos incipientemente, al que podía darle sentido y rumbo a su vida. Había ido al pozo a por agua y, en su prisa por compartir esa buena noticia con sus conocidos en el pueblo, ¡se le olvidó el cántaro! No llevó el agua del pozo, pero ella misma se convirtió en cántaro de agua viva, ella se convirtió en portadora de la buena nueva a sus paisanos, ella, la más improbable de los posibles misioneros, puede al menos plantear la inquietud que empieza a burbujear en su interior como manantial de agua de vida eterna: **«Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Mesías?»**. Su testimonio provocó la búsqueda, y la búsqueda trajo consigo una experiencia personal para aquellos samaritanos. **«Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el Salvador del mundo»**.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1ª Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *Levántate y úngelo de parte del Señor.*

Salmo (22, 1b-3a.3b-4.5. 6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Ahora, sois luz por el Señor.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.*

Samuel era profeta y también juez de Israel. Es decir, él era la persona que, animada por el Espíritu, tenía que guiar a su pueblo en un tiempo difícil. Pero Samuel no era solo un “*hombre del pueblo y para el pueblo*”; era ante todo un hombre de Dios. El pueblo veía a su alrededor otras naciones dirigidas por reyes y, le pide a Samuel, insistentemente, que le dé un rey. Samuel ora y se queja ante Dios: “*Dales un rey... no es a ti a quien rechazan, sino a mí*” y de manera un poco extraña, Israel consigue su primer rey en la persona de Saúl. Pero el romance entre el rey y el pueblo duró muy poco. Había que buscar a alguien mejor y, así, Samuel, que no quería ungir ni al primer rey, tuvo que ir también a ungir al segundo. El Señor le hace saber que ese rey tiene que salir de la casa de Jesé, y hacia allí dirige el profeta sus pasos.

Ya en la casa de Jesé, comienza la “*pasarela*” de los ocho hijos. Rápidamente, el viejo profeta se entusiasma con el mayor, Eliab, pero Dios le dice: «*Yo miro los corazones, y tú, ¿qué ves?... Samuel, te dejas impresionar por el aspecto, te fijas en las apariencias... Yo miro los corazones*». Así pasaron uno tras otro. Hubo que esperar al más pequeño: David. ¡**Ese es, úngelo!** Samuel, miraba las apariencias; el Señor miró el corazón.

Cuántas veces hemos escuchado, incluso nosotros lo hemos dicho en alguna ocasión, “*esto siempre ha sido así*”. Lo que hemos pensado menos veces es: cuándo se empezó a hacer de esa manera. Y nunca, o casi nunca, comentamos cuáles fueron los motivos que llevaron a hacerlo de esa forma. Podemos caer en la cuenta de que en nuestra propia vida hay cosas que las hacemos siempre de la misma manera, con el mismo ritmo y con el mismo orden. Y, sin embargo, hay otras que las hemos ido cambiando: unas porque nos lo hemos propuesto y otras porque las circunstancias nos las han hecho cambiar.

«**Maestro, quién pecó: ¿este o sus padres, para que naciera ciego?**» le dicen a Jesús sus discípulos: “*Algo ha tenido que hacer mal, él o sus padres, para encontrarse en esa situación*”. Eso pensamos la mayoría de las personas cuando miramos las cosas por fuera, y no nos preguntamos más allá de una mirada superficial. Jesús dice a sus discípulos cual va a ser el final del proceso que van a vivir, conjuntamente, él y el ciego: nacimiento, tarea obligada (pedir limosna), obedecer el mandato de Jesús, empezar a ver, primeras dificultades con los vecinos, diálogo con las autoridades, encuentro personal con Jesús y confesión de fe.

Lo que ha sido de una manera y empieza a ser de otra, no nos cabe en la cabeza. Así es la mirada de los fariseos y así es también la nuestra en ocasiones; sobre todo, si la nueva manera nos conduce a tener que cambiar muchas cosas a las que estamos acostumbrados o acomodados. Jesús a los fariseos los llama ciegos, de esos de “*no hay mayor ciego que el que no quiere ver*”. No aceptan la novedad de Jesús que, con la luz, que es Él mismo, nos ayuda a ir viendo el camino que nos lleva a la confesión de la fe con los labios y a ahondar esa fe en nuestro corazón.

Cuando la otra persona es diferente a la que nosotros conocimos, nos sucede como a los padres del ciego de nacimiento: “*cuando él vivía con nosotros era (estaba) ciego; ahora vive (está) por su cuenta y parece que tiene otra manera de ver la vida*”. A Jesús le parece que no es suficiente con ese cambio: «*Yo era ciego y ahora veo*». El ciego, y nosotros también, necesitamos seguir manteniendo relación con personas que nos conocieron de una manera y ahora nos ven de otra; así los ayudamos a descubrir que los cambios son necesarios, sobre todo si son libres y no impuestos.

El ciego, prosigue ahondando en su visión y no solo disfrutando de su vista. Él había dicho antes que quien lo curó era «*ese hombre que se llama Jesús*», pero ante la insistencia de los fariseos, va más lejos, así que ahora declara que él piensa que Jesús “*es un profeta*”. Por último, el ciego, ya ante Jesús, su visión llegará aún más lejos... Jesús le pregunta: «*¿Crees en el Hijo del hombre?*». Y el evangelista concluye recordando la confesión de fe y el gesto de adoración del que ya ha sido curado.

Jesús apuesta por los avances que las personas vamos haciendo a lo largo de toda nuestra vida y nos ayuda a ir superando las dificultades que vamos encontrando a la hora de tomar decisiones, de hacernos entender por otras personas y hacernos presentes en la vida de cada día con los demás. Él no trata de ahuyentarnos ni de infundirnos miedo; muy al contrario, está sumamente interesado en nuestra mirada, pues de lo que “*veamos*” depende mucho el rumbo que vamos a ir tomando en nuestra vida y las decisiones con las que vamos a ir avanzando.

Todos fuimos tinieblas, pero algunos hemos decidido aceptar el don de Dios y, unidos al Señor, ahora somos luz. Como hijos de la luz, no solo aprendemos a ver al modo divino, no fijándonos solo en las apariencias, sino en el corazón. Además, sabemos que, estamos llamados a producir frutos de la luz: bondad, santidad y verdad. La vocación de la luz es hacer posible que los demás vean. Fuimos iluminados y ahora nos toca iluminar.

Hermano, y tú, ¿qué ves? «**Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.**»

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37, 12-14): *Pondré mi espíritu en vosotros.*

Salmo (129, 1b-8): *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa»*

2ª lectura (Romanos 8, 8-11): *Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Yo soy la resurrección y la vida.*

Este evangelio, como pocos, nos muestra los sentimientos del Señor. Primero, en el recado que le mandan a Jesús: “Señor, tu amigo está enfermo”. Jesús al enterarse dijo: **«Esta enfermedad no es para muerte, sino para honra de Dios»**. Luego por la mano del narrador se nos dice que Jesús amaba a Marta, María y a Lázaro. No son unos desconocidos para Jesús, son amigos muy especiales a los que él amaba.

La noticia de la enfermedad de su amigo Lázaro le hace a Jesús ponerse en camino hacia Betania, más sus discípulos tratan de disuadirlo: “Maestro, hace bien poco que los judíos intentaron apedrearte; ¿cómo es posible que quieras volver allá?”, no entienden que Jesús quiera poner en peligro su vida. No sé si temen por la vida de Jesús o más bien por la suya propia. El hecho es que Tomás, pese a todo, pese a sus dudas, se envalentona e invita a los demás a subir y asumir los riesgos del viaje, acompañarán a Jesús. Tampoco entienden bien qué es lo que le sucede a Lázaro. Pero Jesús no los lleva a experimentar la muerte, sino a experimentar la victoria de la vida sobre la muerte: **«Lázaro ha muerto. Me alegro por vosotros de no haber estado allí para que tengáis fe»**.

Cuando llega con los suyos a Betania, salen a su encuentro las hermanas y Marta le dice: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Esta súplica se la dijo Marta, se la dijo también María, y con otras palabras lo dirían sus amistades y quizás también los discípulos pensarían lo mismo y me parece que lo decimos nosotros más de una vez. Jesús al ver su dolor se conmovió, se estremeció. Y se echó a llorar.

Estas lágrimas de Jesús nos muestran a ese Dios al que el dolor y el sufrimiento humano no le son ajenos. Marta y María: ambas hermanas reprocharán a Jesús la muerte de su hermano. Jesús no se enfada con ellas. Respeta el dolor humano ante la muerte de un ser querido, Dios siempre lo hace. Sin embargo, después de esa expresión del dolor y la impotencia, Marta hará una confesión de fe: **«Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios»**.

Una vez levantada la losa del sepulcro Jesús, conmovido hasta las lágrimas, da gracias al Padre, que siempre le escucha, y el desenlace del episodio no es la vida restablecida para Lázaro o la alegría de las hermanas, sino la fe de muchos judíos que habían ido a acompañar a Marta y María en su duelo. Así queda resaltado que es el poder de Dios, que ama al hombre, el que posibilita el milagro.

Entendemos todos muy bien el dolor de Marta y María ante la muerte de su hermano. Pero este largo relato quiere desembocar en estas palabras de Jesús: **«Yo soy la resurrección y la vida...»**. Dios no es solo quien nos puede consolar ante la muerte de un ser querido, Dios es la vida, en Él está la vida. Quien cree en Él nunca morirá. No debemos olvidar nunca esta verdad de nuestra fe. En ella se juega el sentido de toda nuestra existencia.

Acabamos de leer el relato de la resurrección de Lázaro, que es el último signo (los sinópticos utilizan el término «milagro») que Jesús va a realizar en su ministerio público según el evangelio de Juan. Conviene, como punto de partida, recordar que Jesús no actúa como un mago poderoso sino como el hijo de Dios que con este signo persigue solo que sea glorificado el buen nombre del Creador. Jesús no solo resucitó a Lázaro, sino que rehizo también la vida de los que le rodeaban.

Dios, a través de su profeta, ya había anunciado a los habitantes de su pueblo que estaban desterrados que los haría salir de sus sepulcros, les infundiría su espíritu y así les daría vida: **«Y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago»**. Es la misma fe que canta el salmista que se descubre sumido en el abismo de sus pecados, consciente de que el mero recuerdo de sus culpas le impide todo acceso a la salvación. Pero, en su oración dice al Señor: “De ti procede el perdón, y por eso con amor te veneramos”. Confía, espera, aguarda su misericordia y su redención: “Perdónanos, Señor, y viviremos”.

La Sagrada Escritura nos habla de una vida que comienza desde ahora gracias a la fe y la confianza, a la esperanza y el amor con que los creyentes nos afiamos en Dios. Es con esa fe con la que podemos dejar a nuestros seres queridos difuntos en las manos del Padre, aunque su partida nos duela. Pero no se trata solo de esperar la resurrección de los muertos y la vida eterna, como recitamos en el Credo, sino de esforzarnos desde la misma fe por vivir desde ahora en plenitud y por generar vida para todos.

El Espíritu del Padre resucitó a Jesús de entre los muertos, nos recuerda Pablo, y ese Espíritu habita en nosotros: Habita en los niños que juegan y ríen. Habita en los jóvenes que sueñan y aman. Habita en quienes estudian y trabajan. Habita en las mujeres, transmisoras de alegría, de vida y de fe. Habita en los sanos y en los enfermos, en los pobres y necesitados, en todos los que llevan una vida conforme al Espíritu.

La muerte hace su trabajo todo el tiempo, y avanza implacable hasta consumir su labor. Sin embargo, no nos acostumbramos a la muerte porque amamos la vida. ¡Somos seres para la vida! Ya no podemos decirle a Jesús: “Si hubieras estado aquí...”, por la sencilla razón de que sabemos que **¡ÉL ESTÁ AQUÍ!**

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21, 1-11): *¡Hosanna al Hijo de David!*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Pasión (Mateo 26, 14-27, 66): *Velad y orad para no caer en la tentación.*

Hoy leemos en la segunda lectura un himno antiquísimo, hermoso, rico, inolvidable, que Pablo incluye en su Carta a los Filipenses y que la liturgia nos presenta a nuestra consideración. En él se habla del descenso, del abajamiento, de la *kénosis* (vaciamiento de la propia voluntad para llegar a ser completamente receptivo) de Jesús, quien se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz... Por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre. Porqué escuchó con la máxima atención la voz de su Padre y la puso en práctica.

Fue en aquella cena de despedida, lo que llamamos “*la última cena*”, cuando las cosas quedaron suficientemente claras, al menos para Jesús: su vida es como un pan que se toma, se agradece, se parte y se entrega. Un pan que cumple su función generadora de vida en la medida en que los beneficiarios de sus nutrientes lo ingieren. Pan entregado, vino escanciado. Cuerpo y sangre, vida que se entrega y se derrama “*por vosotros y por muchos*”.

En sus diálogos con Dios, su Padre, Jesús había encontrado un sentido que orientó toda su existencia y que ahora le impulsa hacia el final, doloroso y no deseado en sí mismo, pero que es la única manera de culminar una vida vivida en fidelidad amorosa. Hay cosas peores que la muerte. Vivir sin sentido, vivir sin coherencia, abandonar su misión, traicionar sus ideales; en una palabra, ser infiel a los demás, pero sobre todo ser infiel a sí mismo y a Dios. Eso es peor que la muerte. Que nos quede claro: no fuimos salvados por el dolor, sino por el amor.

El origen de Jesús es Dios, pero la meta no es ni la humillación ni la muerte, sino la exaltación y la gloria junto al Padre, y el camino es la escucha atenta. A ese Jesús fiel y obediente lo aclamamos en este día y siempre: “*¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*”.

¿Quién es este? ¿Un profeta? ¿Un aspirante a mesías? ¿Con qué autoridad, quién lo envía? ¿Sin ejércitos, sin poder, sin ascendente social? ¡Imposible! Era mejor acallararlo de una u otra forma, pero parecía tener respuestas para todo, y la gente lo estimaba, lo admiraba, lo seguía... Y, como ocurre en todos los tiempos, a los que molestan a la autoridad, o aprenden a callarse o se les calla.

No es fácil situarnos ante la Pasión de Jesús. Junto con el dolor y la indignación, nos surgen preguntas. No hay palabras que justifiquen esta condena a aquel «*que pasó haciendo el bien*». El mensaje y las acciones del nazareno habían quedado ensombrecidas por la muerte en la cruz, reservada para los peores delincuentes. Sin embargo, Jesús ya había advertido a los suyos que, en Jerusalén, tendría problemas. Allí vive la cara y la cruz de la vida cuando, a la entrada, es aplaudido como un rey y, poco después, abucheado y ajusticiado como un criminal.

Los romanos tendrían su propio punto de vista, como lo tendrían también la muchedumbre y cada uno de los actores de este terrible drama. Antes de los relatos que nos transmiten los evangelistas, los cristianos vivieron el recuerdo de aquellos días y lo fueron pasando unos a otros de diversas maneras; anuncio, catequesis, fórmulas de fe, acciones litúrgicas y cánticos e himnos, entre otras formas.

Jesús nunca buscó títulos humanos ni tampoco aprovechó los divinos. Él no presumió de ser Dios, ni lo utilizó en su beneficio particular. Su poder fue un amor entregado hasta el extremo. Rompió barreras, resucitó muertos, curó enfermos y perdonó a los pecadores. Su vida fue un acto infinito de amor... Su palabra iluminó, su mirada cautivó y sus gestos sorprendieron a todos. Muchos descubrieron en Él al mesías que daba sentido a su vida y a las promesas de Dios. Con Él estaban bien y le seguían.

Pero no todos le querían. Su mensaje de amor, justicia e igualdad cuestionaba la sociedad de su tiempo. Sus acciones hablaban de la misericordia de Dios, del perdón de los pecadores, de la integración de todos... y, a muchos, no les gusto. Una multitud anónima pidió su muerte en un proceso irregular.

Ante las dificultades todos desaparecieron...; incluso sus discípulos. El miedo les ahuyentó. Es la soledad del amor, la indiferencia ante quien sufre, el rechazo a las víctimas. En la cruz yace el Mesías. Dios, en Jesús, es pisoteado. ¡Cuántas personas son hoy pisoteadas!

Nosotros hoy miramos a la cruz para contemplar a Jesús crucificado y, al mismo tiempo, para poner nuestra atención en los crucificados del mundo. En demasiadas ocasiones miramos hacia otro lado, consentimos la cruz y callamos ante las víctimas. Hoy sigue habiendo demasiado dolor. Pero Dios no calla ni permanece impasible ante la injusticia. Su sentencia será la vida por encima de la muerte, el amor por encima del odio, el perdón sobre la ruptura y la paz sobre la violencia.

Hoy comienza la Semana Santa. Un tiempo de descanso para muchos. Ojalá también un tiempo de escucha profunda y atenta. Estamos convocados a contemplar y vivir este misterio de fe y sentir el amor de un Dios que se entrega por nosotros. Vivid con Él la Pasión. **¡Feliz y Santa Semana!**

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *De él dan testimonio todos los profetas.*

Salmo (117, 1-2.16-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»*

2ª lectura (1ª Corintios 5, 6b-8): *A sido enmolada nuestra víctima pascual: Cristo.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Vio la losa quitada del sepulcro.*

¡Hoy es el gran día de toda la Humanidad! La luz de Cristo resucitado disipa las tinieblas en las que estaba sumido el mundo. El fuego nuevo que hemos encendido en la Vigilia Pascual y el cirio pascual, hermoso símbolo de Cristo vencedor de las tinieblas, lucen ante nosotros recordándonos que con Jesús hemos sido iluminados desde nuestro bautismo y que él continúa alumbrando nuestro diario caminar.

Cristo, Palabra eterna del Padre, resuena en medio de la asamblea para sacarnos del silencio de la muerte y conducirnos desde la meditación sobre los orígenes del mundo y de la humanidad, pasando por las grandes etapas de la historia del pueblo elegido, hasta desembocar en los momentos iniciales de la existencia llena de gozo y esperanza de una comunidad de discípulos que sabe que su Señor vive para siempre y le espera con el triunfo definitivo al final de su peregrinaje.

La palabra “*resurrección*”, que literalmente quiere decir “*volverse a levantar*”, es una de las metáforas más utilizadas y, por lo mismo, mejor conocidas por nosotros. En el Nuevo Testamento se nos dice que Jesús rompió las ataduras de la muerte y tiene una vida nueva. Que fue exaltado, glorificado y ascendió a los cielos. Que está sentado a la derecha de Dios Padre y recibió el nombre sobre todo nombre. Que fue constituido Mesías y Señor, juez de vivos y muertos. Que es el primogénito de entre los muertos, que recibió el Espíritu Santo del Padre y nos lo ha comunicado. Estas y otras expresiones similares fueron utilizadas por los primeros cristianos.

Hoy sabemos lo que sucedió, en toda Judea y Galilea, en Grecia y Roma y lo que sucede en el mundo entero, que los seres humanos se empeñan en seguir condenando a muerte a todo bicho viviente porque no ven posible superar semejante obstáculo que se interpone entre la Humanidad y su horizonte de vivir mejor y más allá de esa barrera. Los cristianos de todo tiempo, lugar y condición, tenemos la oportunidad de poder decir que ese anhelo que nos distingue y que expresamos se hizo realidad. Nuestro futuro no se acaba con la muerte. Nuestra historia no va a ser siempre como ha sido. El desánimo no es la característica más humana. La tristeza no tiene por qué impregnar nuestro interior.

Algunos todavía no creen. No tienen confianza en que Dios vaya a hacer ese milagro tan inalcanzable para los vivos. Y no lo creen a pesar de que nuestros antepasados ya hablaban de que había roto muros infranqueables, como la frontera de Egipto, para escapar, y vallas naturales imposibles, como el mar Rojo, y murallas tremendas como las de Jericó que se disolvieron cual azucarillos con solo el sonido de unas pocas trompetas y tambores. Se empeñan en mantener a la humanidad cerrada en la oscuridad tenebrosa de un sepulcro, negándole la posibilidad de la esperanza y afirmando que esta vida es una vida de muerte y para la muerte.

¡Jesús ha resucitado! Como había dicho y nadie creyó. Desde aquel día los cristianos sabemos también que ocurrió algo que sacudió la Historia, aunque la duda siga estando presente en el frontispicio de las culturas humanas. Que la mayoría no lo crea seguro no tiene por qué disminuir nuestra confianza en quienes nos lo han venido contando y asegurando. Ni ellos mismos podían dar crédito a lo que les ocurría, pero ocurría. Hasta las mujeres, tan reacias, últimamente, a dar crédito a los hombres, no pudieron negarse a la experiencia que ellas mismas vivieron y comenzaron a plasmarlo en sus dichos y en su alegría.

¡Dios ha intervenido! Pero vivir esa experiencia y, sobre todo, sentirla en propia carne por el enorme cambio que introduce en el ser personal y en la vida de alguien..., es otra cosa. Es algo para sentir, experimentar, disfrutar, vivir. Nuestra vida es ya tan distinta que es otra. Por eso podemos hablar de otra vida, porque ya ahora, en esta, sentimos que hay otra que hemos empezado a intuir y presentir. Si otros se enteran y creen, serán ya prerresucitados. ¡Serán otros...! ¡Esa es la diferencia: vivir con esperanza!

Sí, Jesús es la Palabra que Dios nos dirige, y esa Palabra no es de muerte, culpabilidad y condena, sino de vida, perdón y libertad. Porque Dios ha dicho su última Palabra en la liturgia de la vida y lo ha sacado del sepulcro a donde la humanidad lo había conducido y encerrado. Y ese mismo Cristo resucitado se ha hecho presente entre nosotros como alimento de salvación. Podemos dar gracias, hacer nuestra eucaristía, porque primero fuimos agraciados por Dios. El cuerpo entregado de su Hijo y su sangre derramada han inaugurado una alianza nueva y eterna de la que somos beneficiarios por pura gracia.

Sigue habiendo mucha maldad en el mundo, sigue habiendo mucha injusticia, siguen existiendo numerosas víctimas porque hay gente violenta y porque hay poderes corruptos que propician que siempre haya alguien dispuesto a sacrificar a sus propios hermanos. Pero, en último término, no es la muerte lo que prevalece, sino la vida; la victoria es de Dios, y Jesús es nuestra Pascua. Por eso se nos dice y nos decimos unos a otros: “*No temáis: Cristo ha resucitado y va delante de nosotros*”.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 42-47): *Partían el pan en las casas.*

Salmo (117, 2-4.13-15.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*

2ª lectura (1ª de Pedro 1, 3-9): *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor, Jesucristo.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Bienaventurados los que crean sin haber visto.*

San Pedro, en el inicio de su primera carta, alaba a Dios por su gran misericordia. Esa misericordia ha hecho posible que podamos renacer a la esperanza de una vida nueva cuyos horizontes no se limitan a este mundo, sino que se extienden a la salvación eterna. Llamamos a este día “*Domingo de la misericordia*”, pero para mucha gente esto se reduce a tratar de experimentar la misericordia divina a favor de ellos o de los suyos. Son pocos los que entienden que se trata de un día en el que al mismo tiempo que se pide, se vive o se disfruta la misericordia de Dios en favor de nosotros, se nos invita a salir a anunciar con palabras y obras la misericordia de Dios en favor de todo el resto de la humanidad. **¡El Crucificado ha resucitado!**

El Señor no se hizo presente solo para consolar a sus discípulos de la pérdida que juzgaban irreparable; se hizo presente para rehacerlos como comunidad de fe, llenarlos de su Espíritu y lanzarlos a compartir su misión. Nosotros somos un regalo de la misericordia divina para los que aún no han podido hacer su camino de fe, para los que se han desilusionado, para los que han perdido la esperanza; en una palabra, para todos.

El papa Benedicto XVI nos lo recordaba cuando escribía: *«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»* ^(Deus caritas est). La fe solo se puede vivir en primera persona. Creemos cuando experimentamos la cercanía del Señor.

Tomás no se conformó con lo que le contaban el resto de los discípulos. Por mucho que le insistieran, no podía creer de oídas. Él necesitaba ver para creer. Sabemos que las experiencias se pueden narrar..., pero eso no significa que se puedan transferir. Aunque los creyentes expresemos cómo es nuestra fe... eso no garantiza que nuestros interlocutores se conviertan en creyentes.

Ocho días después de la Pascua, estamos reunidos los discípulos, pero ahora las puertas están abiertas. Ya no nos encierran ni el temor ni la duda. Jesús, el vencedor de la muerte, se ha hecho presente entre nosotros. Él nos ha mostrado sus manos y su costado traspasado, y ahí contemplamos la calidad del amor de Dios por nosotros. Un amor que se entrega hasta la misma muerte para darle vida al amado. Un amor capaz de vencer a la muerte, que parece devorarlo todo. *«Como el Padre me envió, así os envió yo a vosotros».*

¡Que extraordinaria misión nos encomienda! Como el Padre lo envió, así nos envía ahora el Resucitado. No tenemos una misión distinta de la de Jesús, sino que es la misma que el Padre le encomendó a él. Para llevarla a cabo nos regala su Espíritu, a fin de que nos capacite para semejante empresa.

No es la enseñanza de una doctrina, y menos la mera exigencia de unos “*preceptos*”, lo que puede llevar a otros al encuentro con Jesús. Es sobre todo la alegría del creyente la que invita a los demás a acercarse a esa fuente inagotable de la misericordia divina. La vida de la primera comunidad cristiana, que se mostraba constante en la escucha de la enseñanza de los apóstoles, en la comunión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones, fue lo que facilitó al Señor aumentar cada día el número de creyentes: *«Vosotros no habéis visto a Jesús, pero lo amáis. Creéis y esperáis con certeza, y eso nos llena de alegría».*

Jesús, en el Evangelio, habla de los cristianos de todos los tiempos que creemos “*sin haberle visto*” o, cuando menos, sin haberle conocido como lo hicieron sus discípulos de primera hora. Podemos creer sin ver... pero no podemos creer sin encontrarnos con el Señor. La experiencia de encuentro con Jesús resucitado no es una exclusiva de sus coetáneos, sino que es una posibilidad real para todos nosotros.

Esta experiencia de fe es diferente en cada persona, pero orienta nuestra vida en el amor a Jesucristo y su Palabra, en el compromiso de vida por los demás, y en la participación en la vida de la comunidad cristiana. La fe en el Resucitado articula toda nuestra vida y nos ayuda a ver y reconocerle hoy.

En la actualidad nos hemos vuelto desconfiados, tenemos carencia de fe. Desconfiados en Dios, en los demás y hasta en nosotros mismos. Creer nos ayuda a ver que es posible el amor y la paz. Creer nos hace descubrir que es posible construir un mundo más fraterno. Creer nos sitúa ante el otro como con un hermano. Creer nos lanza a vivir el Evangelio y a estar en comunión con el Señor. Creer nos ayuda a vivir agradecidos por el don de la vida y de la vocación que Dios me ha dado. Creer nos hace miembros activos de la comunidad eclesial. Creer nos ayuda a vivir.

Hoy hacemos nuestra la confesión de fe de Tomás que, al reconocer al Maestro, le entrega todo su ser. La vida de fe supone poner toda nuestra existencia en el Señor y hacer que Él sea el norte de nuestra vida. Todas nuestras acciones, nuestros sentimientos, nuestras palabras y proyectos... las ponemos en sus manos: “*Señor mío y Dios mío... toma mi vida, haz con ella lo que quieras*”.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14.22-33): *Dios lo resucitó y nosotros somos testigos.*

Salmo (15, 1b-2a.5.7-11): *«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»*

2ª lectura (1ª de Pedro 1, 17-21): *Comportaos con temor durante vuestra peregrinación.*

Evangelio (Lucas 24, 13-35): *Quédate con nosotros porque atardece.*

Este domingo de pascua, la liturgia nos regala uno de los relatos evangélicos más hermosos y que más huella ha dejado en la memoria de los cristianos a lo largo de los siglos. El relato de Emaús resume la experiencia pascual de los discípulos de Jesús. Una experiencia de fracaso y decepción que solo cambia cuando el resucitado toma la iniciativa de salir a su encuentro. El texto nos descubre las grandes dificultades por las que atravesaron aquellos hombres y mujeres hasta que pudieron reconocer al resucitado. Rico en imágenes, el texto nos describe el nacimiento a la fe y con ella, a la misión: *«Se les abrieron los ojos»*; lo reconocieron *«al partir el pan»* y se volvieron a Jerusalén a contarles a sus compañeros la buena noticia.

Así es la experiencia pascual. Así fue al inicio y así es hoy. Vieron a Jesús, convivieron con él, pero su mirada, distraída y superficial no supo ver el profundo misterio que habitaba su vida. Lo mismo nosotros hoy, podemos recitar el credo de memoria, oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar y, sin embargo, no comprender a Jesús y no tener la experiencia de su compañía.

¡Qué decepción tan grande vivieron aquellos discípulos! Habían compartido la vida con Jesús, esperaban que fuera el liberador de Israel, pero había sido crucificado y había muerto en la cruz: todo había terminado. Algo así sucede a veces entre nosotros. Hemos podido vivir años tranquilos y seguros en el seno de la Iglesia, donde hemos encontrado acogida, hemos hecho amigos, hemos descubierto y vivido la fe cristiana, hemos aprendido a dar un sentido a las cosas. Las celebraciones litúrgicas han marcado el ritmo de nuestras vidas...

Pero de un tiempo a esta parte, hemos ido experimentando cómo la sociedad está cambiando a una velocidad de vértigo y, con ella, cambiamos nosotros también. Y vemos cómo el sentido de la vida, los valores y gustos, fluyen por otros cauces; y cómo las personas caminan y caminamos por otros senderos. Personas que antes venían por la parroquia, dejaron de venir un día y cada vez hay más bancos vacíos en nuestras reuniones y celebraciones. Y en nosotros puede asomar el cansancio, la duda, el desánimo, la decepción. ¿Acaso no somos nosotros los discípulos de Emaús de hoy que necesitamos ser encontrados por Él?

Jesús tomó la iniciativa entonces y lo hace ahora también. Como un desconocido se pone a caminar a nuestro lado, nos pregunta, desea ayudarnos a ver los acontecimientos desde el modo de mirar de Dios. Abramos los ojos y el corazón para poder experimentar que, como nos dice el papa Francisco *«con Jesucristo, siempre nace y renace la alegría»* (Evangelii Gaudium, 1), y sigue diciéndonos: *«invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»* (Evangelii Gaudium, 3).

Hay caminos que se recorren con alegría y hay caminos por donde se van arrastrando los pies: Dos discípulos decidieron abandonar Jerusalén. Sus expectativas estaban desechas. Su entusiasmo se había extinguido. La aventura había acabado mal. No quedaba sino volver a su pueblo, a Emaús, arrastrando los pies y arrastrando el alma.

Tenían toda la información necesaria: *«lo de Jesús de Nazaret el profeta poderoso en palabras y obras, condenado por las autoridades de su pueblo y crucificado»*. Pero ya no había esperanza en su corazón: *«Esperábamos que fuera el libertador...»*. Desilusión, tristeza y huida. Un diagnóstico demasiado frecuente aun en nuestro tiempo. Y si no hablaron entonces de depresión es porque no conocían la palabrita.

La terapia antidepresiva de Jesús fue en cierta forma brutal. No se anduvo con frases dulzonas o con consolaciones afectivas. Para ayudarles a salir de esa tristeza, les llama primero insensatos y duros de corazón para creer. Y se enfrasca en una explicación de las Escrituras que no tiene solo la finalidad de aumentar su caudal de información, sino que hace que su corazón arda, como ellos mismos lo reconocerán más tarde.

La pasión y la muerte no es lo último; lo último es la vida y la gloria. Lo sabían ellos, lo sabemos nosotros, pero qué difícil nos resulta dejar que arda nuestro corazón con esas palabras del Señor. Hay un requisito de entrada: *«dejar a Jesús hacer el camino con nosotros»*. Al menos, hay que reconocerles a los discípulos de Emaús que, aunque se apartaron de la comunidad, no acabaron con toda forma comunitaria, pues, a pesar de su desilusión, seguían viajando juntos. Y cuando llega el inesperado forastero, le dejan hacer el camino junto a ellos. Lo aceptan en su diálogo y le van permitiendo encenderles el corazón. Y más tarde se aferran a él: *«Quédate con nosotros»*.

La experiencia de Jesús resucitado, me parece, se da siempre en un ámbito comunitario. Y esta es una cuestión que nos atañe fuertemente ahora. Algunos deciden hacer el camino por su cuenta. Pero Jesús resucitado sale al encuentro en la comunidad, grande o pequeña. Sale al encuentro en la comunidad porque solo hay espacio para él cuando hay espacio para los demás. Él es siempre otro, el Otro.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14a.36-41): *Convertíos y bautizaos.*

Salmo (22, 1b-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª de Pedro 2, 20b-25): *Cristo padeció por nosotros.*

Evangelio (Juan 10, 1-10): *Quién entre por mí se salvará.*

Tradicionalmente, este cuarto domingo de Pascua se viene llamando el domingo del buen pastor. Hoy, la Palabra de Dios, en diferentes ciclos litúrgicos viene desarrollando el capítulo 10 de san Juan. Este capítulo de san Juan es continuación del anterior, donde con la curación de un ciego de nacimiento, Jesús se manifiesta como luz del mundo, y hoy se nos dice que Jesús se presenta como el que va por delante indicando el camino para que el discípulo siga sus pasos. Es el Pastor que, cuando ha sacado todas las ovejas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Iluminados por el Pastor, que es luz del mundo, tenemos que seguir tras él, pero para eso tenemos que conocer su voz para no seguir a extraños.

Hoy, Jesucristo se compara con una puerta: *«Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»*. Hay puertas monumentales y otras pequeñas, unas son muy sencillas y otras son verdaderas obras de arte, algunas son muy amplias y otras son estrechas, unas son de madera, otras de metal, de vidrio, de lámina, de alambre y casi que de cualquier cosa..., son las puertas tan cotidianas y tan extrañas. Nosotros a Jesús tenderíamos a compararlo con una puerta gigantesca, artística, sólida, bella... pero él se compara con la puerta de un corral. Una de esas puertas pobres, mal hechas, sin arte alguno, solo como un instrumento útil y relativamente eficaz.

De ordinario, no son puertas seguras; son casi un símbolo para los de fuera y un mero obstáculo para los que se quedan dentro. Y, sin embargo, tienen su función. Allí dentro del redil, del corral, están las ovejas... Hay algunos que saltan la cerca, que no entran por la puerta. Esos, dice Jesús, son ladrones y salteadores. Queda claro que no es imposible meterse en el redil por otra parte, pero es incorrecto. Siempre ha habido, y hay, quien se quiere acercar a las ovejas con aviesas intenciones. Buscan su interés y, por lo mismo, no les preocupa el daño que puedan causarles. Solo el pastor es quien entra por la puerta, pues a ese lo reconocen las ovejas.

Cristo, pastor, es la única puerta que conduce realmente a la salvación. Él es la puerta, como es la Palabra, la verdad, el camino, el pan de vida, la vida misma. Es la puerta porque no hay otra entrada en el Reino de Dios; solo Él es el Salvador del mundo. Es el único Mediador entre Dios y los hombres. El único puente posible entre su Padre y los hombres sus hermanos. Solo nos salvamos por Jesucristo, pastor y puerta del rebaño, no hay otro camino para encontrarse con el Dios de vida y con la verdad de nuestra existencia. Esta misión de Cristo tiene su continuación en la Iglesia, que, por la fuerza del Espíritu Santo, es la presencia histórica del Resucitado en medio del mundo y, por tanto, la Iglesia tendrá que trabajar para que todas las ovejas sean conducidas al redil de Cristo Pastor y así habrá un único rebaño y un solo Pastor.

Pero ¡cuidado!, hermanos, porque a veces, tan pronto escuchamos la palabra “*pastor*”, pensamos que se refiere solo a los ministros de la Iglesia, los curas. Me parece, en cambio, que Jesús habla de todos aquellos que tenemos alguna responsabilidad sobre los demás: obispos, presbíteros, diáconos, sí, pero también los educadores, los médicos y las enfermeras, los políticos, los comerciantes, los trabajadores sociales, las religiosas, catequistas y muchísimos más. Y por encima de todos, los padres y madres de familia, que son los primeros pastores de todas las ovejas.

Ante la voz del Pastor pronunciada en la Iglesia surge de nuestros corazones la pregunta que le hacían a Pedro en el libro de los Hechos de los Apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer? La respuesta de Pedro es clara: *«Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo»*. Todos hemos recibido este don del Espíritu, pero ahora tenemos que ponerlo al servicio de la edificación de la Iglesia y, en este caso concreto para que tomemos conciencia de que hemos sido llamados por Dios para destinarnos a una misión muy concreta: ser anunciadores del Reino de Dios para atraer a las ovejas al único rebaño de Cristo. Para ello celebramos hoy la jornada mundial de oración por las vocaciones, para que, habiendo sido llamados por Cristo, oremos para que haya más gente dispuesta a seguir los pasos del único pastor de las ovejas.

Manda, Señor, obreros a tu mies. El pastor, tú, yo, casi cada uno de nosotros, debe pasar por Jesucristo, la puerta, para tener acceso a las ovejas. No hay que brincar por la cerca, si de veras queremos el bien de las ovejas, tenemos que acercarnos ellas a través de Jesucristo. No estamos invitados a ser ladrones ni bandidos, sino verdaderos pastores que, ingresando por la puerta, puedan hacer oír su voz a las ovejas. Ellas sabrán reconocer a quien también las conoce por su nombre.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6, 1-7): *Nos dedicaremos a la oración.*

Salmo (32, 1-2.4-5.18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª de Pedro 2, 4-9): *Vosotros, sois piedras vivas.*

Evangelio (Juan 14, 1-12): *Creed en Dios y creed en mí.*

Qué importante es conocer a la persona con la que queremos mantener relación y dejar que ella nos conozca. Y vivir esa relación respetando mutuamente la libertad de cada cual. No se trata de tener vidas paralelas, sino de que, aunque cada cual llevemos nuestra vida, aunque solo nos veamos a veces; nos ayudemos, en alguna ocasión; y sepamos una persona de la otra, aunque sea a través de las redes sociales.

Se trata de respetar la propia autonomía y la de la otra persona, aunque vivamos en la misma casa y tengamos proyectos en común. Es mostrar que somos capaces de compartir el proceso de crecimiento personal que llevamos cada uno con sus objetivos y con los medios que nos proponemos. Y también disfrutar en común de la fiesta de la vida provocada por el encuentro profundo en el amor.

Conocer los orígenes, “*saber de dónde viene*”, nos ayuda a entender cosas de los otros y de nosotros mismos. Esto es lo más normal entre las personas que se encuentran, que más pronto que tarde aparezcan los orígenes de cada una. De alguna manera esto marcará la forma de relacionarse y profundizar en la vida de cada una de ellas. La familia propia y la de la otra persona, sus costumbres, su manera de relacionarse con los de casa y con los de fuera nos van dando unos perfiles más certeros de las personas con las que vamos iniciando relaciones y que aportan cosas importantes en el desarrollo de nuestras propias personas.

Con el paso del tiempo, después de ir tomando y abandonando a personas amigas, solemos hacernos una pequeña lista de amigos que son con los que realmente estamos viviendo lo cotidiano y las cosas extraordinarias, hasta que alguno de nosotros desaparece. También, más de una vez, esas personas que aparecen en nuestra vida, nos siguen aportando y soportando. Otra señal de presencia y de cercanía de las personas en nuestra vida: son las fiestas. Siempre están y estamos incluidas en las listas de las fiestas familiares, de los grupos de amigos y amigas, de los colectivos en los que participamos con sus logros, con sus efemérides y también en las etapas importantes de la vida de cada cual.

Todo nos ayuda a construir las comunidades en las que nos vamos insertando, creando lazos relaciones de convivencia, en las que la nota más característica es la de servir cada persona a las demás para el bien común de las de dentro de ellas y también para las de fuera.

Como creyentes, pertenecemos a una comunidad: la Iglesia a la que Jesús dirige constantemente su Palabra. Una comunidad inquieta, pero: *«No pierdan la paz»*. Una comunidad que necesita profundizar su fe: *«Si creen en Dios, crean también en mí»*. Una comunidad agobiada: *«En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... Voy a prepararles un lugar»*. Una comunidad con deseos de comunión: *«Donde yo esté estarán también ustedes»*. Una comunidad dinámica: *«Ya conocen el camino»*. Una comunidad con una meta clara: *«El Padre»*, quien, además, nos va revelando el camino en su Hijo: *«Quien me ve a mí, ve al Padre»*. Una comunidad que no se nutre solo de palabras, sino de obras y signos: *«Si no me dan fe a mí, créanlo por las obras»*. Y una comunidad productiva: *«El que crea en mí... hará obras aún mayores»*.

Somos parte de esa comunidad de discípulos que nunca ha sido ni es la meta del caminar humano, ya que la única meta común es el Padre; más aún, la comunidad ni siquiera es el camino, porque el camino es Jesucristo. La comunidad eclesial no es la verdad ni la vida, sino testigo de que en Jesucristo está el camino, la verdad y la vida. En verdad, debemos sentirnos felices de formar parte de esa comunidad de discípulos, aunque eso no es motivo ni de orgullo ni de falsas seguridades.

«Dichosos ustedes, los que han creído», nos decía san Pedro. La fe nos ofrece certezas vitales, pero no nos resuelve todos los problemas, por la sencilla razón de que siempre vamos avanzando hacia donde nunca habíamos estado. Nuestro hoy es siempre nuevo. La vida nunca se repite y, por más valiosa que sean las experiencias de fe que compartimos, cada creyente va haciendo su propio camino con la Iglesia. A veces hay inquietud, a veces cansancio, a veces inseguridad, a veces necesidad de pertenencia, a veces el deseo de mayor cercanía con Jesús. A veces claridad en nuestra meta, a veces certeza en nuestro camino...

La fe no es una solución fácil a todas nuestras preguntas humanas, pero sí es un punto de apoyo existencial: *«Acérquense al Señor Jesús, la piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa a los ojos de Dios»*. Es sobre esa piedra viva sobre la que vamos construyendo nuestra comunidad eclesial. Una comunidad en la que nadie sobra, porque cada persona es otra piedra viva que entra en la edificación de la Iglesia, templo espiritual. Nosotros, cimentados en Jesús y unidos a Él, somos: *“estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad”*, templo sagrado para el encuentro entre Dios y su pueblo.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8, 5-8.14-17): *Felipe les predicaba a Cristo.*

Salmo (65, 1b-3a.4-7a.16-20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (1ª de Pedro 3, 15-18): *Es mejor sufrir haciendo el bien.*

Evangelio (Juan 14, 15-21): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

El evangelio de este domingo nos quiere preparar para la celebración de la fiesta que celebraremos el próximo domingo. La Ascensión no es ausencia de Jesús. Por eso, en sus palabras, insiste en que no nos va a dejar solos, pues Él mismo va a pedir a Dios que nos mande al Espíritu Santo para que esté siempre con nosotros. Jesús no se desentendió de los hombres, nunca lo ha hecho y tampoco ahora al término de su etapa en la tierra.

Las antiguas Escrituras habían dicho que el Mesías sería el **«Dios con nosotros»**. Esa profecía de Isaías se cumplió en Jesús de Nazaret. Ahora el Señor resucitado, antes de la Ascensión, dice a los suyos que el Espíritu Santo será el Defensor que estará **«siempre con vosotros»**.

La presencia permanente de Dios en nuestra vida conjura toda orfandad. La soledad es una de las experiencias más difíciles que puede vivir un ser humano. Sentirse solo, sin nadie que te quiera, que te comprenda, que te escuche... Los discípulos con Jesús nunca vivirían estos sentimientos, porque Jesús es todo lo contrario: el que escucha, acoge, ama. La falta de alguien tan especial en tu vida podría provocar un derrumbe anímico. Por eso Jesús lo dice claro en el evangelio de hoy: no os dejaré huérfanos. Es verdad que en esta hora de la historia que nos ha tocado en gracia vivir no contamos con la presencia física del Señor, pero sí sigue con nosotros, en su Espíritu, porque como dice Jesús, Él **«sigue viviendo»**.

Siempre en Adviento confesamos que el Señor volverá. Hoy Jesús nos habla de que volverá, que regresará. Sí, también en este tiempo pascual expresamos nuestra fe en esa venida definitiva del Señor. Y también expresamos la fe en la venida cotidiana del Señor y nos tenemos que comprometer en hacerle presente. Para ello hay unas frases de este evangelio que aún no hemos comentado. Aparecen al principio y al final del mismo y hablan del amor a Jesús. **«Si me amáis»** dice el Señor. Si me amáis seréis capaces de cumplir mis mandamientos. Y con el amor al Señor seremos capaces de muchas más cosas. Y amando al Señor Él nos amará, recibiremos su amor. Y amando a nuestros hermanos y sirviéndoles haremos presente hoy al Señor en nuestro mundo. Él sigue viviendo. Con nuestro amor y nuestra fe le haremos presente, tangible y quizás animaremos a otros a que crean en Él. Porque sigue vivo.

Obviamente, nadie se queja de que haya alegría y nadie se cansa de disfrutarla. Se dice que la gran búsqueda humana es la de la felicidad. Así que una ciudad en la que hay una gran alegría no está lejos de lograr ese objetivo. Pues bien, con esa sencilla sentencia califica el libro de los Hechos de los apóstoles la actividad evangelizadora de Felipe en Samaría.

No se nos dice mucho acerca del contenido de la predicación; solo se nos informa de que: *Felipe “predicaba allí a Cristo”*. Los habitantes de Samaría, a través de la predicación de Felipe, se encontraron con Cristo porque era a Él a quien Felipe predicaba. Y supieron, además, lo que significa encontrarse con Cristo por las señales que respaldaban la predicación. Encontrarse, a través de la predicación de Felipe, con Jesucristo y experimentar su fuerza sanadora en señales concretas de salvación era la causa de la alegría de aquella ciudad. Y esa alegría se ve colmada con el don del Espíritu que, con la oración y la imposición de manos de los apóstoles, desciende sobre aquella población samaritana y la vivifica.

Ciertamente, no todas nuestras reuniones eclesiales despiertan una gran alegría. Los grupos de oración, las sesiones de catequesis, los cursos bíblicos y de diversa índole, los clubes juveniles, las jornadas de movimientos familiares o conyugales, las instrucciones presacramentales, las reuniones del consejo parroquial, los encuentros diocesanos, las celebraciones sacramentales y la misma eucaristía dominical creo que tendrían que ser evaluados, al menos parcialmente, por este criterio: ¿despiertan alegría en la comunidad? Porque, si no hay alegría, quizás se deba a que hay un gran ausente: aquel a quien Felipe predicaba. Quizás nos falta una mayor actualización. Quizás necesitemos aprender mejores técnicas de predicación. Pero creo que la causa principal de que no nos hagamos escuchar es que muchas veces no predicamos a Cristo.

Tampoco nosotros nos hemos quedado desamparados. Jesús resucitado vuelve a nosotros y nos sale constantemente al encuentro en lo cotidiano de nuestras vidas y también en momentos de gracia excepcional. Él es nuestro primer “paráclito”, el primero que ha sido llamado a estar junto a nosotros, el que ruega por nosotros, el que permanece con nosotros; más aún, el que nos introduce a esa comunión de vida divina que nos resulta siempre imposible de acabar de comprender y de acabar de disfrutar: **«Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado»**. No necesitamos muchas más palabras.

DOMINGO LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *Seréis bautizados con Espíritu Santo.*

Salmo (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Yo estoy con vosotros todos los días.*

La fuerza vivificadora de Dios se ha mostrado como fuerza resucitadora en su Hijo, a quien ha hecho sentar a su derecha, según esa manera alegórica de hablar que utiliza la Carta a los Efesios y que abunda diciendo que está *«por encima de todo principado, potestad, poder y señorío y por encima de cualquier otro título personal no solo de este mundo, sino también en el venidero»*.

Es extraordinaria esta confesión de fe, tanto en la Carta a los Efesios como en el evangelio de Mateo, porque se encuentra justo después de reconocer la ignominiosa muerte de Jesús como blasfemo y sedicioso, como un vulgar malhechor o un enemigo del Imperio, como un falso profeta y frustrado pretendiente a la realeza. Los antiguos cristianos no tuvieron empacho en reconocer la muerte vergonzosa de su Señor. Miraron la muerte de frente. Sabían de la injusticia de los que la perpetraron y de la agonía de Jesús para pasar por ese trago amargo. Pero sabían también que Dios ha levantado a su Hijo de entre los muertos y lo ha constituido Mesías y Señor, y daban testimonio de todo eso a pesar de que arriesgaban la vida al hacerlo.

A este día lo llamamos la fiesta de la Ascensión. Es la fiesta del señorío de Jesús, el vencedor de la injusticia, de la marginación, de la muerte y de toda forma de opresión. **¡Qué equivocados están los que imaginan que la existencia de Dios coarta su propia vida, la limita o la anula!** Dios es Dios dando vida; Jesucristo es el Señor porque quiere la vida y la dispensa sin límites, ni siquiera con ese límite que parece el fin de todo, la muerte. Él también ha vencido a la muerte, también es Señor de la vida vencedora; tiene todo poder en el cielo y en la tierra.

«¡Dios asciende entre aclamaciones!». No se va para desentenderse del mundo, ni de las personas. La Ascensión de Jesús al cielo nos precede para mostrarnos la contemplación dichosa y para siempre de Dios, a la que estamos llamados. La Ascensión es su triunfo. Jesús ha vencido toda limitación, y a la misma muerte. Somos testigos del resucitado y su presencia lo llena todo. Creemos en Jesús resucitado, que cumple su palabra. Porque es la Palabra, la Luz, la Vida de Dios Padre, que da para la Vida del mundo.

Y nunca nos deja solos. La Ascensión es otra *“prueba”* de Jesús resucitado. Durante este tiempo le hemos sentido en medio de la Iglesia y de la vida, como sus primeros seguidores. En medio de ellos, acercándose, comiendo, enseñando, llamando. Porque todo lo que Jesús hace es unidad, todo llama a la plenitud. Dando instrucciones, y pruebas de su Vida. Pero eso sí, desde dentro, desde estar y hacerse Uno en medio de todos.

Yo estoy con vosotros, en medio de vosotros, como el que sirve, les dijo un día, y era verdad. La unidad, el triunfo, el amor entregado de Dios Trinidad, en quien está Jesús, no se queda en el cielo. Sus seguidores, nosotros, somos servidores de este Amor que ha de extenderse y llevarse a cada hermano, a cada situación humana. Somos servidores y testigos, porque hay que servir, sí, pero dando testimonio, siendo creíbles, siendo unidad y entrega.

Claro que, para nosotros casi es imposible... Pero no para Dios. Y Jesús, que no nos deja solos, nos lo asegura: recibiréis la fuerza del Espíritu para ser mis testigos siempre y en todo, hasta el confín de la tierra. Unidad y universalidad porque somos y estamos convocados a formar una sola familia, la de los hijos de Dios. Sin límite, sin ninguna discriminación. Con la fuerza de Dios todo es posible. Y nada de estar ociosos, ni mirando al cielo. Hay que hacer de la vida una tarea continua, continuar su proyecto de Salvación.

¡Él es el Señor! Él es quien tiene todo el poder, y por eso envía (nos envía) a los suyos a todos los pueblos, nos pide que enseñemos a cumplir todo lo que él ha mandado, asegurándonos que estará todos los días con nosotros hasta el fin del mundo. Bautizándonos, para sumergirlos en el misterio de su verdadera filiación originaria: todos somos hijos de Dios, de quien procede todo don de paternidad y maternidad humana. Y sumergirlos también en el misterio de la fuerza creadora y recreadora de Dios. El Espíritu Santo, que mantiene viva la memoria de Jesús, nos comunica constantemente su gracia y su verdad y nos impulsa en el camino cotidiano de nuestra vida.

Hagamos nuestro el deseo y ruego de Pablo: que Dios nos dé su Espíritu de sabiduría para conocerlo y meterlo bien dentro de la vida. A Dios se le conoce en la interioridad, no solo con ideas. Y que comprendamos también la esperanza a la que nos llama: que somos hijos, que formamos un Pueblo. Y que ya lo tenemos todo, si lo queremos acoger. Jesús ha recibido todo para regir la tierra, todo está bajo Sus pies. Y nosotros formamos parte de esa grandeza, de ese Reino, si vivimos en acogida y fidelidad a su proyecto, que siempre se hace realidad.

Pongámonos en camino. **¡Vayamos a Galilea!** Vayamos al mundo entero. Seamos testigos de Jesús Resucitado y Ascendido al cielo. Hagamos discípulos de todos los pueblos. Tenemos la fuerza que nunca falla. Y la mejor promesa: *«Yo estoy con vosotros, (nos dice Jesús), todos los días, hasta el fin del mundo»*.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

En el catecismo de la Iglesia Católica, leemos: *«La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu.»*⁽¹⁸³⁰⁾. Los dones del Espíritu Santo son siete: *«sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.»*⁽¹⁸³¹⁾. Leamos también las virtudes teologales: *«fe,*⁽¹⁸¹⁴⁻¹⁸¹⁶⁾ *esperanza*⁽¹⁸¹⁷⁻¹⁸²¹⁾ *y caridad*⁽¹⁸²²⁻¹⁸²⁹⁾». Parecería que la fe no es un don del Espíritu. Al menos, no está entre los que cita el catecismo. En absoluto. No son dos afirmaciones contradictorias.

Hace unos años, un amigo sacerdote, en unas charlas sobre la fe, nos decía: Habéis escuchado una frase que, siendo en principio correcta, necesitaba alguna matización. La frase decía así: *“el judaísmo es la religión de la esperanza, el islam de la fe y el cristianismo de la caridad”*. Había que matizarla porque, no podemos afirmar que cada religión de las citadas solo desarrolle una de estas virtudes y olvide las demás. No podemos afirmar que el cristianismo solo se preocupe de la caridad y no sea una religión de la esperanza, no. La frase tiene mucho de verdad porque el judaísmo es una religión que siempre mira al futuro, con la esperanza de que Dios no olvida a su pueblo e interviene a favor de él. El islam insiste en la fe como obediencia/sumisión a la voluntad de Dios, mientras que el cristianismo entiende que la vida de fe y la esperanza se hacen verdad en la caridad. El equilibrio entre las tres es necesario.

Desde el creyente del Primer Testamento hasta nuestros días, se ha tratado de describir la misteriosa presencia de ese lazo amoroso entre el Padre y su Hijo con muchas imágenes. El Espíritu es descrito, ante todo, como aliento de vida, tal como canta el salmista: *«Si retiras tu aliento, toda creatura muere y vuelve al polvo; pero envías tu Espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra»*^(Salmo 103). Si todas las creaturas llevan la impronta del Verbo eterno de Dios, también toda la creación existe por el Espíritu, *“Señor y dador de vida”*, como le aclamamos en nuestra profesión de fe. Así que donde hay vida hay evocación del Espíritu Santo de Dios. No se puede afirmar la fe en Dios Trinidad sin afirmar necesariamente la vida que de Él procede.

Los hombres y mujeres del Espíritu son, por lo tanto, personas que aprecian y protegen la creación de Dios, en la que descubren las huellas del Hijo y del Espíritu. El Espíritu, pues, nunca ha estado ausente. Si Dios lo retirara la creación no podría sostenerse en el ser. Es a esa descripción del Espíritu como aliento de vida a la que alude la narración del texto de Juan en el evangelio de hoy. Así se nos dice que Jesús *“sopló sobre”* sus discípulos. Y su pequeña comunidad, encerrada por el miedo, recibe de Jesús una vida nueva, un nuevo aliento vital con el Espíritu que le es entregado por su Señor resucitado.

Esta vida nueva inspirada a los discípulos tras la resurrección, les lleva a ser agentes de juicio y reconciliación. Ellos, mediante la presencia de Jesús y el don del Espíritu, son reconciliados entre sí y con Dios y son a la vez enviados a hacer otro tanto en favor de la humanidad. La comunidad cristiana, alentada por el Espíritu, recibe su misión de ser fuerza reconciliadora en el mundo.

Donde hay Espíritu Santo hay unión, hay comunión a pesar de las faltas pasadas y más allá de las diferencias que como creaturas nos tienden a separar. Esta acción unitiva se nos revela también en los Hechos de los apóstoles cuando el Espíritu los lleva a hacer que sus palabras fueran comprendidas por personas de idiomas diversos, que ahora se descubren convocadas a la misma fe y unidas en la misma alabanza. Podemos decir que la riqueza divina se exhibe en la diversidad: *«Hay dones diferentes, pero el Espíritu es el mismo. Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo. Hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo»*. Esa diversidad es atraída por el Espíritu a la más perfecta unidad en Dios.

¡Es la fiesta de Pentecostés! Pidamos al Espíritu Santo sus dones. Pidamos que nuestro corazón arda, que no nos deje en paz, que nos abramos a su novedad. Cada cristiano tiene que pedir lo que más necesita en su vida como creyente. Algunos adolecen de falta de esperanza, otros de falta de caridad. **¿No adolecemos, pregunto, de falta de fe? Más en concreto ¿no adolece el hombre moderno de falta de fe?**

Es verdad, insisto, en que todas las personas no somos iguales. Puede ser que muchos necesiten abrirse a la esperanza o a la caridad, pero creo que en muchos casos tenemos una fe cansada, débil, empobrecida. Una pregunta que puede ser inquietante: ¿Tengo presente a Dios en mi vida real? ¿Tengo presente a Dios en mis opciones, mis decisiones, mi visión sobre la realidad?

La fe mueve montañas, dice Jesús; pero si no se tiene fe, no movemos nada, ni nos movemos a nosotros mismos. La fe es luz para la vida y fuerza para las decisiones. Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda el don precioso de la fe.

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34, 4b-6.8-9): *Señor, Dios compasivo y misericordioso.*

Salmo (Dan 3, 52a y c.53a.54a.55a.56a): *«¡A ti gloria y alabanza por los siglos!»*

2ª lectura (2ª Corintios 13, 11-13): *Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 3, 16-18): *El que cree en él no será juzgado.*

Desde el primer momento de la vida las personas necesitamos adultos a nuestro alrededor. Padres, madres, que nos cuidan, nos alimentan y nos defienden de los peligros. Maestras y maestros que atienden regularmente nuestra inteligencia y la convivencia con nuestros iguales. Al convertirnos en adolescentes y jóvenes la relación con los demás se transforma en una búsqueda continua de personas iguales a nosotros, a las que llamamos con el nombre de amigos y amigas. Ellos nos ayudan a identificarnos como personas, iguales y diferentes, con sus cuidados e interpelaciones.

La vida adulta, la más larga de nuestra existencia, en sus distintas etapas también necesita respirar un aire sano. En la primera de ellas, marcada por la opción de vida que queremos que dure un tiempo largo, el aire que necesitamos se llama “*posibilidades*”, (trabajo, familia, vivienda). En la segunda, el aire se llama “*crianza*”, (trabajo, cuidados, familia). En la tercera, la de la jubilación, el aire se llama “*disponibilidad*” y está dedicada a repasar la historia, a ser con los demás y a agradecer los cuidados que nos regalan los demás. Dios es: Padre-Madre que, está atento a mantener de pie a todas las personas, cuidando su dignidad de hijos; todos en la misma casa con todo lo necesario para crecer y disponer de los medios suficientes para vivir solidariamente.

Antes, cuando alguien me preguntaba: “¿Cree usted en Dios?”, inmediatamente respondía: “*Por supuesto que sí*”. Con los años me he vuelto más cauteloso. Ahora, cuando alguien me hace esa misma pregunta, respondo: “*Depende*”. Extrañado, pregunta: “*Como que, ¿depende?*”. Sí, claro, respondo, depende de lo que usted entienda por “*creer*” y depende, sobre todo, de lo que usted entienda por “*Dios*”. Porque “*creer*” no significa simplemente tener una opinión acerca de algo, y mucho menos aceptar “*supuestas verdades*” que irían contra la razón. No, creer no es eso.

La fe es un acto libre y no la conclusión de un razonamiento, ni el resultado de una prueba científica o un argumento filosófico. No se cree en algo, creemos en alguien. La fe es fruto de un encuentro. Cuando nuestro interlocutor nos parece una persona confiable, creíble, no le exigimos pruebas de ninguna índole, sino que aceptamos su palabra por el respaldo que le otorga su estilo de vida.

La fe en Dios nace de un encuentro, con Dios o con los de Dios. Es así como los cristianos hemos establecido y fortalecido nuestra fe en Dios. Para mí, la fe no es un asunto sencillo. Es un don de Dios que se vuelve aceptable gracias a la iniciativa que Él ha tomado al salirme al encuentro y gracias también a la confianza que me inspiran tantos testigos de tantas y tan variadas tradiciones religiosas en el mundo, especialmente en nuestra tradición judeo-cristiana. La vida de fe es difícil, ciertamente, pero la vida sin fe me parece imposible. Creo, es verdad, pero no de cualquier manera. Ni soy un ingenuo ni soy un crédulo, solo intento ser un hombre de fe.

Y sí, creo en Dios, porque solo en Dios se puede creer, pero tampoco se trata de cualquier Dios. Creo en un **Dios-Padre**, más preocupado por lo que hacemos unos con otros que por lo que hacemos por Él. Un Dios que libera y camina junto a su pueblo. Un Dios que deja clara su santidad y así nos descubre su intransigencia con el pecado, pero que, al mismo tiempo, nos invita a entrar en esa alianza de vida a través de la cual Él me santifica.

Creo que Dios, mediante la acción poderosa de su Espíritu, fecundó las entrañas purísimas de María para que su Hijo se hiciera hombre. Creo en **Dios-Hijo** que se abajó de toda su divinidad haciéndose igual a nosotros de la mejor manera, puso su tienda de campaña junto a las nuestras, como una más; donde todo el mundo la pueda ver y sentirlo cercano; a la que cualquiera de nosotros podamos acudir a saciar nuestra hambre y nuestra sed de vida creciente, con capacidad de vivirla con otros.

«*Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna*». Creo en Jesús de Nazaret, que respondió en total fidelidad al amor del Padre, a pesar de la prueba injusta y de la muerte ignominiosa que los mismos hombres, sus hermanos, le causamos. Creo que el mismo Padre, por la acción poderosa de su Espíritu, levantó a su Hijo de entre los muertos y lo hizo causa de salvación para todos nosotros. Creo que **Dios-Padre-Hijo**, envió su Espíritu a la comunidad apostólica, reunida el día de Pentecostés, y la hizo salir de su recinto de puertas cerradas para volverse testigo de Dios salvador hasta los últimos confines de la tierra.

Creo en **Dios-Espíritu Santo**, que nos ayuda a descubrir las muchas posibilidades que tenemos los seres humanos para desarrollarnos como personas en plenitud. Dios Espíritu santo que, nos capacita para ayudar a crecer a otros en dignidad y en valores humanitarios. Y va haciendo que, a lo largo de la vida, con la ayuda de las personas que tenemos alrededor, crezcamos en disponibilidad para poner nuestra propia persona al servicio de las demás. Creo en ese único Dios que es la **Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo**, una comunidad en perfecta comunión que, nos ha tomado como cosa suya para siempre. *¡No podríamos estar en mejores manos!*

DOMINGO DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8, 2-3.14b-16a): *No olvides al Señor, tu Dios.*

Salmo (147, 12-15.19-20): *«Glorifica al Señor, Jerusalén»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 16-17): *Formamos un solo cuerpo.*

Evangelio (Juan 6, 51-58): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

“¡Huele a pan!”. El olor a pan recién horneado; su fuerza de atracción era tan grande que nadie se excusaba de ir a merendar. Todos los primos estábamos allí. La unidad que se crea en torno a la mesa es más fuerte que cualquier otra cosa que pudiera distanciarnos: no más juegos, no más enfados, no más discusiones, no más quejas, no más pleitos... Más allá del hambre que pudiéramos querer saciar, el sentarnos juntos a merendar creó lazos de amistad para toda la vida, “*porque no solo de pan vive el hombre*”. El olor y el sabor del pan entraron de tal manera a mi vida que no puedo volver a percibir el aroma de pan horneado sin pensar en la casa de mi abuela y en mi remota niñez.

Las experiencias que hemos vivido en el hogar nos ayudan a entender lo que san Pablo quiere decir a los corintios. La participación en la misma mesa de por sí crea unidad: “*El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan*”. Cuánto más, al tratarse de la mesa del Señor, quedamos unidos con Cristo al comer el mismo pan partido y beber del mismo cáliz. También quedamos unidos entre todos los que participamos en el banquete. La fuerza unificadora de los alimentos compartidos, sea en el hogar, sea en las fiestas e incluso en las comidas de negocios, es una experiencia innegable.

No es casualidad que en los evangelios encontremos a Jesús, con tanta frecuencia, sentado a la mesa en los más diversos escenarios: en las casas de amigos (como la de Marta, María y Lázaro), en las casas de los piadosos fariseos o en las casas de los ruines publicanos. A veces acogido, a veces invitado, a veces haciéndose invitar y en algunas ocasiones siendo él el anfitrión.

Hoy, Jesús, el Divino Panadero nos invita también a saborear su pan. Pan de la “*Palabra que sale de la boca de Dios*”. Pan de la Palabra que recuerda los orígenes de nuestros antepasados en la fe, un pueblo insignificante y pequeño, sometido, sufriente, esclavizado. Pan de la Palabra que nos acompaña en el camino, a veces largo y pesado. Pan de la Palabra que pone a prueba nuestra fidelidad y nuestra constancia.

La palabra “*pan*” tiene la capacidad de hacernos recordar el alimento sustancial, básico. La palabra “*pan*” tiene esa capacidad evocadora y sintetizadora a la vez: le pedimos a Dios que nos dé el “*pan de cada día*”. El obrero “*tiene derecho a su pan*”. La mayor injusticia es “*negar el pan y la sal*”. ¿Por qué? Porque no hay vida sin alimento, al igual que no hay vida sin respiración o sin agua. Jesús, una vez más, va al fundamento de las cosas y nos habla del alimento, del bueno, del que perdura, del que todo ser humano necesita... y en una pretensión audaz... nos dice que es él. Es más, se ofrece para ser “*pan comido*” por nosotros y de esta forma alimentarnos y “*darnos vida*”.

El pan suele cocerse en bollos o tortas medianas o grandes. ¡Hay que partirlo en pedazos! El padre de familia, en las culturas tradicionales, tiene la misión de “*partir el pan*”. Jesús mismo, parte el pan en los relatos de la multiplicación; parte el pan en la Última Cena y una vez resucitado, parte el pan a los discípulos de Emaús. De nuevo aparece la imagen y el símbolo que se unen a la persona de Jesús: Jesús mismo “*se parte*”, porque su vida se entiende desde la entrega y desde el “*ser para los demás*”. El pan se parte para “*ser comido*”; el sentido último de la vida de Jesús es “*ser comido*” por aquellos que se acercan con necesidad a él.

El pan es del que lo trabaja, es de quien lo vende y de quien lo compra; y es también de los pobres que no pueden adquirirlo. Es, como dice la tradición cristiana “*el pan de los pobres*”. El sentido humanitario inscrito en el corazón del hombre y, más aún, el sentido cristiano, hace que entendamos que el pan no es para almacenarlo o para que se endurezca en nuestras despensas, sino para que se alimente la humanidad. Deja de ser “*mío*” para ser “*de los que lo necesitan*”. Jesús no es para unos pocos que tienen acceso a él; menos aún es para un grupo de “*selectos*”; es para ser alimento y ser comido por el ser humano pobre, hambriento, necesitado. La vida está en alimentarse, está en partirse existencialmente y está en aprender a compartir.

Jesús aún va más lejos. A partir de la imagen real y simbólica del pan, Jesús nos habla de “*comerle a él*”. Dice que el pan del que habla es su “*carne*”. Sigue de forma atrevida por el camino de la “*carne y de la sangre*”, de la persona. Comer su pan, comer su carne y beber su sangre, es entrar en comunión plena con su persona, con su causa, con su mensaje, con sus criterios y con su misión. Los judíos que le escuchan no le entienden; se ponen a discutir qué significa: ¿No está proponiendo Jesús algo parecido a la antropofagia? ¿No está Jesús casi loco? Jesús no está fuera de sí; Jesús nos indica el camino para entrar en la plenitud de la vida: la plena comunión con él.

Esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo nos permite introducirnos en el misterio: «*Yo soy el pan vivo... El que come mi carne tiene vida eterna*». Y escuchar a Jesús que nos dice: “*¡Venid a la mesa, mi pan está listo!*”.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 19, 2-6): *Seréis para mí un pueblo de sacerdotes.*

Salmo (99, 2.3.5): *«Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño»*

2ª lectura (Romanos 5, 6-11): *Fuimos reconciliados por la muerte de Cristo.*

Evangelio (Mateo 9, 36 – 10, 8): *Llamó a sus discípulos y los envió.*

Jesús se compadeció de las gentes porque estaban extenuadas de cansancio y desorientadas como ovejas sin pastor. En otra ocasión se había compadecido de la muchedumbre hambrienta y, para darles de comer multiplicó los panes y los peces. Aquí no se menciona específicamente el hambre, sino el cansancio y agotamiento de quien busca largo tiempo sin encontrar lo que busca. Por eso no se habla de multiplicación de panes, sino de elección de unos hombres para la función de pastores, investidos de poderes para guiar. Estos hombres reciben poder sobre las enfermedades y los malos espíritus.

Las necesidades en el mundo nos llegan puntualmente cada día. Podemos oír la radio muy de mañana, leer el periódico a medio día, o terminar la jornada con las últimas noticias de la tele y habremos recibido cabal información de accidentes, inundaciones, guerras, asesinatos, hambres, conflictos. La cara negativa del dolor y la parte conflictiva parecen pertenecer al fondo informativo de cada día. La miseria es un hecho. Debería informarse más sobre los acontecimientos buenos, ejemplarmente estimulantes de hombres y mujeres comprometidos apasionadamente en la empresa de buscar remedio a todos estos problemas. Pero, son mucho más noticiables las catástrofes que las noticias de los muchos esfuerzos por mitigar las necesidades de pan, consuelo y ayuda.

La palabra clave con la que se escribe la historia del evangelio es “*la compasión*”. Jesús se compadeció. No comienza por solucionar, sino por compadecerse. Luego vendrá el poner manos a la obra para llevar el remedio adecuado hasta donde sea posible. Cualquier persona en necesidad busca ante todo gestos de interés, respeto, consideración. No se suele prestar la ayuda necesaria con predicaciones morales ni con reproches sobre una conducta incorrecta, sino primero con gestos humanos y cuidados de quienes, como Jesús, saben curar las heridas, pero ante todo se interesan por la persona.

Nuestra situación en un mundo de necesidades es algo diferente de la descrita por Mateo. Nuestro mundo occidental está poblado de malos espíritus que roban la paz, turban el pensamiento y dificultan las decisiones coherentes en la vida. Hay muchas gentes que no son libres para elegir y vivir como corresponde a su dignidad como ellos desearían desde lo más íntimo de su corazón. La situación de esos hombres y mujeres las define el evangelio bajo la metáfora de: “*ovejas sin pastor*”, extraviadas y exhaustas.

No son sólo los radicales violentos, los drogodependientes, inmigrantes, los agnósticos y enfermos psíquicos; hay otros incluidos en esta denominación que viven sin personalidad, desorientados, manipulados por mafias y corren a donde se les dice que se ofrece bienestar. Son quizás “*buenas personas*”, proceden de buenas familias y forman buenas familias, pero que no saben a dónde van y están agotados de buscar sin encontrar competentes guías de orientación

Jesús dijo una vez, para condenar el escándalo farisaico: **«siempre habrá pobres entre vosotros»** (Mt. 26, 11). Siempre ha habido y siempre habrá hombres necesitados. Es algo que pertenece al ser humano por el hecho de serlo, por ser limitado e incompleto, por la introducción del pecado en el mundo. Todo es limitado. Los filósofos y teólogos dicen que se debe proceder con prudencia y humildad ante las realidades del mundo y del hombre. Así es también en el campo de la evangelización, de las obras llevadas a cabo por Cáritas, de las ayudas al desarrollo...

La mejor medicina para un ser humano son los gestos humanos. Los que son buenos para nosotros nos hacen mucho bien por el hecho de serlo: cercanía, interés, respeto. Estos pensamientos nos acercan al núcleo del mensaje. Sucede, sin embargo, que, con cada nueva situación, con cada nuevo individuo surgen también nuevos problemas y uno tiene la impresión de estar siempre empezando. Puede uno desalentarse con el pensamiento de que no se hace nada, que no se logra nada, que el problema es insoluble.

De Jesús hay que aprender primero a compadecerse y después obrar en consecuencia. Él aconseja un remedio ampliamente ignorado y ciertamente minusvalorado: la oración. E invita a sus discípulos a rogarle al dueño que envíe más trabajadores. **¡Pedid obreros!** Y, para comenzar, prepara a los doce más cercanos, sus apóstoles, para que comiencen a atender a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Somos muchos los que formamos parte de ese nuevo Israel que es la Iglesia. Tenemos que reconocer que después de dos mil años el mundo sigue “*extenuado y desamparado, como ovejas sin pastor*”. Razón de más para que todo discípulo de Jesús se sienta responsable de sus hermanos. Porque como cristianos, no podemos renunciar al programa descrito en el evangelio: **«Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme»**. Y poder escuchar como Jesús nos dice: **«En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí me lo hicisteis»**.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *El Señor es mi fuerte defensor.*

Salmo (68, 8-10.14 y 17.33-35): *«Señor, que me escuche tu gran bondad»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre el delito y el don.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *No tengáis miedo.*

Expresiones como “castigo de Dios”, “cuidado, Dios te ve” o “a Dios no se le engaña” formaban parte de las medidas “educativas” con las que se pretendía inducir a un buen comportamiento. Creo que, más bien, era la proyección de algunos que querían de esa manera controlar la vida de sus atemorizados escuchas, aunque, claro está, el que salía perdiendo era Dios o, mejor dicho, la imagen que de Él nos íbamos formando al oír tales amenazas, sea que nos llegara a través de los padres, de los abuelos, de los maestros, de los sacerdotes, de las catequistas o de quien fuera.

La famosa sentencia de que *«no hay nada oculto que no llegue a descubrirse; no hay nada secreto que no llegue a saberse»* (Lc 8, 17), siempre la escuché con tintes amenazadores. En la mente del niño o del adolescente de épocas (gracias a Dios) ya pasadas, esto sonaba terrible: “¿Dios va sacar a la luz todos mis malos pensamientos y deseos?”, “me va a exponer al ridículo y al desprecio de toda la gente, no solo por lo malo que he hecho, sino por lo oculto o secreto que puede haber en mi vida”. Ciertamente, me impactó esa imagen amenazante de Dios, pero algo me hizo ir descubriendo que había algo más...

Me tomó un buen tiempo deshacerme de ese ídolo que me infundía miedo y convencerme de que “ese” no era Dios, aunque así me lo hubiera presentado más de uno. Cuando tuve la oportunidad de estudiar con más detenimiento la Palabra de Dios, me fui dando cuenta de que las cosas eran muy diferentes a lo que algunos enseñaban. Una de las invitaciones más frecuentes de parte de Dios a los seres humanos es: «¡No tengan miedo!». Llegué a la convicción de que Dios no nos quiere llenos de miedo; al contrario, si algo quiere es que no tengamos miedo y vivamos felices.

“Lo oculto” y “lo secreto”, por lo tanto, no son los pecados del hombre, sino el misterio del amor de Dios manifestado en Jesucristo. Eso es lo oculto que va a llegar a descubrirse, eso es lo secreto que debe llegar a saberse a través de los intrépidos y valientes testigos de la fe en Jesucristo. Él nos instruye discretamente, casi íntimamente, “de noche, al oído”, y espera de nosotros que nos convirtamos en portavoces audaces que hagan resonar “en pleno día y desde las azoteas” lo que nos ha sido confiado. Vemos que diferencia tan grande hay entre un Dios que infunde temor y un Dios que anima exactamente a lo contrario, a no temer. Ante todo, se trata de no ser miedosos, pero tampoco hay que ser temerarios, imprudentes valentones, sino sensatamente valientes en la vida y en la profesión de nuestra fe.

El mundo es autónomo. En realidad, siempre lo ha sido. Otra cosa es que desde una perspectiva religiosa (sea la que sea), se ha mirado al mundo bajo la mirada vigilante y muchas veces recelosa de distintas perspectivas celosas. La fe cristiana nos insiste en esta condición de libertad, de mayoría de edad, de ser adultos. El mundo es adulto y tiene sus “criterios” y sus “valores” sobre la sociedad y la persona. Este ejercicio de la autonomía de lo mundano (bien entendida esta palabra) a veces suscita debate, confrontación; sobre todo cuando algunas propuestas no coinciden o son contrarias a las que hacemos los creyentes.

Podemos centrarnos un poco más: ¿Qué imagen tienen algunas filosofías sobre el ser humano, sobre su sentido y sobre su destino y qué imagen tenemos los cristianos? ¿Qué expectativas ofrece nuestra sociedad a una persona que quiere ser feliz del todo, y diciendo todo, nada excluye, tampoco lo espiritual y religioso? ¿Qué perspectivas tienen los jóvenes cuando miran al futuro y lo sueñan lleno de sentido, o carente de sentido? Repetimos, el mundo es autónomo para proponer sus imágenes, sus expectativas y sus perspectivas. No es cuestión de confrontarse, sino de buscar juntos, de proponer, de discutir, de ofrecer... siempre pensando en el bien común.

Es verdad que el cristiano (siempre, no hoy) se caracteriza por nadar contra corriente. Es así. El discípulo de Jesús que solo adora a Dios y no al dinero, nada contra corriente. El discípulo de Jesús que ve en el extranjero, más aún, en el extranjero pobre y débil, a su hermano, nada contra corriente. El discípulo de Jesús que devuelve bien por mal, nada contra corriente. Nunca ha sido fácil ser cristiano, de la misma forma que nunca ha sido fácil ser “persona de bien”, honesta, limpia, justa. Sin embargo, en este “nadar contra corriente”, el cristiano descubre que el Evangelio no es una ideología, sino una forma de comprender el mundo y de estar en el mundo, respetando su autonomía.

El evangelio de hoy comienza diciendo que no hay que tener miedo a los hombres. Lo primero que pensamos es que en la comunidad de Mateo había miedo (¿persecuciones abiertas, difamaciones, rechazos dolorosos?). Sea lo que sea, el evangelista pone en boca de Jesús una realidad. Ser discípulo de Jesús conlleva el rechazo de algunos, o de bastantes. Jesús, sin embargo, nos dice: *«Estáis en buenas manos»*, que son las manos de Dios. Jesús nos dice: *«¡no tengáis miedo de los hombres!»*. Nos podrán hacer la vida imposible, incluso ponerla en riesgo, pero nunca nos podrán quitar ni la felicidad por hacer el bien, ni la seguridad de que Dios está con nosotros.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): *Este santo se quedará aquí.*

Salmo (88, 2-3.16-17.18-19): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 6, 3-4.8-11): *Si morimos con Cristo, resucitaremos con él.*

Evangelio (Mateo 10, 37-42): *El que me recibe, recibe al que me ha enviado.*

Quizá la clave del mensaje que nos propone la Palabra de Dios en este domingo sea la misión del discípulo, el seguimiento de Jesús. Este seguimiento es radical, porque además la misión del discípulo tiene que ser como nos dice el Señor al final del evangelio: **«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes»**. Y la principal actitud del discípulo tiene que ser el seguimiento del Maestro, aunque esto pueda escandalizar con las palabras del evangelio de hoy, pues ¿cómo es posible odiar al padre y a la madre por seguir a Jesús? Esto sería un contrasentido que no podía venir de un Dios que nos manda honrar al padre y a la madre. Pero si nos indica que la misión de Jesús atañe a todos los que lo seguimos y Jesús nos exige un compromiso de amor personal, un amor que debe ir más allá del amor natural entre padres e hijos, un amor que debe implicar una relación íntima con el Amado, como nos indican Teresa de Jesús y los grandes místicos.

Ciertamente no se puede aborrecer a la familia, pero tampoco estar esclavizado por los lazos familiares para caer en el odio, en el rencor, en los enfrentamientos, no sea, que estos lazos nos aparten del auténtico amor que tiene que guiar y sostener al seguidor de Cristo. Lamentablemente vemos en nuestra sociedad actual enfrentamientos entre familias por viejos rencores provocados frecuentemente por ambiciones de dinero, de poder, etc., o sea, causadas por seguir a los ídolos de nuestro tiempo. Ante esto, el discípulo, el de entonces y el de ahora, tiene que tener en cuenta que forma también parte de una nueva familia, la familia del Padre y el centro de esta nueva familia es Jesús.

Esta exigencia radical del seguimiento de Jesús, nos recuerda el evangelista que implica el tomar la cruz cada día. El tomar la cruz supone, para el discípulo, la pertenencia a Jesús y, solo desde la cruz, comprendemos el seguimiento de Jesús, un seguimiento radical, total, que supone partir de esa unión profunda con el amado y seguirle camino de la cruz. Cuando Jesús utiliza la expresión **«no es digno de mí»** está diciendo que el que no está dispuesto a esto, rompe su pertenencia a Jesús.

Los seguidores de Jesús nos tenemos que convertir en mensajeros del evangelio por la palabra y por el testimonio para anunciar la presencia de Cristo Resucitado en medio del mundo. Este anuncio se realiza en la humildad del mensajero, con todas sus imperfecciones y deficiencias, pero el mensajero es el miembro de esta nueva familia de Jesús, por eso quien lo recibe, recibe a Jesús y tendrá su recompensa, nos dice el Señor.

La promesa que Jesucristo nos hace es muy interesante y en términos muy humanos, podríamos decir que es altamente reductible. Nos dice que ni siquiera un vaso de agua dado generosamente se quedará sin recompensa. Y por lo que se puede intuir, el que pague esa recompensa ha de ser él o su Padre. Por lo tanto, se nos ofrece el mejor negocio del mundo, el que nos deja los mejores y mayores dividendos y la máxima utilidad. De modo que podemos comenzar a organizar nuestra colecta de *“vasos de agua”* para los pequeños discípulos de Jesús. Pero, claro, ya hay varios que se nos han adelantado en este empeño.

De hecho, hoy se nos cuenta un ejemplo en la primera lectura. Un vaso de agua y después una comida completa le dio aquella mujer de Sunem al profeta Eliseo. No lo hizo solo una vez, sino cada vez que el profeta pasaba por su pueblo. Y después, de acuerdo con su marido, le construyeron incluso una pequeña habitación en los altos de su propia casa, con cama, silla y hasta una lámpara. La recompensa de parte de Dios no se hizo esperar mucho. A esa pareja le empezó a llegar la recompensa en forma del tan deseado hijo que no habían podido tener.

Sin duda, habrá recompensa de *“hijo de Dios”* a quien reciba y auxilie a un *“hijo de Dios”*. Y lo que a mis oídos suena mucho más interesante es lo que el Señor dice unos renglones antes de esas palabras: **«El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado»**. ¿Alguien desea recibir a Jesús en su casa? ¿Alguien quiere que Dios Padre venga a estar con él, con ella o con la familia entera? ¡Fácil! Basta con que reciba a uno de esos pequeños discípulos de Jesús.

No es necesario preparar una gran habitación para alguno de los apóstoles, ni siquiera es necesario construir una pequeña habitación en los altos de la casa; los pequeños discípulos se acomodan en lo que se les ofrezca, aunque solo sea un *“vaso de agua”*. Pero, habrá que compartirlo generosamente: buenas palabras, gestos de amor, paciencia, escucha atenta, pequeños y grandes servicios, armonía y perdón, un vaso muy grande de perdón...

También necesitamos muchos *“vasos de agua”* entre vecinos, parientes de sangre y parientes políticos, compañeros de trabajo, estudio o descanso y amigos en general: saludos amables, buenos modales, diversas formas de cercanía, genuino interés por ellos y los suyos, escucha y, una vez más, paciencia y perdón... Hacer esto nos puede parecer ya una buena tarea, pero no es más que el comienzo. Jesús nos invita a ampliar nuestros círculos de acción.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9, 9-10): *¡Alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey.*

Salmo (144, 1-2.8-9.10-11.13cd-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (Romanos 8, 9.11-13): *Vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu.*

Evangelio (Mateo 11, 25-30): *Nadie conoce al Padre sino el Hijo.*

No sé si Pablo podría decirnos a nosotros lo que les decía a los cristianos de Roma: *«Ustedes no viven conforme al desorden egoísta del hombre sino conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita en vuestros corazones»*. Hoy hay muchos más que, aunque son nominalmente “cristianos”, parecen vivir de lleno en un “desorden egoísta” que se ha convertido para algunos en una especie de “regla de conducta”. Una vida sujeta a ese desorden no solo revelaría que no pertenecen a Cristo, sino que se encaminan a su propia destrucción.

Obviamente, en cada página del evangelio se nos va mostrando algo de lo que significa vivir conforme al Espíritu. Los evangelistas nos muestran a Jesús lleno del Espíritu de Dios desde el inicio de sus actividades en el pueblo de Israel, tal como lo hacen constar en el relato del bautismo en el Jordán. Más aún, saben que es por la fuerza dadora de vida de ese Espíritu por lo que la Palabra eterna de Dios se hizo carne en las entrañas purísimas de María. La existencia de Jesús es fruto de la acción del Espíritu divino y, durante toda su vida, vemos a Jesús actuando bajo el impulso y la guía de ese mismo Espíritu, que además le dará vida nueva tras su pasión y muerte.

Jesús es el verdadero hombre del Espíritu; el Espíritu de Dios habita verdaderamente en él. El Espíritu impulsa a Jesús a dirigirse a Dios, su Padre. Jesús está en oración. Quizás estamos más acostumbrados a la oración de petición o de intercesión, pero la oración de Jesús, hoy, se nos presenta como un acto de “alabanza y gratitud”. Una persona en la que verdaderamente habita el Espíritu de Dios está llena de alabanza y gratitud. Esta forma de oración se irá haciendo tan propia de los cristianos que a la acción central de nuestro culto le llamamos “eucaristía”, acción de gracias.

Jesús alaba al Padre porque es la gente sencilla la que va reconociendo la obra de Dios en él. No fueron “los sabios y los entendidos” quienes lo reconocieron, quizás porque ordinariamente ellos ya están llenos de sus propias ideas que no pueden o no saben hacer espacio para las manifestaciones de Dios en su vida o en la vida de los demás. Acoger la revelación de Jesús implica saber escuchar, saber hacer un espacio para lo nuevo e inesperado. Fue la gente sencilla la que supo acoger a Jesús y es la que sabe seguir haciéndolo hoy en día. *«Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien»*.

Desde el Primer testamento, ya el profeta Zacarías invitaba al pueblo de Jerusalén a llenarse de júbilo y alegría por la llegada de su rey victorioso, que ingresa en la ciudad con toda humildad y las palabras de Jesús, el hombre en quien habita plenamente el Espíritu de Dios, nos dice: *«¡Aprended de mí!, que soy manso y sencillo de corazón, y encontrareis descanso»*, son una invitación a todos nosotros para imitarle a él.

Hay infinidad de estudios sobre Jesucristo que se apoyan en millones de horas y esfuerzos de estudiosos para profundizar en el conocimiento de sus palabras y acciones. Son trabajos que nos ayudan a todos a acercarnos al Señor. Sin embargo, Jesús nos presenta cuál es el mejor camino para conocerlo y acoger la voluntad del Padre Dios: se trata de vivir en humildad y sencillez. Así es como mejor abrimos las puertas a Dios y a su voluntad.

Todos entendían a Jesús con claridad meridiana. Él se dedicaba a acoger, curar, perdonar, integrar, resucitar muertos... ¡No podía ser más claro! Sus acciones eran evidentes y sus mensajes estaban llenos de verdad. Con abrir bien los ojos y un poco el corazón resulta suficiente para entender al Maestro. Su mensaje no es complicado: defender el valor de cada persona y proclamar el amor y la misericordia como claves para la vida de todos.

Hoy, como en tiempos de Jesús, hay personas que viven su pertenencia religiosa como una carga pesada. No han conocido la alegría de la fe ni han descubierto el auténtico gozo del perdón de Dios. Su vida religiosa se restringe al cumplimiento meticuloso de un sinnúmero de preceptos. ¡Qué vivencia más dura de la fe! El Señor, que sale al encuentro de todos, nos enseña a vivir confiando en Dios Padre, a descubrir la alegría interior de la fe, y a seguir a Jesús, no por obligación, sino por atracción. Jesús no reprocha el cansancio, sino que invita a acercarnos más al amor y la misericordia de un Dios que conoce bien cómo es nuestra vida. Él sabe que la fe no es una carga, y menos un castigo, sino que es una liberación y que nos trae un nuevo sentido para la existencia.

El Señor no agobia a nadie, sino que es capaz de multiplicar lo mejor que hay en cada persona. El papa Francisco, en su exhortación apostólica de marzo de 2018, hablando de la santidad, nos dice que *«cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él»* (Gaudete et Exsultate, 11). Esa es nuestra vocación y el sentido de nuestra vida, ser servidores alegres del Evangelio. Cristo Jesús nos propone vivir haciendo la vida más humana y digna para todos, libres de miedos, creciendo en libertad y siguiendo sus pasos. ¿Puede haber algo mejor que ser colaboradores suyos? A nosotros nos toca coger la cruz, y en ella, nuestras dificultades y limitaciones, pero, al mismo tiempo, pondremos nuestros ojos fijos en Él sabiendo que nos da la fuerza necesaria para ser sus testigos en todos los ámbitos de la existencia. *Gracias Señor por salir a nuestro encuentro e invitarnos a ser servidores alegres de tu misión.*

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 10-11): *La palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía.*

Salmo (64, 10abcd.10e-11.12-1313.14): *«La tierra cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8, 18-23): *Toda la creación está gimiendo.*

Evangelio (Mateo 13, 1-23): *Al que tiene se le dará y tendrá de sobra.*

Hay dos formas de acercarse a la realidad: o bien lo hacemos con un criterio científico que solo acepta como real lo que puede ser verificado y, por tanto, controlado; o bien, lo hacemos con un criterio de confianza que no controla, pero que se fía. Valga como ejemplo la experiencia del amor interpersonal o el amor con Dios. El conocimiento que nos da el amor de las otras personas es real, pero no se puede ni verificar ni controlar.

El capítulo 13 de san Mateo recoge un conjunto de parábolas sobre el Reino de Dios que Él viene a proclamar y a significarlo con signos (curaciones, liberación de endemoniados, reavivación de cadáveres, etc.). La mayor parte de las corrientes judías acerca de la intervención definitiva de Dios (anunciada especialmente por los profetas postexílicos) coincidían en que esa intervención de Dios sería de forma espectacular, de tal manera que los justos serían salvados y los no justos serían castigados. Sin embargo, la primera de las parábolas ya deja entrever cuál es la decisión de Dios de intervenir en la historia y de qué forma lo quiere hacer: como la semilla que crece de dentro hacia afuera y desde abajo hacia arriba de la historia humana. Así es el amor que transforma los corazones que confían en la misión que les ha sido encomendada.

Seamos conscientes de que nos cuesta creer en la misión que se nos ha encomendado porque no vemos los resultados con rapidez. Y de este pecado participamos laicos y clérigos. Los laicos abandonan diciendo que el mundo necesita cambios rápidos; los clérigos confunden la misión con los encargos de la jerarquía. Pero a todos nos cuesta creer que la misión depende de nuestra fe en la Palabra de Dios que nos explicita cómo es el estilo de Dios: paciente, respetuoso con la libertad del ser humano y gratuito.

En la vida ordinaria, quien es limpio de corazón empieza a captar el estilo de Dios que pide libertad antes que conseguir objetivos; que pide transformación del corazón y de la sociedad antes que frutos. Quien tiene el corazón embotado con racionalizaciones o entretenido en otros amoríos, mirará sin ver y oír con los oídos sin entender. Pidamos al Señor, que nos conceda captar su forma de amar, única que es fecunda, para cumplir la misión que nos ha encomendado de sembrar su semilla en el mundo.

Los seres humanos hemos habitado en cuevas reales o artificiales. Necesitamos tener siempre un techo que nos cobije, unas paredes que nos resguarden, un espacio donde dormir, comer, compartir con los nuestros y guardar nuestras cosas. No todos tenemos un sentido igual del orden, de lo útil, de lo bello, de lo necesario, de lo conveniente..., en una palabra, de la manera de arreglar nuestra casa.

Pues bien, quizás para sorpresa nuestra, todos tenemos una casa común, Dios nos la ha construido. En la Biblia se le suele llamar "*la creación*". Dios como un gran constructor fue poniendo orden en el caos. Empezó por crear la luz y, pasando por todo lo demás: seres sin vida y seres vivos, plantas y animales, culminó su obra con aquellos a quienes les encomendó el cuidado de esa casa: los seres humanos, el varón y la mujer. Ambos creados por Dios con igual dignidad y ambos responsables de la casa que les entrega.

Somos personas que estamos de paso en esta casa que Dios ha hecho para todos. En esta creación, cada uno de los seres que la habitamos es Palabra única de Dios: *«Dios dijo...»* y las cosas vinieron a la existencia. Cada ser animado o inanimado es una Palabra de Dios. Oímos a Dios cuando nos damos el tiempo para contemplar la creación. Cuando la miramos, cuando la escuchamos, cuando la olemos, cuando la saboreamos, cuando la tocamos..., cuando hacemos todo eso con un corazón creyente, vamos entrando en comunión con Aquel que le dio el ser y la sostiene en la existencia. Busquemos aliviar algunos de los sufrimientos que los seres, inhumanamente les hemos infringido a esta creación o al menos dejar a las venideras generaciones un mundo mejor de como lo encontramos.

La Palabra de Dios es eficaz y no vuelve a Él vacía, sin resultado, sino que hace su voluntad y cumple su misión, nos dice Isaías hoy en la primera lectura. Y para ayudarnos a comprender esto, nos invita a mirar cómo la lluvia y la nieve empapan la tierra y contribuyen a hacerla fecunda y a hacer germinar la semilla. De ahí obtiene el ser humano su alimento: "*fruto de la tierra y del trabajo del hombre*", como decimos en la liturgia al presentar nuestros dones.

También Jesús nos habla del Reino tomando comparaciones de la vida de la gente. De gente que conoce la creación y la trata de entender. De gente que siembra con la esperanza de cosechar y que, aunque sabe bien que no toda la simiente llegará a producir los frutos anhelados, desea y quiere lo que ocurre en otras ocasiones, que llegue a producir más de lo esperado. La parábola es muy elocuente, y vale la pena detenerse a meditar sobre ella y fijarnos en que a través de las cosas de la creación Jesús nos ayuda a comprender los misterios del Reino de su Padre.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12, 13.16-19): *Nos gobiernas con mucha indulgencia.*

Salmo (85, 5-6.9-10.15-16a): *«Tú, Señor, eres bueno y clemente»*

2ª lectura (Romanos 8, 26-27): *El Espíritu mismo intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13, 24-43): *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

En muchas ocasiones no sé si mi oración está bien hecha, si lo que pido es lo mejor, si el lenguaje es el adecuado, si mis intenciones son de veras las correctas... Entonces pienso que Dios nos ha dado al mejor de los intérpretes posibles, su mismo Espíritu. Él es nuestra ayuda en la debilidad y él traduce nuestras pobres oraciones en el lenguaje divino, lenguaje de ese Dios que conoce profundamente nuestros corazones.

Es un alivio saber que *«el Espíritu mismo intercede por nosotros»*, porque ¿qué podríamos argumentar en favor nuestro? Mientras más nos ponemos a la luz de Dios, más salen a relucir nuestra propia debilidad y nuestra falta de méritos. Pero es el Espíritu quien intercede por nosotros, él traduce nuestras palabras, *“él ruega conforme a la voluntad de Dios por nosotros, los que le pertenecemos”*.

«Por ser el Señor de todos, eres misericordioso con todos». Siendo tú el dueño de la fuerza, juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza. *“Has llenado a tus hijos de una dulce esperanza, ya que al pecador le das tiempo para que se arrepienta”*. Solo el dueño del tiempo puede tener toda esa misericordia, toda esa delicadeza, toda esa paciencia... Pues ¿qué iba a querer Dios, sino el mayor bien de cada uno de sus hijos?

A veces creamos a Dios una mala fama y lo anunciamos como el portador de la venganza, el controlador de los afectos, el castigador de los errores o el gran indiferente. Esas son visiones que reflejan más nuestros temores, nuestras obsesiones o manías o nuestros deseos inconfesables. Y precisamente de eso nos habla Jesús hoy: *“paciencia, misericordia, delicadeza”*.

Las cuatro virtudes cardinales son *«prudencia, justicia, fortaleza y templanza»*. La paciencia no forma parte de ellas; pero no por ello es menos importante. Una persona paciente sabe esperar, no emite juicios temerarios ni toma decisiones precipitadas. Por el contrario, una persona impaciente, movido por su afán o nerviosismo, toma decisiones de las que puede llegar a arrepentirse, por estar poco maduras o por no tener todos los datos suficientes para iluminar un asunto dado. Todos elogiamos a la persona paciente, y recriminamos la impaciencia en decisiones fundamentales.

Con frecuencia proyectamos sobre Dios los rasgos de la personalidad humana; precisamente porque nuestro Dios, el Dios en quien creemos, es un Dios con rasgos personales: habla, se enoja, se compadece, decide intervenir en la historia. Así nos dice la Biblia. La Escritura nos habla también de la *«paciencia de Dios»*. En efecto, si Dios no tuviera paciencia con el ser humano, con sus torpeza y errores, la historia de la humanidad hace tiempo que hubiera concluido. El libro de la Sabiduría nos habla de la prudencia, de la indulgencia, del buen hacer de Dios con los pecadores. Jesús, en el evangelio, se sirve de la parábola del trigo y de la cizaña para explicar que Dios no arranca la cizaña de inmediato, sino que deja que trigo y cizaña crezcan juntos. Solo al final pondrá en claro su justicia.

Una reflexión que quizá no nos hemos hecho, pero que es profundamente bíblica es acerca de los *“tiempos de Dios”*. En efecto, la Biblia nos muestra cómo Dios se toma sus tiempos: desde que promete un hijo a Abraham hasta que nace; desde que Israel sale de Egipto hasta que entra en la Tierra Prometida... pasa un tiempo que es revelador: es pedagógico, progresivo, se hace esperar, supera dificultades, es tiempo de maduración... Dios se toma su tiempo y hace que el ser humano experimente su acción salvadora en el tiempo.

La parábola de hoy es luminosa. Muchos de nosotros pensamos: ¿por qué Dios, en su justicia, no interviene ya? ¿Por qué Dios no destruye a los malos y hace vivir a los buenos? Podemos pensar ¿quiénes son los buenos y quiénes los malos a los ojos de Dios? ¿Acaso no hay personas que pueden arrepentirse? ¿Acaso nosotros mismos, en algún momento de nuestra vida, no hemos sido de esos *“malos”* que hoy pedimos a Dios que arranque de su Reino? ¿Es más justo Dios porque tome decisiones tajantes en un momento de nuestra pequeña historia? ¿Acaso Dios no sabes más, y no ve más allá que nosotros, en nuestra miopía? Aprendamos a ser pacientes, como lo es Dios.

Ojalá pudiéramos dividir la humanidad entre trigo y cizaña, entre buenos y malos. San Mateo, al recordar estas palabras de Jesús, está poniendo en guardia a su comunidad, y de paso a la nuestra, para hacer ver que las cosas no son tan sencillas, que no se resuelven al final de una hora de programa televisivo. El mundo y la vida de todos los que lo habitamos son bastante más complejos. No hay manera de erradicar a los malos simplemente porque todos lo somos a veces. Es cierto que hay personas que nos parecen excelentes y otras que nos parecen enteramente malvadas, pero resulta difícil sostener ese punto de vista contra todo y contra todos: *“Vivir con un santo en el cielo es un contento; vivir con él en la tierra es otro cuento”*. Y es que ni siquiera a los que son demasiado buenos los toleramos fácilmente, porque la mayoría de nosotros andamos en la dulce mediocridad.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3, 5.7-12): *Pídeme lo que deseas que te dé.*

Salmo (118, 57y72.76-77.127-128.129-130): *«¿Cuánto amo tu ley, Señor!»*

2ª lectura (Romanos 8, 28-30): *A los que aman, todo les sirve para bien.*

Evangelio (Mateo 13, 44-52): *El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido.*

Las personas necesitamos el descanso, sobre todo cuando nuestra actividad es agotadora por el esfuerzo físico y también mental en el trabajo de cada día durante la mayor parte de los días del año. También es necesario el tiempo de reflexión y de participación, pues hasta el tiempo de ocio y de vacaciones nos lo dan planificado y dirigido a cambio de dinero y de cosas apetitosas, desde las visitas guiadas hasta la gastronomía exótica y engañosa.

Lo que las personas procuramos para nuestro desarrollo como personas y para el de los demás no se basa nunca en tener mucho dinero o en trabajar en puestos muy importantes. La sabiduría de la que nos habla la primera lectura, y que se aplicará también en el Nuevo Testamento a Jesús, es el reconocimiento que vamos haciendo cada cual de nuestras capacidades para discernir libremente lo que conviene al desarrollo personal y al de las personas que están junto a nosotros y para las que resultamos referencia en su crecimiento personal.

De cómo afrontamos los nuevos tiempos y las nuevas situaciones de esta nueva época que nos toca vivir se están aprovechando algunas personas y algunos colectivos (bancos, multinacionales, bolsas de valores económicos, países poderosos) para marcarnos la ruta del tener por encima del ser. Para que todas las personas tengamos vida, y la tengamos en abundancia, hemos de tener en cuenta el buen vivir de nuestros antepasados cuando tenían lo necesario, aunque no fuera lo justo. Ahora unos cuantos tenemos más de lo que necesitamos para vivir, mientras otros muchos padecen la injusticia de un mundo mal repartido. Viviendo así de atrapados resulta muy difícil proyectar un futuro esperanzador para las personas que están viniendo: los que nacen aquí y los que acuden de otros países.

Salomón No tiene miedo de decirle a Dios que él no es más que un muchacho y que no sabe cómo actuar, que se siente perdido en medio de su pueblo. Le pide sabiduría para *«gobernar al pueblo y distinguir entre el bien y el mal»*. No sé cuántos de nosotros haríamos una petición como esa. Y en caso de que se nos ocurriera, no sé si tendríamos claro para qué querríamos esa sabiduría.

Me asombra la claridad del joven gobernante de que el pueblo no es su pueblo, sino el pueblo de Dios. No va a guiar a los suyos, sino a hombres y mujeres que pertenecen exclusivamente a Dios. *¡Salomón sabe que él no es el dueño del pueblo, que ese pueblo es de Dios!* ¡Cuánto desearíamos que los gobernantes, en la actualidad, tuvieran igualmente claro que el pueblo no es suyo! ¡Cuánto desearíamos que todos los que ocupan algún liderazgo en la sociedad, en la economía, en el campo educativo, en las familias, en cualquier ámbito, tuvieran esa convicción! ¡Cuánto desearíamos que los que dirigen la Iglesia también lo tuvieran siempre claro!

En la tradición cristiana solemos hablar del “*don de la sabiduría*” y del “*don del discernimiento*”. En el evangelio, también Jesús nos habla de la importancia de saber valorar justamente, pues a veces hay que tomar decisiones muy importantes. No es posible conservar todo lo anterior y adquirir el campo donde está el tesoro: hay que saber deshacerse de mucho para lograr lo mejor.

Me parece imposible, en la brevísima parábola de la perla, que el mercader pudiera conservar todo lo que tenía y pudiera adquirir simultáneamente la perla de gran valor. Tuvo que vender para poseer, tuvo que dejar de tener para obtener, tuvo que deshacerse de todo lo que tenía por aquello que deseaba tener. No se corre un riesgo así de cualquier manera.

En el evangelio se nos dice que el que encontró el tesoro fue a vender lo suyo *«lleno de alegría»*, pero, conozco demasiada gente que no deja ni siquiera lo que ya no le sirve y conozco también mi propia dificultad para prescindir de algunas cosas, no solo de las muy útiles, sino incluso de las totalmente superfluas y además hacerlo “*lleno de alegría*”.

Me parece necesaria una verdadera sabiduría de corazón para tomar decisiones tan serias. No solo para distinguir entre lo malo y lo bueno, entre lo bonito y lo necesario, entre lo acostumbrado y lo conveniente, entre el bien y el mal. Si ni siquiera ejercemos la sabiduría en las cosas cotidianas, me pregunto si la sabríamos utilizar en los asuntos del Reino de Dios, cuando los bienes prometidos no son tan inmediatamente tangibles como un tesoro o una perla.

Cuando nos convertimos en verdaderos seguidores del Maestro, y con él identificamos nuestra vida, es cuando estamos dedicándonos a lo que él se dedicaba: *«Vosotros buscad el Reino de Dios y su justicia»*. El evangelio está plagado de ejemplos de vida sencilla y feliz de las personas que vivían en contacto con la naturaleza y con los vecinos; en caso de apuro acudían a las personas que podían ayudarlas. Ahí encontraban a Jesús, que se convertía en el verdadero tesoro que necesitaban para descubrir cómo donde está tu tesoro allí está tu corazón, y no al revés, porque muchas veces ponemos el corazón y la vida en tesoros que se apolillan o te los roban.

DOMINGO: LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Daniel 7, 9-10.13-14): *Vi venir una especie de hijo de hombre.*

Salmo (96, 1-2.5-6.9): *«El Señor reina, Altísimo sobre la tierra»*

2ª lectura (2ª Pedro 1, 16.19): *Fuimos testigos oculares de su grandeza.*

Evangelio (Mateo 14, 1-9): *Su rostro resplandecía como el sol.*

Al caer esta fiesta en domingo, la liturgia la antepone al correspondiente domingo del Tiempo Ordinario.

La lectura del libro de Daniel nos presenta en el cielo a alguien como un ser humano frente a la terrible visión de las cuatro bestias procedentes del océano hostil. El ser humano, como imagen de Dios, tenía ya como misión creacional dominar las bestias. A lo largo de la historia se han ido sucediendo distintos imperios y formas de realizar esta tarea de dominador, de verdadero señor.

Lo que ha ocurrido es que el hombre corre el riesgo de perder el modelo, la imagen de lo divino que hay en él, y entonces en lugar de desarrollar una vida digna, sencilla y profundamente humana, la convierte en inhumana y feroz. De esta forma Daniel anuncia la instauración del reino del Hijo del Hombre, sobre otros poderes y reinos hostiles que serían los reinos de las bestias.

Así, todo el salmo 96 puede resumirse en la primera frase: *«El Señor reina, la tierra goza... Se alegran las islas»*. No empieza a reinar, reina desde siempre; este es el primer “artículo” de la confesión de fe. Dios no ha tenido que luchar contra otros dioses o poderes, no ha compartido su trono con ellos, no tiene pareja, simplemente “es”, sin otro como él a su lado, llenándolo todo, como presencia y vida de toda realidad.

El salmo vincula la experiencia de Dios en la tormenta (teofanía cósmica) con su presencia histórica y social en Israel, pueblo-guía, revelador y testigo de la gloria de Dios sobre la tierra: *«Altísimo sobre toda la tierra»*. Más que en los hechos históricos: éxodo, travesía del desierto, conquista de Canaán, sacralidad del templo, reino davídico, este salmo insiste en la sacralidad del mundo, simbolizado de manera dramática por la tormenta temerosa, que produce el agua fecunda.

La tormenta cósmica es signo universal de la presencia de Dios para los pueblos, sin diferencia, de forma que todos pueden vincularse adorando a Dios y cumpliendo su palabra. En esa línea, el cristianismo insiste en la “Encarnación de Dios”, como la culminación de la vida en los hombres, en Jesús, la palabra de Dios hecha carne.

En esa línea, tanto el judaísmo rabínico como el cristianismo han destacado el valor físico y religioso del mundo, entendido, como creación de Dios y realidad fundamental para los hombres, en contra de un tipo de gnosís espiritualista o extramundana.

Algo así nos recuerda el texto de la segunda carta de Pedro, que quiere evitar una interpretación fantasiosa de la imagen de Dios que se le da al hombre. Recuerda el apóstol Pedro, que él fue testigo ocular, junto con Juan y Santiago, de ese poder inmenso que se manifestó en su Maestro Jesús, cuando compartían con él la intimidad de la oración en la cumbre de la montaña.

No es casual que los evangelistas, indican siempre la montaña como el lugar preferido de la oración y es que las alturas marcan la residencia de Dios. Jesús desciende para encontrarse con los hombres y sube al monte para orar, para entrar en la intimidad con su Padre.

Jesús aparece con frecuencia en clima de oración, diríamos que su vida entera es oración perfecta con su Padre. Invita a sus íntimos a orar; no es posible orar en el ruido, ni en la ostentación, ni en la autosuficiencia; hay que salir de uno mismo y dirigirse al otro, reconocerle superior y sentir la necesidad y confianza de que nos escuche y nos hable.

Diríamos que en la oración Jesús muestra el verdadero rostro de Dios transfigurado. Y en ese momento de la transfiguración su Padre, el mismo Dios, deja escuchar su voz, como una declaración que desborda la confesión de Pedro: *«Este es mi Hijo Amado, escuchadle»*.

El camino de la pasión se va a iluminar con el esplendor, anticipado y provisorio, de la transfiguración. Mientras Jesús ora, en Él brilla la gloria de Dios. Los apóstoles querían permanecer para siempre en este estado sublime, pero ha sonado clara la voz del Padre: **«¡Escuchadle!»**.

Tienen que continuar fijándose en ese Jesús que les invita a descender de la montaña y continuar compartiendo sus enseñanzas y su vida misma, repleta de dificultades e incluso amenazada y sometida a las injusticias de los poderes de este mundo.

Diríamos que Jesús quiere que sus discípulos pisemos de nuevo la tierra, que pongamos los pies en el suelo sin dejar de mirar arriba y elevar nuestra mente y nuestro corazón a Dios. Allí está la verdadera gloria, la razón última de la existencia de la nueva humanidad que Cristo ha presentado transfigurada en el monte.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 1-3): *Escuchadme y viviréis.*

Salmo (144, 8-9.15-16.17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias»*

2ª lectura (Romanos 8, 35.37-39): *¿Quién nos separará del amor de Cristo?*

Evangelio (Mateo 14, 13-21): *Dadles vosotros de comer.*

Por coincidir con la Transfiguración, para no perder el hilo de reflexión con el evangelio de Mateo.

Es la muerte de Juan Bautista la que enmarca el evangelio de este domingo. La escena principal es la del milagro de la multiplicación, sí, pero convendría fijarnos en esta primera línea del texto. El evangelista relata que la noticia de la muerte de Juan ha llegado a los oídos de Jesús. ¡Que lleno de tristeza estaría el corazón de Jesús al enterarse de la muerte de Juan Bautista! Una muerte absurda, innecesaria, fruto de la violencia de un reyezuelo despótico y caprichoso. Uno de los grandes hombres del tiempo de Jesús, su contemporáneo, su mentor, aquel que lo sumergió en las aguas del Jordán en ese rito con el que muchos querían expresar su deseo de volverse plenamente a Dios, acabó su vida, asesinado en medio de un banquete excluyente y criminal.

No se nos describen los sentimientos de Jesús ante esta noticia, ¿sintió dolor, tristeza? No lo sabemos, pero no puede extrañarnos su deseo de retirarse a un lugar apartado y solitario. Quizás no sería extraño pensar que ante esta noticia Jesús buscó el silencio para reflexionar y orar por Juan a quien, sin duda, le unirían lazos afectivos. La escena siguiente sí nos va desvelar los sentimientos de Jesús. Quizás esperaba unos días de tranquilidad en compañía de sus discípulos más cercanos para vivir su duelo, para encontrarse a solas con su Padre y reflexionar sobre las consecuencias que esos acontecimientos traían a su floreciente ministerio. Quería un lugar apartado y solitario para llorar, lo necesitaba.

Pero como suele ocurrir, la gente no siempre entiende las necesidades ajenas; lo que entiende y siente son las suyas propias. Por eso la multitud sigue por tierra hasta el destino de la barca de Jesús y le espera con sus enfermedades y dolencias, ansiando algún gesto misericordioso que los libere a ellos y a los suyos, al menos parcialmente, del sufrimiento que les aqueja. Y con una sola sentencia, san Mateo nos describe la reacción de Jesús frente a aquella muchedumbre: **«Se compadeció de ella»**. Jesús no huyó, no se escondió, no se molestó; se compadeció.

La escena que sigue suele ser descrita como *“la multiplicación de los panes”*. Pero es también la multiplicación de las curaciones, la multiplicación de la sensibilidad de sus discípulos, la multiplicación de los gestos de servicio; en una palabra, la multiplicación de la compasión en acciones concretas. La secuencia de verbos que describe el hacer de Jesús es esta: **vio, se compadeció y curó**. Lo primero de todo es ver, lógicamente. El **ver** es lo que posibilita que Jesús detecte que hay una multitud necesitada. A veces nosotros vemos, pero no hacemos nada o dirigimos la mirada a otro lado. El Señor ve, se da cuenta de la realidad y no la esquiva. El segundo verbo es el nuclear: Jesús se **conmueve** en todo su ser ante el sufrimiento del prójimo. No se ha blindado ante ese sufrimiento, su corazón ha sido alcanzado por la necesidad humana. Y esto es lo que le empuja a **actuar**. El hacer de Jesús no se queda solo en sentimiento, sino que se traduce en obras de amor: curó a los enfermos.

Parece que, ante el dolor de los demás, Jesús olvida sus propias penas y reacciona de la manera como él sabe hacerlo, con compasión, que es otra forma de decir con un amor que se deja lastimar por el dolor de los demás y que lo hace propio; *“con-padece”*, padece con los que sufren, y busca los caminos de salud. Se le conmueve las entrañas y lo impulsa a la acción. En Jesús, la compasión no es un sentimiento, es un dinamismo. Sin lugar a dudas, el mismo Espíritu Santo que guía a Jesús en todas sus acciones, es quien le lleva a sentir compasión y a traducirla en acciones de salvación, de curación, de entrega, de generosidad.

La preocupación de los discípulos es lógica: era tarde, estaban en despoblado y era una multitud la que los acompañaba. Según la razón humana lo más sensato era decirles que se marcharan a buscar alimento y cobijo. Los discípulos piensan en términos de eficiencia humana. *“Si no hay con qué darles de comer, que vayan a buscar comida en los poblados cercanos”*. La lógica de Jesús es muy distinta; Dios no piensa con la lógica humana. Dios es rico en misericordia y en ternura. Su Hijo se compadece de la multitud que lo busca ansiosamente. En las palabras de Jesús a los suyos no hemos de leer un reproche: **«no hace falta que se vayan, dadle vosotros de comer»**. Más bien Jesús quiere aprovechar esta ocasión para enseñar de nuevo a los suyos cómo piensa Dios.

La compasión divina se hace concreta a través de la generosidad de los discípulos. Ellos pusieron lo suyo en las manos de Jesús. Cinco panes y dos peces a todas luces son insuficientes para dar de comer a una multitud, pero Jesús obrará el milagro: los tomó, los bendijo, los partió y se los dio. Pudieron comer todos y se saciaron. Creo que en estos tiempos que nos ha tocado vivir, en los que se multiplican los signos de exclusión, de rechazo, de violencia y de muerte, como lo atestigua cualquier medio de noticias, el Señor quiere multiplicar su compasión a través de nosotros, sus discípulos, que escuchamos hoy sus palabras: **«Dadle vosotros de comer»**. Nuestros escasos dones, puestos generosamente en manos de Jesús, bastarán y sobrarán para que se multiplique su compasión en favor de la vida del mundo.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 9a.11-13a): *Le llegó la palabra del Señor.*

Salmo (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9, 1-5): *Cristo está por encima de todo.*

Evangelio (Mateo 14, 22-33): *¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?*

El relato evangélico de este domingo representa simbólicamente la situación que vivía la comunidad cristiana de Mateo. ¿Cuál era la situación? Pues que no les era fácil ser cristianos. Se sentían lejos del Resucitado, no experimentaban el calor de su presencia. Era como si la noche hubiera caído sobre sus vidas y hubiera llenando de desconfianza sus corazones. Las dificultades que vivían en aquella sociedad eran como olas enfurecidas que se estrellaban contra la pequeña barca de la comunidad. Vivían a contracorriente, con el viento en contra.

¿Y cuál fue la propuesta de Mateo? Mateo desea ayudarles a abrir sus ojos a la fe, sus corazones a la confianza. Solo así, superarán los miedos que les impide reconocer a Jesús Resucitado. Mateo les dice (y nos dice) que el Resucitado no es un fantasma inventado por nuestros temores.

Jesús es real y camina hacia nosotros en medio de la vida y sus dificultades. Y les pone el ejemplo de Pedro. Como él, hemos de tener el coraje de atrevernos a saltar de la barca y caminar hacia su encuentro. Los relatos evangélicos tienen la virtud de hacerse contemporáneos de las comunidades cristianas a lo largo de la historia. Hoy también. En el texto que hemos leído están, también, nuestras dificultades actuales, nuestros temores y desánimos.

Vivimos en una sociedad en profundo cambio, una sociedad en crisis permanente y total. Vemos cada día cómo las “antiguas razones de vivir” ya no nos sirven. Experimentamos cómo los valores, las normas y principios que regían en tiempos pasados la existencia ya no nos sirven hoy. En una sociedad en donde parece haber perdido su solidez, en donde las grandes instituciones y las añejas tradiciones ya no cuentan. Empezamos a cuestionar cada institución: política, educación, empresa, milicia, Iglesia, matrimonio, familia..., y creo que en el intento acabamos como el que quiso pelar una cebolla: empezamos a quitar capas y no nos queda nada.

Los estudiosos de la sociedad y de la religión dicen que hoy se está extendiendo la cultura de “la ausencia de Dios”. Para mucha gente Dios es alguien del pasado, un fósil que no aporta nada importante para la vida. Dios apenas atrae o inquieta. Más bien deja indiferente a un número cada vez mayor de personas. Los mismos cristianos nos vamos acostumbrando a esta nueva situación de indiferencia ante Dios. ¿Es Dios una creencia del pasado? ¿Es Cristo Resucitado un fantasma creado por nuestros miedos? En una situación de crisis y de cambio tan grande como la que estamos viviendo, es normal que muchos cristianos se sientan desorientados, tal vez decepcionados, quizás con preocupación por el futuro.

Y en medio de esas adversidades vemos a Jesús caminando sobre las aguas y acercándose tranquilamente hacia nosotros. No se nos presenta como un Dios espectacular, con la fuerza del viento huracanado, del terremoto o el del fuego, sino como el Dios de la tranquilidad, el que se hace presente cuando en medio de todo el ruido alcanzamos a escuchar el murmullo de una brisa suave. Es entonces cuando escuchamos a Jesús que nos dice, como en el evangelio de Mateo: **«Animo, tranquilícense, no teman. Soy yo».**

Y los cristianos, como Pedro, queremos que nos haga caminar sobre el agua. No queremos hundirnos en la confusión de nuestros tiempos, ni queremos quedarnos con amores líquidos, ni queremos sumirnos en el miedo. Por eso ahora, cuando sentimos que no encontramos donde asirnos, a que aferrarnos o en donde encontrar algo de seguridad, se vuelve más urgente dirigir nuestra mirada y fijar nuestros ojos en Jesús, que ciertamente “no es un fantasma”. De nuestro amedrentado corazón tenemos que sacar el valor para gritar: **¡Mándame ir a ti caminando sobre las aguas!**

En medio de la noche y con muchos elementos en contra, Jesús sale a nuestro encuentro. Hay quienes se rehúsan a mirarlo, hay quienes lo consideran solo una proyección de sus deseos, un mero fantasma, pero hay también quienes lo reconocemos y aunque sea con voz temblorosa, nos atrevemos a decir: “Mándame ir a ti”.

Sabemos que Jesús viene en nuestro auxilio, especialmente cuando comenzamos a hundirnos. Quizás nos reproche nuestra fe débil, pero nunca dejará de extender su mano para sostenernos. Y no es que todo sea malo en nuestro tiempo. El agua y el viento seguirán siendo necesarios si queremos hacer avanzar nuestra barca, pero las olas encrespadas y el viento impetuoso se nos han convertido en amenaza y, muchas veces, el miedo nos paraliza.

Verdaderamente necesitamos la seguridad de la barca, necesitamos vientos favorables, necesitamos un oleaje moderado, pero, sobre todo y en toda circunstancia, necesitamos a Jesús con nosotros. Necesitamos abrirnos a Cristo.

Al inicio de su pontificado, Juan Pablo II decía al mundo entero: **«¡No temáis! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo!».** Y Francisco nos decía: **«No tengáis miedo de abrirle el corazón a Jesús para que renueve en vosotros el fuego de su amor, para que os empuje a abrazar la vida con toda su fragilidad, pero también con toda su grandeza y belleza»** (Audiencia de 30 de enero de 2019).

SOLEMNIDAD: LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a. – 12, 1-3.6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oros de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *Bendito el fruto de tu vientre.*

Revestida de luz solar, como el Señor; llena de gracia y favor de Dios, hasta el punto de rebosar y transmitirlo hecho hombre de sus purísimas entrañas; así ha venido celebrando la Iglesia la figura excelsa de María, la Virgen, que encarna en su condición de creatura natural la más alta dignidad a la que ha podido llegar el ser humano. Ella, una mujer, es el símbolo más fecundo en los profetas de la comunidad de Israel, del pueblo elegido de Dios.

La Iglesia, nuevo pueblo de Dios, está representada en la imagen de la mujer que huye al desierto intentando escapar del enemigo hostil que la acecha con rabia y encono pues no pudo evitar que ella diera a luz al propio salvador del mundo. La Iglesia como María es portadora de esa fuerza salvífica que ya venció definitivamente en el propio Jesús al poder mítico de Satanás, el adversario, que continúa probando suerte para ver si consigue engañar a la Madre del varón que le venció.

Huir al desierto es sinónimo en los profetas de volver a la intimidad con Dios; es recordar la alianza primera que cautivó el corazón de la novia y le hizo sentir la fuerza fecundante de su Señor. Lejos de dejarle perecer en la esterilidad del desierto, el poder de Dios cuidó con esmero a su pueblo y le fue purificando con sus acciones sorprendentes hasta dejarle instalado en la tierra fértil que le había prometido al comiendo de la alianza.

En este recorrido plagado de elementos hostiles hizo brillar su fuerza el varón nacido de la mujer y tuvo que enfrentarse con todos ellos hasta conseguir que todo ellos, incluso la propia muerte, resultasen aniquilados y sometidos a su dominio. Esta tarea que ya quedó cumplida en la gloriosa ascensión de Jesús a los cielos tiene que realizarse a lo largo de la historia en el propio devenir de la humanidad; día a día Satanás, el rival del Mesías, intenta apoderarse de la historia, pretende ofrecer una alternativa salvífica que seduzca y engañe al hombre negando el valor del sufrimiento, de la fidelidad y de la esperanza más allá de la muerte. Su victoria, la de Satanás, valía en el reino de las tinieblas y de la muerte; su poder brillaba en la mentira de la muerte como final definitivo propuesto al hombre. Pero este poder fue aniquilado con la fuerza de la vida eterna, que Jesús devolvió al hombre en su resurrección gloriosa.

Vivir en la gloria definitiva del Padre es un don garantizado que se realizó en María frente al deseo inútil de una pervivencia que asegure al hombre continuar disfrutando eternamente de esta vida terrenal. Ninguna mujer pudo jamás transmitir tanta vida; ninguna mujer pudo responder con mayor fidelidad al nombre (Eva) que Dios le diera de ser madre de la vida como María. Esta plenitud de gracia y favor de Dios la convirtió en la criatura más excelsa de los hijos de los hombres, bendita entre las mujeres y digna primicia y garantía de cuanto esperamos los hombres gozar con toda nuestra naturaleza mortal de la gloria del cielo.

Debemos al papa Pío XII la declaración dogmática de esta realidad que el Espíritu Santo ya había hecho germinar, e incluso madurar, en la fe de la Iglesia. Desde el 1 de noviembre de 1950, la fe de Iglesia proclama que María de Nazaret, Madre del Hijo de Dios, fue asunta o elevada a la gloria de su Hijo Jesucristo.

Popularmente esta solemnidad ha dado pie para celebrar una fiesta de María en pleno período vacacional. Quizá la predicación realizada en esta fiesta no ha facilitado una mejor comprensión del misterio que nos introduce en una de tantas maravillas que Dios ha realizado en María. Probablemente, nos hemos quedado con un sentimiento de proyección religiosa que nos empujaba a intuir que la Virgen Madre no podía estar lejos de su Hijo. La consecuencia ha sido clara: celebramos el encuentro con nuestras familias en tiempo estival y vacacional.

Una solución es rebajar las maravillas realizadas por Dios en María y así estamos más cerca de captar las que Dios hace en nosotros, sin darnos cuenta de que la exaltación o ascensión de María a los cielos, sin conocer la corrupción del sepulcro, está asociada a la resurrección de su Hijo, maravilla que no ha sido realizada en ninguno de nosotros ni de nuestros antepasados.

Otra solución, quizá más difícil para nuestra fe, es cómo Dios, a través de la ascensión de la Madre de su Hijo Jesucristo, nos enseña a vivir de un don de amor que nos sobrepasa. Y, porque nos sobrepasa, tratamos de comprender cuando lo único que cabe es agradecer humildemente que lo realizado en María será realizado un día en nosotros, sin merecimiento por nuestra parte.

La fe de la Iglesia, es la que nos permite celebrar y, por tanto, vivir de ese don que contemplamos en María, ¿Creemos que tenemos derecho a ser introducidos algún día en el amor de María y Jesús? ¿Creemos que tenemos derecho a ser introducidos algún día en el amor de la Trinidad? Gracias a la fe de la Iglesia, que expresa mejor que nadie lo que significa el misterio de la Ascensión de María, podemos agradecer y adorar a Quien se ha fijado en cada uno de nosotros para realizar *«lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni la mente pensó»* y que lo ha hecho, como primicia, en María.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56, 1.6-7): *Practicad la justicia.*

Salmo (66, 2-3.5.6y8): *«Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Romanos 11, 13-15.29-32): *También ellos alcancen misericordia.*

Evangelio (Mateo 15, 21-28): *Que se cumpla lo que deseas.*

Pese a tener en el texto sagrado, el sentido de su elección en la persona del patriarca Abraham, al pueblo le fue siempre difícil aceptar que su vocación era la de ser un pueblo para los demás. La elección no era solo un privilegio; era también una misión: *«En ti serán benditas todas las naciones»* (Génesis 12,3). Pero Israel pretendía guardar una sana distancia respecto a esas naciones. Tenía más miedo a contaminarse que a fallar en su misión de ser bendición para todos los pueblos.

Dios, para mantener esta misión universal en la conciencia de su pueblo, les manifestaba, numerosas veces, su deseo de salvación para todos, a través de profetas y sabios. Isaías anuncia ya próxima la salvación de parte de Dios y, por lo mismo, insta al pueblo a velar por el derecho y practicar la justicia. Una pretendida piedad sin justicia no es sino una simple evasión de las responsabilidades entre los seres humanos, so pretexto de estar atendiendo a las cosas de Dios. Y para completar el cuadro, Isaías no se refiere a los judíos, sino a los extranjeros fieles a la alianza, como aquellos que serán conducidos al monte santo para llenar de alegría al templo. Parece que Dios está más interesado en que se respete el derecho de todos y se ponga en práctica la justicia.

«Que te alaben, Señor, todos los pueblos», cantaba el salmista, y eso es precisamente lo que dice el profeta también: *«Mi templo será casa de oración para todos los pueblos»*. Judíos y no judíos, judíos y gentiles, judíos y paganos... Para el pueblo de Israel, era muy claro quién constituía su “*nosotros*”, los de la misma sangre, los descendientes de Abraham, los rescatados de la esclavitud de Egipto, el pueblo de la Alianza. ¿Y los demás? Los demás son como perros.

Jesús quiere dar una lección más clara a sus discípulos, y les hace constatar que en todas partes hay necesidad de compasión. Que también los extranjeros, “*los perros*”, tienen sentimientos y sufren, que aman a los suyos y les duele cuando algo malo les sucede. ¿Acaso no compartimos todos los seres humanos gozos y penas semejantes? ¿No hay algo que nos hermana más allá de las diferencias étnicas y que pasa por encima de las fronteras trazadas por algunos?

Se que nunca se les quitará el alimento a los hijos para dárselo a los perros, pero puedo imaginar perfectamente a un cachorrito mirando a la mesa de sus amos, moviendo su colita, paseándose inquieto entre las piernas de los comensales, viendo por dónde caen algunas migajas que quizás ni le hagan falta para su alimentación. Disfrutará estando cerca de los que sabe que lo quieren y compartiendo su vida, incluida la comida. Pero lo que el perrito espera no son migajas de pan, sino de compasión y cariño. Y de la mesa del divino Maestro cayeron migajas de compasión para aquellos “*perritos*” de Dios.

Dice Jesús que Él solo ha sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Es cierto que estas palabras nos pueden desconcertar un poco porque todos creemos que la salvación de Dios es universal. Pero no las podemos aislar del resto del mensaje de Jesús. En este mismo evangelio, Jesús mandó a sus apóstoles que hicieran discípulos *«a todos los pueblos»* (Mt 28,19). Es lógico pensar que Jesús sintiera un amor preferente por los miembros de su propio pueblo, el pueblo judío.

Pero el amor preferente en Jesús nunca es amor excluyente. Y el mejor ejemplo es esta mujer que aparece en el evangelio. Verdadera campeona de la fe. ¿Quién era esta mujer? No lo sabemos. Tan solo sabemos que era una mujer cananea, lo que es lo mismo que decir que era una mujer pagana. Es decir, no israelita. Queda en el misterio el saber por qué esta mujer no solo conocía a Jesús, sino que creía en Él, pues las tres veces que se dirige a Jesús no lo hace como si estuviera tratando con un mago o un profeta con poderes, sino que se dirige al Señor con un profundo respeto y con fórmulas que son actos de fe. Esta mujer creía en Jesús.

La mujer gritó a Jesús su petición. Es un grito no de enfado sino de súplica sincera. En este primer momento Jesús no responde nada. Solamente la mediación de los discípulos provoca la respuesta de Jesús. Las primeras palabras de Jesús no son muy alentadoras para la mujer, pero esta no se rinde. No censura a Jesús porque no le haya dado lo que ella esperaba, no se aleja de Jesús, no se deprime. ¿Qué hace esta mujer? Se acerca hasta Jesús y se postra ante Él. No quiere discutir las razones de Jesús. Es una mujer de fe que busca a Dios y se postra ante Él y formula una oración sencilla y sincera: *«Señor ayúdame»*.

El refrán que Jesús le dirige a la mujer después de que ella se haya postrado delante de él tampoco es muy favorable. Sin embargo, esta mujer no se da por vencida; argumenta brillantemente las palabras de Jesús y con gran humildad le dice a Jesús que también ella, aunque no sea israelita, puede gozar de esa salvación de Dios. Las últimas palabras de Jesús son, por fin, de admiración ante la fe y la perseverancia de esta mujer. Como resultado de esta escena la hija de esta mujer extranjera quedó sanada. En pocos israelitas Jesús ha reconocido una fe tan grande como en esta mujer. Ojalá que la fe tan grande de esta mujer pueda servirnos de ejemplo para nuestra vida.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22, 19-23): *Le vestiré tu túnica y le daré tus poderes.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.6y8bc): *«Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»*

2ª lectura (Romanos 11, 33-36): *De él, por él y para él existe todo.*

Evangelio (Mateo 16, 13-20): *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.*

San Pablo, maravillado porque todos nosotros, judíos y no judíos, que habíamos caído en la rebeldía, hemos sido perdonados y acogidos por la misericordia de Dios, exclama: *«¡Qué inmensa y rica es la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Qué impenetrables son sus designios y qué incomprensibles son sus caminos!»*. Jesucristo es, sin duda, una buena noticia para todos. Noticia de misericordia, de compasión, de reconciliación, de libertad y de vida nueva. El camino cristiano es de veras extraordinario, y por eso resulta tan poco comprensible para la sabiduría humana.

Entre todos los posibles caminos del amor, Dios escogió el de la encarnación, un camino de veras incomprensible. Quiso enviarnos a su mismo Hijo para compartir, en todo, nuestra condición humana: ¿Quién iba a pensar esa manera de hacerse uno con nosotros? ¿Quién iba a renunciar a todo lo grandioso para seguir el camino de lo oscuro y escondido de una vida de trabajo manual en un pueblecito de nada? ¿Quién iba a preferir la compañía de la gente del pueblo en vez de los sabios o los ricos? ¿Quién podía prever que la prueba máxima del amor de Jesucristo por nosotros se nos ofrecería en la entrega de su propia vida en la cruz? ¿Quién iba a imaginar que el Dios de la vida respondería con vida nueva en la resurrección? Solo Dios. Nadie sino Dios.

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». *«¿Qué idea se crean al verme actuar, al escucharme, al advertir el tipo de compañeros que tengo?»*. *«¿Qué dicen de mí?»*. *«¿Cómo entienden este extraño camino divino?»*. Pregunta Jesús. “*Que eres un profeta*” le contestan.

La gente opinaba que Jesús era un profeta. No lo confundieron con un sacerdote del templo, ni tampoco con un escriba experto en la Ley, ni con un aspirante a algún puesto popular o un caudillo belicoso que alimentara el resentimiento del pueblo contra los opresores... No, nada de eso: “*Un profeta*”. Un hombre que habla con Dios y en nombre de Dios. Muchas personas pueden tener ideas equivocada acerca de los demás. Pero ni todas... ni siempre. En el caso de Jesús, es llamativo que la opinión popular sea tan unánime: “*es uno de los profetas*”.

Pero, la pregunta de Jesús adquiere tintes personales: *«Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo?»*. No se trata ya de la opinión generalizada. La pregunta es personal y requiere una respuesta personal. Simón Pedro dio su respuesta, desde su experiencia y en su categoría de lenguaje. Dijo palabras que pueden significar mucho o nada para nosotros: *«Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»*.

Lo bueno para él es que supo escuchar. No sacó la respuesta de su sabiduría humana y convencional; dejó que Otro hablara y supo escucharlo. Humanamente, ¿quién eres tú, Jesús de Nazaret? Un hombre pobre, un artesano, un judío galileo y, por ende, sospechoso en sus ideas religiosas y más, mucho más, en sus prácticas. Eres un predicador itinerante, alguien que se acerca a los pequeños y a los marginados, un hombre perseguido por las autoridades... Jesús, ¿no pareces gran cosa! Pero Dios me dice que eres su Hijo, que es en ti como está cumpliendo sus promesas de liberación y vida en favor de la casa de Israel y del mundo entero; que eres el Mesías esperado, el ungido de Dios, a pesar de todas las apariencias.

La respuesta de Jesús es: *«¡Dichoso tú!»*. Mateo utiliza la misma palabra de las bienaventuranzas del sermón de la montaña. A esos bienaventurados hay que añadirle este otro; a aquellos “*dichosos*” se le suma el que se deja inspirar por el Padre y se adentra por los incomprensibles caminos del Señor. Y es sobre la roca de esta confesión como Jesús puede edificar su Iglesia. No es solo Pedro, el impetuoso Pedro, que por una vez no habla de lo primero que le llega a la boca, sino que saca del fondo de su corazón la palabra inspirada por Dios mismo.

Esa es la verdadera “*pedra*”, la que no tiene consistencia en sí misma y logra su solidez gracias a haber recibido la revelación del Padre. *«Edificaré, mi Iglesia»*, dice Jesús. Su Iglesia, que nunca será de Pedro, ni de los demás apóstoles, ni de sus colaboradores o sucesores... Jesús, una vez resucitado, le tendrá que insistir a Simón Pedro: *«Pastorea mis corderos»* y *«Cuida de mis ovejas»* (Juan 21, 15-16). Las ovejas y los corderos nunca serán de Pedro; la Iglesia no le pertenece a Pedro; al contrario, Pedro y los demás son parte de la Iglesia que edifica Jesús.

No sé por qué. Solo sé que si la Iglesia no fuera como es, yo no tendría lugar en ella. Si el Señor hubiera esperado a que fuéramos santos para llamarnos, nunca habría llegado ese momento. Así que decidió llamarnos como éramos y como somos, para ver si así nos dejamos santificar. Al mirar a la Iglesia, muchos se sienten desilusionados. ¡Hay tanta mediocridad y tanto pecado! Pero, al mirar a la Iglesia, me siento muy animado: estoy en compañía de los que son como yo, pecadores tocados por la gracia de Dios, que luchamos cada día para no pensar y vivir según la sabiduría de este mundo, sino según la inmensa y rica sabiduría de Dios.

«Y tú, ¿Quién dices tú que soy yo?». No me digas lo que pensaban tus abuelos, o tus papás, o tus maestros o catequistas... Dime tú: **¿Quién soy yo para ti?**

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 7-9): *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir.*

Salmo (62, 2.3-4.5-6.8-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12, 1-2): *No os amoldéis a este mundo.*

Evangelio (Mateo 16, 21-27): *Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y me siga.*

Para Jesús, la opción es solo una y definitiva: “*hacer, en todo, la voluntad de Dios*”. Esa es su sed, su hambre, el fuego que le consume. Hay cosas que no se pueden comprender si no se han experimentado de alguna manera. San Bernardo decía que “*hay quienes saben mucho de Dios y hay quienes lo han experimentado*”. Y recomienda escuchar a los sabios, pero creer a los expertos.

Jesús no solo sabe cosas acerca de Dios, sino que lo ha experimentado. Es la razón misma de su existencia, el fuego que le devora, la pasión que lo alimenta. Sin duda, podemos asegurar que nadie ha vivido esa experiencia de manera igual. Pero, al mismo tiempo, tenemos que afirmar que muchas otras personas también supieron y saben lo que eso significa; por ejemplo, los profetas.

Los profetas se nos presentan de muchas maneras y con estilos muy diversos: **Oseas**, el enamorado de su infiel esposa, que reconoce el amor divino por su pueblo infiel y comparte en su propia vida el sufrimiento de Dios que se le revela como amante traicionado; **Amós**, el antiguo pastor y cultivador de higos, que se vuelve guía obstinado, a veces hasta agresivo, de un pueblo que no quiere cultivar la justicia; **Ezequiel**, el sacerdote profeta de la esperanza en medio del cautiverio; el sublime **Isaías** y los que siguieron escribiendo en su nombre, cuyas palabras nos deleitan de tantas maneras y cuya profundidad nos emociona.

Y junto a otros muchos más, **Jeremías**, el profeta sufriente. Dotado de una sensibilidad extraordinaria, Jeremías prefiere no ser profeta; se excusa ante la invitación de Dios, pero, no le queda otra que aceptar la llamada y convertirse en el portavoz del mensaje de Dios en medio de un pueblo asediado, hambriento, desesperado, abatido y, por último, derrotado. ¿Cómo hablar de Dios en medio de todo eso? ¿Cómo vivir a contracorriente de los demás todo el tiempo?

Jeremías no dice sus oraciones: “*las grita*”. Creo que eso lo hace más cercano a muchos de nosotros, al menos en algunos momentos de la vida. El profeta grita porque se siente como engañado por parte de Dios: *«Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir»*. Yo no quería entrar; tú me metiste, y mira el resultado.... ¿Oración? ¿Queja? ¿Acusación? Quizás haya algo de todo eso. Se descubre como objeto de burla, el hazmerreír del pueblo. Él que lo único que quería era llevar una vida tranquila y en paz.

La experiencia de Dios es experiencia de ese fuego ardiente e incontenible, de esa seducción que se disfruta, de esa realidad imposible de olvidar. Los profetas vivieron con ese fuego en sus huesos. No fueron personas anodinas, sino apasionadas, muy apasionadas. ¿Sientes tú esa pasión en tu vida? ¿Sientes un hambre insaciable en tus entrañas? ¿Sientes ese fuego ardiente e incontenible en lo más íntimo de ti mismo? Si aún no lo sientes, pide esa gracia.

«El discípulo no es más que su maestro» (Mt 10, 24), les había dicho Jesús a sus discípulos en más de una ocasión. Y, ahora, a Pedro le dice *«ponte detrás de mí»*. Los exégetas, los estudiosos de la biblia nos dicen que este texto traducido tradicionalmente como “*apártate de mí vista*” es en realidad *«ponte detrás de mí»*. Pedro no quiere aceptar el seguimiento tal como lo propone Jesús. Quiere ser él el que indique el camino. ¡Cuántas veces queremos que la vida sea lo que nosotros deseamos que sea! ¡Cuántas veces queremos que la vida cristiana sea lo que nosotros deseamos que sea!

El seguimiento que propone Jesús conlleva un estilo de vida fundamentado en el servicio, vaciado de todo poder. *«El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor»* (Mt 20, 26-27). Les había dicho muchas veces. El seguimiento que exige Jesús busca ser fiel a la voluntad del Padre. *«He venido –les dirá– no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 6, 38). La vida de Jesús transcurrirá siempre por este sendero de fidelidad y gratuidad.

Los discípulos no comprenden. Sus aspiraciones son otras. Solo tras el fracaso de la cruz, cuando ya no cabía esperar nada, la resurrección les alcanzó como un golpe de luz. Será entonces cuando comiencen a comprender el misterio de Jesús. *«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»* (Mt 24, 32).

La actitud de Pedro refleja nuestro modo de situarnos ante Jesús. ¡Qué difícil nos es permitir que Dios sea Dios! Queremos un Jesús a nuestra medida, un Dios que se ajuste a nuestras necesidades y deseos. Muchas de nuestras oraciones son para pedirle que haga lo que nosotros deseamos. *«Ponte detrás de mí»*, nos dice Jesús otra vez. Cultivemos en nosotros la actitud propia del discípulo que sabe que Jesús es el Maestro; la actitud de dejar que Dios sea Dios.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33, 7-9): *Te he puesto de centinela.*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 8-10): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Mateo 18, 15-20): *Donde dos o más están reunidos en mi nombre.*

Nos hemos acostumbrado a ignorar al prójimo y a pensar que nada tiene que ver con nosotros. Incluso hay ocasiones en las que lo tratamos como a un competidor o un rival. Sin embargo, Jesús, en el Evangelio, nos llama a implicarnos con toda persona, especialmente con quienes forman parte de la comunidad cristiana, y no solo en asuntos materiales o ante situaciones de necesidad básica, sino en todas las situaciones de su vida, naturalmente, respetando siempre su libertad. Jesucristo nos pide que no pasemos de largo ante el hermano y que curemos sus heridas. En ocasiones las heridas son fruto del pecado, de una decepción, o de una decisión errónea, otras son fruto del azar... en cualquier caso, son heridas que piden nuestro compromiso y atención.

Al profeta Ezequiel, el Señor le dice que debe comunicar al pueblo la Palabra que escucha. No pone en cuestión la conducta del pueblo, sino la conducta del profeta. A pesar de que, no era Ezequiel el que tenía la conducta errada, sino otras personas de la casa de Israel. Pero si el profeta se daba cuenta de eso, el Señor le pedía que se hiciera corresponsable con Él, a fin de amonestarles y ayudarles a corregir su mal camino.

Corregir a los demás es una tarea bastante ingrata. Si esto fuera mera información, un cierto dato anecdótico, para nosotros las cosas seguirían en calma. Pero el asunto se nos complica porque cada uno de nosotros, los cristianos, hemos sido ungidos desde nuestro bautismo para ser, junto con Jesucristo, sacerdotes, profetas... ¡Sí!, profetas. Hemos sido ungidos con el crisma bautismal, y la mayoría, además, hemos sido confirmados en nuestra vocación filial con el don del Espíritu. Sin duda alguna, conocemos la Palabra de Dios, al menos lo suficiente como para sentirnos implicados por ella y animados a tratar de comunicarla a los demás.

Nuestra presencia en la liturgia dominical, la participación del Pan único y partido, debe desembocar en la misión de salir a compartir la riqueza de los dones que Dios nos ha regalado con sus sacramentos. Instruidos, pues, por su Palabra, tenemos el doble reto de ir ajustando nuestra vida a ella y de ir comunicándola en donde sea preciso. Es claro que quien va por mal camino tiene su responsabilidad personal. Pero el cristiano que sabe que alguien va por un camino equivocado y no hace nada por ayudarlo a corregirse se hace cómplice de esa mala conducta. Si esa persona no hace caso de nuestra advertencia, es su responsabilidad. Pero si nosotros preferimos no decir ni hacer nada, entonces también es responsabilidad nuestra.

Dios no nos llamó a ser jueces de los demás, sino agentes de su misericordia y de su perdón. Nos ha puesto como “centinelas” y eso implica que debemos tener el valor de hablar con el que yerra, buscando siempre su conversión, su salud y su vida. Si procedes así, le dice a Ezequiel, *«habrás salvado tu vida»*. Jesús, en el evangelio va más lejos. No es solo cuestión de salvar tu vida, sino de salvar la vida del otro, la del que se ha equivocado: *«Habrás salvado a tu hermano»*. Humanamente siempre será más fácil ignorar los errores del otro si no nos afecta demasiado. Pero así no le ayudaremos a salvar su vida. Será más fácil criticarlo, será posible denigrarlo ante los demás, será más cómo despreciarlo y alejarnos de él, pero de ese modo no salvaremos su vida. Y quien sabe si, actuando así, no estaremos levantando obstáculos para que Dios salve la nuestra.

Todo lo que hacemos tiene su eco en el corazón del mismo Dios. “Atar y desatar” no se queda en una acción puntual, sino que repercute “en el cielo”, junto a Dios. Cada uno de los miembros de la comunidad cristiana estamos llamados a vivir en el amor y a ejercerlo con el hermano. El otro no puede quedar desatendido u olvidado sea cual sea su situación. Son muchos los que, por diversos motivos, viven ajenos a la comunidad cristiana y a la fe. Algunos estuvieron y, hoy, por distintos motivos, no lo están. Otros no han conocido a Jesús o no han participado nunca de la comunidad cristiana. También hay quienes, aun participando y asistiendo a la Iglesia, viven un cristianismo ritual, anclado en el cumplimiento y en los formalismos. También son hermanos nuestros. ¿Qué podemos hacer por ellos? ¿Cómo invitarlos a renovar la fe? ¿Cómo lanzar una propuesta que los ayude a encontrar su sitio? Queremos curar heridas y abrir las puertas de la comunidad cristiana para que todos sientan que tienen un sitio junto al Señor.

El Señor nos invita a actuar en su nombre y a tomar conciencia de que somos parte del misterio de amor de Dios sobre nuestro mundo y sobre cada persona. Él cuenta con nosotros y nos encomienda su misión. Actuamos en su nombre y tenemos la certeza de su presencia en la comunidad cristiana..., incluso en la más pequeña comunidad cristiana, Él está allí, en un grupo de dos o tres, de veinte o treinta... de cientos. Y por supuesto, la oración por nuestros hermanos y por el prójimo... nos lo dice el mismo Jesús: *«Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, se lo dará mi Padre del cielo»*.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 30 – 28, 7): *Perdona la ofensa de tu prójimo.*

Salmo (102, 1b-4.9-12): *«El Señor es compasivo u misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia»*

2ª lectura (Romanos 14, 7-9): *Si vivimos, vivimos para el Señor.*

Evangelio (Mateo 18, 21-35): *No te digo hasta siete, sino a hasta setenta veces siete.*

Nuestra humanidad no se deja transformar plenamente y se rebela. Y así, a veces sin querer y a veces con pleno conocimiento y plena libertad, nos lastimamos unos a otros. Me parece claro que todos avanzamos por la vida con cicatrices y a veces con heridas abiertas. Unas han sido efecto de las refriegas normales del crecimiento, pero otras, se nos han infligido de manera más o menos consciente. No somos pocos los que, hablando en alguna conversación privada, decimos o nos dicen, a veces hasta con lágrimas en los ojos: “Eso no lo puedo olvidar”, o bien: “Eso no lo puedo perdonar”.

¿Olvidar? Por supuesto que hay cosas que no se pueden olvidar. Y hay ofensas que nos han calado tan hondo, nos han hecho tanto daño, que será imposible poderlas olvidar. Hasta el final de nuestros días, esas memorias se revolverán en nuestro corazón, y nos harán sentir nuevamente la rabia, la impotencia al no poder rehacer nuestra historia, volver atrás y corregir esos momentos, borrarlos y librarnos para siempre de su recuerdo.

Pero no, no se puede olvidar. Y nadie nos puede pedir eso. Tampoco se puede regresar en el tiempo. Tenemos que aprender a vivir con esa cicatriz que a veces nos vuelve a doler. Cuanto más grave es la ofensa, tanto más difícil es el perdón. Mi mente se siente inundada por las preguntas: ¿Por qué lo debo perdonar? Si está arrepentido de veras, puede ser, pero ¿y si no es así? ¿Y si reincide una y otra vez? ¿Y si me toma la medida? ¿Y si no se lo merece? Mientras más lo pienso desde el ángulo de mi ofensor, menos me parece que deba perdonarlo. Pero, por otra parte, no perdonar es vivir con el rencor. Es permitirle al odio que se adueñe de mi corazón. Es amargarme la existencia a mí mismo.

Y si empiezo a pensar en mí, veo que me es más conveniente perdonar. Tal vez perdonar sea regalarle al otro algo que no se merece, pero sobre todo es regalarme a mí mismo algo que necesito para poder vivir en libertad.

Mientras yo no perdono, mi corazón estará atrapado en las redes del rencor y cuando perdono de veras, mi corazón recuperará su libertad. Quizás esta sea ya una razón suficiente para hacer un esfuerzo por perdonar a quienes nos ofenden, el número de veces que sea necesario.

La clave del mensaje que la Palabra de Dios nos trae en este domingo es el perdón, el discípulo de Cristo se tiene que distinguir por su capacidad de perdonar, la comunidad de discípulos, la Iglesia, tiene que ser una comunidad donde reine el perdón entre todos sus miembros, pues si el mandamiento nuevo es el mandamiento del amor, el primer paso hacia el amor es el perdón.

Veámos en la primera lectura que ya en las sentencias de los sabios del AT contenidas en el libro del eclesiástico son una exhortación al perdón, pues el rencor y la ira son cosas de pecadores. Quien no es capaz de perdonar, cae en la venganza y el vengativo no pertenece a la sabiduría de Dios. El sabio es el que es capaz de perdonar, nos recuerda la primera lectura: *«Perdona la ofensa a tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas»* y esto nos lleva indudablemente a la oración de Jesús: *«Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden»*. No se puede ser discípulo de Jesús si alimentamos el rencor y el odio.

Jesús, en este mismo evangelio, anuncia a Pedro que es la piedra sobre la que edificaré mi Iglesia, la Iglesia se está edificando y es Jesús quién la edifica y en este capítulo 18, el evangelista está dando las claves que da Jesús para la construcción, la edificación de la comunidad. Una de estas claves, quizá la más importante es el perdón. Pedro se dirige a Jesús: *«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces?»*. Pregunta para superar la medida de los rabinos que admitían perdonar hasta tres veces. Como el número siete indica plenitud, lo que pregunta Pedro es: ¿hay que perdonar siempre? Jesús va más allá y le corrige: *«hasta setenta veces siete»*, ahora ya no es cuestión de cantidad sino de calidad, es perdonar siempre y totalmente, incluso sin esperar el arrepentimiento.

Con esta parábola del siervo cruel, el evangelista nos hace ver la grandeza del amor de Dios. Vemos como Jesús siempre ofrece el perdón, antes que nada, antes incluso del arrepentimiento, recordemos los casos del paralítico descolgado por el tejado o la historia de Zaqueo. Jesús ofrece el perdón y este produce la conversión, es el hacer visible el modo de ser de Dios. La bondad de Dios es, antes que nada; su amor es, antes que nada.

Esta conversión que nos produce el amor de Dios no puede limitarse a una actitud interior nuestra, sino que tiene que traducirse en que también nosotros tenemos que perdonar sin esperar nada a cambio nuestro perdón tiene que ser total, incluso antes de que nos pidan perdón. Porque el mensaje de Jesús en esta parábola no es que Dios actuará según actuemos nosotros, sino que nosotros tenemos que actuar como Dios actúa con nosotros. Quizá podemos concluir con la frase de las bienaventuranzas: sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 6-9): *Vuestros caminos no son mis caminos.*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 1, 20c-24.27a): *Lo importante es llevar una vida digna.*

Evangelio (Mateo 20, 1-16): *Los últimos serán primeros.*

Si convirtiéramos en hipótesis de trabajo la parábola que hoy nos cuenta Jesús, no lograríamos la aprobación del administrador de la empresa. Es una falta de previsión esa sucesiva contratación a cualquier hora de jornaleros. A nadie se le ocurre depender tan fuertemente de trabajadores eventuales. Y ¿Cómo retribuir a todos por igual si unos han trabajado toda la jornada y otros solo una hora? Para que hacer más difícil el “*clima laboral*” procediendo de una manera a todas luces injusta. ¿No se daba cuenta de que su proceder iba a dificultar las relaciones laborales y traería también problemas a los demás propietarios?

Aunque tenga razón en eso de que puede hacer con su dinero lo que mejor le parezca, cosa que está por probarse, su manera de actuar fomenta una disparidad social y es un agravio a los derechos de los primeros trabajadores. ¿En otra futura ocasión, los obreros no querrían ir temprano a trabajar, pues, al fin y al cabo, lleguen a la hora que lleguen, todos recibirían la misma paga? Nuestra mentalidad se rebela. Inmediatamente sentimos simpatía por los quejumbrosos que trabajaron toda la jornada, sentimos que, de alguna forma, sí se comete con ellos una injusticia. Es cierto que se les da lo que les había prometido, pero a los demás les da más de lo que se merecían. Definitivamente, parece que Jesús no estaba al tanto de las teorías de gestión empresarial ni de la sana administración de un negocio, aunque este fuera familiar.

Pero, la parábola nos está diciendo que en el Reino de los cielos lo que rige es la gratuidad. Dios, nos ha llamado sin esfuerzo alguno de nuestra parte, nos invita a una misión, “*un trabajo*” en donde otros muchos ya se han desgastado antes que nosotros, y nos premia con su “*celestial denario*”; no conforme a nuestros méritos, sino conforme a su gran misericordia.

Definitivamente, Isaías tenía razón al transmitirnos la Palabra del Señor: *«Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»*. Tenemos que estar agradecidos por eso, ya que, si los planes del Señor fueran como los nuestros, Él se conformaría con no violar la ley, y nuestra retribución sería conforme a nuestro trabajo. Y si sus caminos fueran como nuestros caminos, no sabría abrir su corazón a la misericordia, a la bondad y a la compasión.

La experiencia humana es muy sensible a la justicia. Todos sentimos mucho que alguien nos haga una injusticia, cuando nosotros estamos convencidos de que se ha actuado arbitrariamente, siendo nosotros los perjudicados. Somos muy sensibles a nuestros derechos. ¡No hay derecho a que me hagan esto, es una injusticia que no se puede tolerar! Por otra parte, si nos centramos en nuestra fe en Dios, que es bueno, creador, dador de vida..., decimos de él, que es “*justo*”; que “*no tolera las injusticias*”. A él apelamos para que imparta justicia en medio de un mundo donde los derechos de los más débiles o pobres son continuamente pisoteados. Tal como dice el salmo de hoy, *«El Señor es justo en todos sus caminos»*. Si no fuera así, no sería Dios.

La dificultad no está en el primer punto de estas palabras, sino en el siguiente: ¿qué entiendo yo por justicia? ¿Puedo obligar a Dios a que actúe con mis criterios? ¿Puedo exigirle que tenga por justo lo que yo considero justo? Una distinción clásica, que debemos repetir, es que la justicia romana busca la equidad y la reparación (el dar a cada uno lo suyo), pero es distinta a la justicia bíblica. La justicia del Dios que se nos revela en la Biblia es la de la alianza: Dios hace una alianza con Israel y le pide que observe sus mandamientos para que viva. Israel es de corazón duro y desobedece; Dios lo amonesta y lo corrige; le pide de nuevo, una y otra vez, que vuelva a la alianza. La justicia de Dios, según la Biblia, va de forma inseparable junto a su misericordia, su fidelidad, su paciencia: Dios quiere la salvación, no quiere el fracaso de las personas. El mayor don que nos da Dios es Él mismo y su Reino: el conocer a Dios, el descubrirlo en nuestra vida de forma salvadora, en trabajar por el Reino, es lo mejor que nos puede suceder.

Como consecuencia de esta segunda parte de la reflexión, viene la tercera: ¿entonces para qué ser bueno, para qué esforzarse, si la justicia de Dios no busca las normas estrictas y mensurables de la equidad? Dios es siempre mayor que nosotros, en su amor, en su misericordia, en sus caminos. Con frecuencia queremos que él nos siga a nosotros, a nuestros criterios, porque no estamos dispuestos a aceptar los suyos. Los creyentes son los que han conocido a Dios, su salvación, esa es su alegría y su paga: Dios hace justicia con ellos concediéndoles el don precioso de la fe en esta vida y la esperanza en la vida futura. ¿Qué tesoro es mayor que el haber conocido a Dios y vivir en su presencia? Por eso se tienen que alegrar de que una persona, que ha desconocido en su vida a Dios (los jornaleros del final del día), aunque sea al final, en la última hora de su vida, también lo abrace en la fe. Un cristiano no puede “*medir*” con las varas que no pertenecen al evangelio. El cristiano se alegra de los trabajadores de la última hora. Es un evangelio que pica, “*que escuece*”, pero es el evangelio.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18, 25-28): *No es justo el proceder de Dios.*

Salmo (24, 4-9): *«Recuerda, Señor, tu ternura»*

2ª lectura (Filipenses 2, 1-11): *Manteneos unánimes y concordes con un mismo amor.*

Evangelio (Mateo 21, 28-32): *¿Quién cumplió la voluntad del padre?*

La rivalidad y la presunción pueden ser motivaciones muy poderosas para actuar. No creo sea necesario hacer un profundo examen de conciencia para darnos cuenta de que muchas de nuestras acciones están motivadas por la rivalidad o la presunción: sentirnos más importantes, más eficientes, más capaces que los demás... Poder presumir de nuestros logros o, al menos, de nuestra dedicación y nuestra entrega... Poder contar las horas que invertimos, los esfuerzos que hacemos, la agudeza que empleamos, las influencias que movemos, la admiración que despertamos...

¿Y la rivalidad? Pues también, muchas cosas las hacemos para triunfar sobre los demás, para ganar nuestras “batallas” reales o imaginarias, para demostrar que somos más fuertes... Hemos desarrollado un extraordinario sentido de la competencia, pero no para hacernos más competentes, sino más competitivos. Y, por alcanzar el triunfo, muchas veces dejamos sembrado el camino con las víctimas de nuestra ambición.

El camino cristiano pasa por el testimonio, el anuncio, la persuasión y, cuando es posible, la confrontación. Pero siempre buscando el bien del otro, que es la premisa que nunca debemos perder de vista. Confrontar es un arte muy difícil de dominar, no consiste en ponerse frente a frente, sino en ayudar a alguien a ponerse frente a su realidad, al menos hasta donde nos es posible percibirla y entenderla. Hay muchas maneras de abordar a una persona cuando se la quiere confrontar, pero se tiene que tener presente que lo que se busca es siempre el bien del confrontado. Si quiero su bien, debo aprender a confrontar y, eso no es fácil, sino un arte que requiere un lento aprendizaje; es una destreza que se aprende poco a poco.

En el pasaje que nos presenta hoy Mateo en el evangelio, Jesús hace gala de su capacidad de confrontación. Se encuentra con los sumos sacerdotes y los ancianos, ni más ni menos que las mayores autoridades del pueblo de Israel. Obviamente, Jesús respeta a esas personas, pero no está de acuerdo con algunos aspectos de su comportamiento. Queda fuera de lugar toda forma de amenaza o burla. Sin embargo, hay algo importante que deben reconocer: ellos no creyeron a Juan Bautista, mientras que muchas otras personas a las que ellos desdeñaban por su mal comportamiento: publicanos y prostitutas, si le hicieron caso y corrigieron sus caminos. Esos van más adelante que los que son los líderes oficiales del pueblo y la religión. Para hacerles ver esto, Jesús recurre a la confrontación, mediante una sencilla narración de la vida cotidiana.

Dijo Benedicto XV que **«no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo sentido a la vida y, con ello, una orientación decisiva»** (*Deus caritas est*, 1). Esto es seguir a Jesús. Hablamos de un encuentro que Dios Padre, nos habla a cada uno de nosotros, en todo tiempo y lugar. Porque es un Padre que habla, nos espera, y se echa a correr en cuanto nos ve volver.

Lo dice Ezequiel: en medio de lo ambiguo de la vida, o quizá precisamente por ello, Dios nos ha hecho libres y apela a que le demos una respuesta, a la responsabilidad de lo que somos y hacemos. En la vida elegimos un camino de relación, de apertura, de bien, o un camino que nos aísla de todo y de todos, un camino de mal. Elegimos un modo de vivir. Pero hemos de darnos cuenta de que nada es imparcial: cada acción favorece el bien y la vida, o la cerrazón y el mal. Y si optamos por la segunda, aún ahí está Dios Padre, ayudándonos al cambio. No, no es injusto el proceder de Dios. Nos ha hecho capaces de responder y elegir.

El amor de Dios con nosotros no es ahora sí y luego no. Es un amor entregado y para siempre. Un amor eterno, con ternura de Padre y de Madre, que no nos hace pequeños, nos hace caminar –porque Dios nos quiere vivos, de pie, en movimiento, haciendo camino al andar– erguidos con dignidad. **«Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna, haces caminar a los humildes con rectitud y enseñas el camino».**

Estamos llamados a vivir siguiendo a Jesús, el Maestro. Seguirlo en comunidad, en Iglesia. Sin renegar ni descafeinar en nada su mensaje de esfuerzo, humildad, comunión y entrega, su mensaje ¡de Cruz! Un mensaje que casi siempre choca con nuestros intereses y deseos. Y ahí es donde queremos mirar: a Jesús que no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se abajó, se hizo nada y esclavo para enseñarnos a vivir y servir, a servirnos unos a otros. Jesús es nuestro ejemplo para gloria de Dios Padre, para la vida del hombre.

¿Qué os parece? Llamados a la vida quizá no acogemos la llamada. Invitados a trabajar en la viña nos quedamos entre los abrojos del camino. Como hijos de Dios estamos llamados a trabajar en el mejor terreno, en el mundo, para dar testimonio de amor y de entrega a favor de las gentes, para dar frutos de verdad. Porque Dios nos llama, nos trae y convence: somos servidores que queremos responder. Queremos servir convencidos, como Jesús, porque nos sabemos en sus manos y esto nos hace responder con libertad. Dios nos llama a participar de su viña. Ojalá siempre sepamos responder.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5, 1-7): *Esperaba que diese uvas, pero dio agrazones.*

Salmo (79, 9.12-16.19-20): *«La viña del Señor es la casa de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4, 6-9): *Lo que aprendisteis y recibisteis, ponedlo en práctica.*

Evangelio (Mateo 21, 33-43): *La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.*

No sé si es inevitable, pero al menos es muy común ese estado anímico en el que se entremezclan la impotencia, la frustración, la rabia, la desolación y la tristeza, y que, ante algunas circunstancias, el problema se expresa en esta desconsolada expresión: “**¿Qué más podía yo hacer?**”.

*“Lo rodeamos de cariño desde su nacimiento, nos preocupamos que no le faltara de nada, lo enviamos a los mejores colegios que nos fue posible, procuramos que tuviera buenos amigos, lo animamos en sus dificultades y problemas... y de todos modos está sumido en la drogadicción y los males que le siguen... **¿Qué más podíamos hacer?**”.*

*“Trabajé con dedicación y constancia, les entregué más y más horas, asistí a todas las reuniones que me pidieron, tomé los cursos que me indicaron, busqué generar un buen ambiente laboral, nunca les causé un problema y, a pesar de todo, me despidieron de modo totalmente arbitrario... **¿Qué más pude hacer?**”.*

*“La quise con todas mis fuerzas, traté de ser amable y cortés, me interesé por su familia, le hice conocer a mis amigos, le regalé lo que estubo a mi alcance y a veces aún más, y acabó diciéndome que no estaba enamorada de mí y me dejó por otro... **¿Qué más podía yo hacer?**”.*

“¿Qué más pude hacer?” No es una pregunta en busca de información, sino la expresión de ese manojito de sentimientos que quisieran ser rabia y acaban por ser tristeza y desilusión.

Isaías canta en nombre de su amado una canción para su viña. Es una canción con tintes muy humanos. Ahí se reflejan los sentimientos apenas descritos. El amado es YHWH, el Señor, y la viña es su pueblo. Dios hizo cuanto pudo por cultivar su viña, pero esta no dio buenos frutos. Él esperaba justicia y solo cosechó reclamos. **¿Qué más podía hacer?”.**

El Todo-poderoso aparece aquí como nada-poderoso, porque se topa con la libertad del hombre, usada de manera equivocada. Dios ha hecho todo lo que ha podido, pero sucede que, a diferencia de un viñedo y de sus vides, la casa de Israel y la nueva casa que es la Iglesia está formada por seres humanos que pueden escoger entre producir uvas buenas o agraces, obras buenas o inicuas, actuar con justicia o vociferar sus reclamaciones... **¿Qué más podía Dios hacer?”.**

En la cultura agrícola mediterránea la viña forma parte de los árboles míticos y simbólicos junto con la higuera y el olivo. La presencia de la viña en los textos bíblicos se remonta al mismo Noé, que plantó una viña y bebió su vino. Los profetas y los salmos ven en la viña (primera lectura y salmo de hoy) un símbolo del pueblo de Israel. Dios es propietario y agricultor. La viña exige mucho trabajo: poda de los sarmientos, limpieza de las hierbas de cada cepa, escarda de los pámpanos en primavera, vendimia esmerada en otoño. El agricultor no escatima recursos y espera pacientemente el tiempo de la cosecha.

La viña es una imagen muy rica para explotar su simbología. Los racimos pueden ser muy pequeños o hermosos; la uva puede ser dulce, pero también se puede pudrir. Con ella se puede elaborar un vino sabroso y elegante, o también puede convertirse en vinagre. Una misma viña pasa por diferentes etapas en su vida. No es difícil hacer la trasposición a la vida de las personas, sean cristianos o no. La sabiduría popular sentencia: *“obras son amores, y no buenas razones”*; o lo que es lo mismo, creemos y nos fiamos de los comportamientos de las personas en momentos delicados, de las actitudes que se hacen realidad y no de las palabras huecas, altisonantes, hinchadas. Que no conducen a nada.

El evangelio da un paso más. Siguiendo la estela de la viña, distingue ahora entre el propietario y los trabajadores a quienes se les ha confiado. No se discute la propiedad y los derechos del dueño. La escena se focaliza en las actitudes retorcidas, incluso violentas, de unos jornaleros. El narrador plantea una violencia creciente que va desde las palizas a los criados que reclaman los frutos del propietario, hasta la muerte del hijo heredero. De forma simbólica Jesús plantea la responsabilidad de Israel a lo largo de la historia y su comportamiento. No solo no han sido buenos administradores, sino que además han actuado violentamente contra el Hijo enviado.

El pueblo de Israel no puede reclamar unos derechos a perpetuidad por ser el *“pueblo elegido”* independientemente de su actuación. El evangelio de Mateo es muy duro con Israel, pero hace un *“aviso para navegantes”* por si alguien quiere entender. ¿No puede pasar lo mismo con el Nuevo Pueblo de Dios, con la Iglesia? ¿No podemos repetir los mismos errores de Israel cerrándonos a lo que pide Dios de nosotros? El evangelio tiene una doble lectura: la importancia de los frutos, y también la prevención ante las falsas seguridades.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25, 6-10a): *Aquí está nuestro Dios.*

Salmo (22, 1b-6): *«Habitaré en la casa del Señor por años sin término»*

2ª lectura (Filipenses 4, 12-14.19-20): *Dios proveerá a todas vuestras necesidades.*

Evangelio (Mateo 22, 1-14): *Tengo preparado el banquete. Venid a la boda.*

Es muy agradable recibir regalos. Sobre todo, esos regalos inesperados con que algunas personas saben alegrarnos la vida. Son momentos de felicidad, en los que el corazón se alborozaba y faltan las palabras para agradecer lo recibido, sobre todo cuando se sabe que es totalmente inmerecido.

Pero es muy diferente necesitar ayuda en una situación de apremio. Aquí no se trata de un regalo que se espera, sino de un remedio que se necesita. No solo no es agradable estar en esa situación, sino que sentimos que nos humilla de alguna manera. Hallarnos en esa situación es un signo inequívoco de que dependemos de la buena voluntad de otros.

El Señor nos ofrece muchísimo más de lo que nos atrevemos a pedirle. Como ejemplo tomemos el texto de Isaías que la liturgia nos ofrece hoy. Dios no ofrece a su pueblo una ayuda para salir de sus necesidades; más bien, les anuncia un regalo extraordinario que será suyo “*en aquel día*”. El día de Dios, Él mismo nos preparará **«un festín con platillos suculentos, un banquete con vinos exquisitos y manjares sustanciosos»**. Un banquete que estará dispuesto no solo para Israel, sino para todos los pueblos. “*No más lágrimas, ni más humillaciones; no más confusión, ni más muertes*”. El regalo prometido es excesivo.

Los preparativos de una celebración precisan preparar un conjunto de elementos previos y de invitaciones que habrán de ser cursadas con cuidado sin dejar a nadie excluido, eso resultaría muy descarado por la afrenta que se causa. Aunque, también, rechazar la invitación o expresar una excusa falsa, es motivo de enfado y humillación.

La imagen sirvió, desde muy antiguo, para significar la relación de Dios con nosotros ya en el presente y de cara al futuro. Dios, que nos ha regalado tanto como la vida y el mundo, nos convoca a celebrarlos ahora y lo hará al final de los tiempos.

La invitación toma caracteres de fiesta inmensa a la que termina siendo convocado todo el mundo. En ella, como en todas las fiestas, unos encontrarán más alegría, otros, afectados por algún dolor próximo, encontrarán consuelo para remontar sus horas bajas, otros, que se creían excluidos, verán cómo son admitidos y queridos, otros experimentarán la enorme alegría de reencontrar personas recordadas con cariño y largamente no vistas.

La imagen causó tal impacto que ha sido muy celebrada y recurrida para hablar de lo que no es posible hablar, de ese futuro que está más allá de nuestros propios límites, al que no tenemos acceso visual ni conceptual, pero por el que sentimos una tremenda y anhelante curiosidad.

Hoy, en el evangelio, Mateo, llevado de una búsqueda de religiosidad sincera, la dirige no tanto al aspecto universal de la invitación, que en Jesús está fuera de toda duda, sino al uso discriminador y posesivo que algunos creyentes, ya en su tiempo, hacían de esta imagen. Nos advierte: ¡Cuidado! Que algunos, por no juntarse con otros a los que tienen excluidos en sus afectos personales, pueden no querer aceptar una invitación por no mezclarse con quienes ellos, solo ellos, consideran indignos de entrar en esa fiesta.

Jesús nos dice que el banquete de bodas ya estaba preparado, y los invitados lo sabían muy bien. Un banquete así no se improvisa, y menos cuando se trata del banquete de bodas del hijo del rey. No hay manera de ignorar tal acontecimiento ni de disculparse ante una invitación de ese nivel. Y, sin embargo, resuena varias veces la terrible palabra “*no*”. ¡Los invitados no quisieron ir!, y a los emisarios “*no*” les hicieron caso. El rey anuncia que habrá que invitar a otros, pues los primeros invitados “*no*” fueron dignos.

Ahí estará el Señor, ahí estará el banquete que nos prepara, ahí estará no la ayuda ocasional, sino el regalo de la salvación definitiva, pero siempre se halla en juego la libertad de los invitados, nuestra libertad. ¿Escuchamos a quienes nos convocan? ¿Queremos ir? ¿Tratamos de ser lo menos indignos que nos sea posible? ¿No ponemos nuestro mejor vestido de fiesta?

Dios ya ha mandado a sus mensajeros a repartir las invitaciones. Para todos, sin excepción. Que nadie se empeñe en poner impedimentos a otros ni a sí mismos. Para Él no hay unos parientes más dignos que otros, ni amigos más honorables que otros, ni señores más señorones que los demás. No importa el vestido que llevemos o que no tengamos corbata. Todos estamos invitados por igual. Solo una advertencia: ¡Que nadie entre con el vestido de juez o de fiscal! Esos vestidos no tienen entrada en el Reino de Dios. Su función queda restringida al reino de la tierra, de la justicia mundana, de la convivencia legal, de los corazones duros y excluyentes.

En la fiesta de Dios solo se pide un corazón esponjado, abierto, acogedor, suave y enternecido. Si no lo tenemos así, hay que buscar un centro comercial en donde tengan vestidos y corazones de misericordia, compasión, fraternidad y amor para ponérselo rápido no vaya a ser que nos llegue la invitación y no estemos preparados.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45, 1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo (95, 1.3-5.7-10ac): *«Aclamad la gloria y el poder del Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1, 1-5b): *A vosotros, gracia y paz.*

Evangelio (Mateo 22, 15-21): *¿Es lícito pagar impuestos?*

Hay veces que personas y grupos que, aunque se llevan mal, se unen para hacer frente a un enemigo común. Eso fue lo que hicieron los fariseos: celosos de la Ley y ávidos de cumplir hasta sus más pequeños detalles, distanciándose de cuantos pudieran contaminar su estricto apego a las normas legales; y los partidarios de Herodes: descendiente de un intruso en el trono de Israel, gracias a sus manejos políticos, razón por lo que eran mal vistos por el resto del pueblo, y muy especialmente por los devotos fariseos.

Entre ellos mantenían profundas diferencias, relacionadas con la ocupación romana. Los fariseos eran contrarios a la ocupación, los herodianos estaban a favor. Por esta cuestión, no pequeña, se habían convertido en enemigos irreconciliables.

Y, sin embargo, ahí están, juntos. Como suele decirse. “*el enemigo de mi enemigo es mi amigo*”, así que de alguna manera decidieron hacer causa común esperando sorprender a Jesús en una respuesta que a unos o a los otros les diera motivo para descalificar y perseguir a nuestro galileo.

¡Todos hemos visto al mal unirse en contra de personas que hacen el bien! Y hemos visto al mal utilizar la difamación, el engaño, la trampa y todo tipo de artimañas. Jesús no se libró y le lanzan una pregunta: *«¿Es lícito pagar impuestos al César o no?»*. “¡Ya está bien urdida su trampa!”.

Precedida de varios elogios: “*Sabemos que eres sincero... que hablas con la verdad... que nada te arredra... que no buscas el favor de nadie*”, la pregunta trampa está muy bien pensada, es un enredo al que no se le puede hallar fácil solución. Decir que no hay que pagar tributo equivalía a una rebelión contra el orden establecido. Decir que sí había que pagarlo era distanciarse del pueblo, que odiaba a sus dominadores y no quería colaborar con ellos en nada, y mucho menos apoyarlos con su escaso dinero para continuar con la explotación de la que ya eran víctimas.

Para Jesús estaba claro, por eso dice: *«Enseñadme una moneda»*. En una de las caras rezaba esta inscripción: “*Augusto Tiberio César, hijo del divino Augusto*”. En el reverso estaba escrito: “*Sumo Pontífice*”. Esta es mi respuesta: *«Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»*.

La respuesta de Jesús no solo es ingeniosa, sino muy reveladora de la necesidad de congruencia que debemos tener en todas nuestras decisiones y acciones. Desde un punto de vista estrictamente religioso, la política y muchas de sus medidas económicas que conlleva parecen atentar contra la libertad de los hijos de Dios. Desde el punto de vista político, la religión y sus implicaciones en la consciencia de los creyentes se convierten en terreno resbaloso para afianzar su poder y sus medidas de control.

Poe ello, Jesús se refiere, no tanto a la moneda en sí, cuanto a lo que la moneda representa. Del César es “*el poder, la dominación, el sometimiento de los pueblos*”; y de Dios es “*la vida, es el ser humano, es el reino, es la bienaventuranza de la justicia y de la paz*”. Del César es el imperio, de Dios toda la vida. Intereses radicalmente enfrentados, dinámicas absolutamente opuestas. Jesús les había dicho a sus discípulos: *«Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros»* (Mt 20,25). Se entiende que ahora Jesús diga: a Dios lo que es de Dios.

César, es decir, los gobiernos del mundo, deben tener claro que no son dueños de los ciudadanos, sino sus servidores. No, ellos no son nuestro Señor. Pero tampoco la Iglesia o su gobierno son el Señor. Si le hemos de dar al César lo que le corresponde al César, también le hemos de dar a Dios lo que le corresponde a Dios. Ciertamente, Dios no necesita nuestros impuestos. Pero entre lo que Dios reclama están “*la justicia, la sinceridad, la verdad, el amor y muchas otras cosas*”, entre las que definitivamente no entra la hipocresía.

Ojalá que lo que tengamos que entregar al César de turno lo sepa utilizar en bien del pueblo entero y no de su bolsillo o de sus intereses partidistas.

Nosotros, muchas veces, en el fondo de nuestro ser, deseáramos estar a bien con Dios y a bien con el César. Con los dos. Viviendo en los valores del mundo y cumpliendo fielmente las obligaciones religiosas. Pero Jesús nos saca de ese modo tramposo de relacionarnos con Dios y nos lleva a un escenario nuevo. Dios y el César no son dos caras de una misma moneda. Se lo dijo bien claro en otra ocasión: *«No podéis servir a Dios y al dinero»* (Lc 16,13).

Jesús nos pone frente a una elección. La elección sobre cómo vivir la vida, como vivir la fe: ¿cómo quieres vivir, en los valores de lo que el César representa (poder, dominio, riqueza, etc.) o en la dinámica del Dios de Jesús, en la vida que se hace servicio? ¿Cómo quieres vivir la vida cristiana, como un complemento religioso más o como una opción de vida?

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22, 20-26): *Yo lo escucharé, porque yo soy compasivo.*

Salmo (17, 2-4.47-51ab): *«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1, 5c-10): *Ha resonado la Palabra del Señor.*

Evangelio (Mateo 22, 34-40): *Amarás al Señor tu Dios.*

Los fariseos y los saduceos eran personas que pertenecían a dos grupos religiosos de la época de Jesús. Tanto unos como otros, si bien tenían diferencias sustanciales entre ellos, sí que aceptaban ambos la Ley como criterio normativo para sus vidas y para regular la vida del pueblo. Para entender bien este Evangelio, como premisa inicial, debemos decir que los judíos otorgaban a su Ley un valor extraordinario. Para ellos, la Ley era una revelación divina que Dios había entregado a Moisés en el Sinaí. Esa Ley era una Ley religiosa que regulaba la relación del pueblo con Dios y que articulaba también la relación con el prójimo y la convivencia en la sociedad. Es decir, regulaba todo. El judío que amaba a Dios tenía una forma de expresarlo: cumplir la Ley.

No tiene mucho sentido que un doctor de la Ley le preguntara a Jesús qué Ley era la más importante. ¿Acaso no era él un experto en leyes para saberlo? No sabemos cuál era realmente la intención del hombre que preguntó a Jesús, lo que sí sabemos es que esa legislación inicial de 10 mandamientos se multiplicó, con el paso de los años, en una multitud de leyes y de códigos legislativos que regulaban hasta los detalles más nimios. Ante esta multiplicidad de leyes existía el peligro de que se olvidara la ley fontal, la del Decálogo, y hacer de la Ley simplemente un fin en sí mismo: hay que cumplir lo que dice la Ley y ya está. Ese no es el espíritu de la Ley bíblica. La Ley solo era un medio para un fin mayor, que era dar gloria a Dios.

Las Escrituras judías y sus múltiples intérpretes llegaban a un gran número de mandamientos y preceptos de muy diversa índole. No siempre había unanimidad entre ellos, a pesar de que las discusiones se podían llevar a cabo durante generaciones. Los maestros de las grandes escuelas de interpretación fueron adquiriendo prestigio con el tiempo, y los escribas –los teólogos, diríamos hoy- y los doctores de la ley –los canonistas de ahora- buscaban acuerdos. La pregunta del doctor de la Ley va encaminada a que Jesús muestre su preferencia por una u otra de las interpretaciones comunes.

Jesús no trata de ser original en su respuesta, sino que lo que pretende es anunciar de manera adecuada la ley del Reino de Dios. Una ley que no se debe perder en minucias con detrimento de los grandes principios que deben regir la conducta de todos sus discípulos. Sin duda, nos llama la atención que Jesús no se haya conformado con responder cuál es el primer mandamiento, el más importante, sino que añade un segundo “*semejante*” al otro. Un precepto que tiene que ver con las relaciones entre los seres humanos, que deben estar originadas y acompañadas por el amor al otro.

El Señor no se anda con rodeos, formula clara y rotundamente el corazón de la Ley: el amor profundo y sincero a Dios y al prójimo. Es importante constatar que el Señor en esta respuesta no inventa nada que no estuviera ya en la tradición bíblica. Lo que hace es fusionar en su respuesta dos preceptos que ya estaban en el Antiguo Testamento: **«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas»** (Deuteronomio. 6, 4-6a). Y, **«No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciudadanos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor»** (Levítico 19,18).

Estos son el corazón de la Ley Antigua y de la Ley Nueva que representa Jesús. Esta es también nuestra Ley: amar a Dios con un amor no mezquino, no pequeño, sino con un amor grande, pues Él nos ha dado la vida. Amar a quien nos ha amado y nos ha dado la vida, ¿cómo no hacerlo? Y no estamos solos, no vivimos aislados, el otro, el prójimo es nuestro hermano. No solamente debemos consentir al otro, o vivir a su lado, debemos amarlo porque en ello nos va la vida. En este sentido nosotros también tenemos que cumplir esta Ley. Ley que no limita nuestra libertad, sino que busca darnos la felicidad.

Hoy nos parece haber dado un paso importante al hablar de la necesaria “*tolerancia*” hacia los demás, lo cual debería sonar como una reducción inaceptable para los corazones cristianos, que tendrían que sentirse urgidos no solo a tolerar, sino a amar a todos. Pero si la tolerancia nos parece importante e incluso un avance en nuestras relaciones humanas, lo que se manifiesta es que no hemos hecho nuestro el “*segundo mandamiento*”. Más de veinte siglos de evangelización no han logrado desterrar las actitudes intolerantes que prevalecen en el mundo y ni siquiera han conseguido erradicar la intolerancia dentro de la misma Iglesia; su penetración en la conciencia y su puesta en práctica no han avanzado demasiado.

No hagas sufrir... no oprimas... no explotes... no te portes como un usurero... no dejes desprotegidos a los más débiles, a los extranjeros, a las viudas, a los huérfanos, a los pobres... Puede ser que esto nos parezca aún poco comparado con todo lo que tendría que ser el amor al prójimo, como lo formuló Jesús un poco después. Y, sin embargo, ¡cuánta vigencia siguen teniendo estos textos.

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4.9-14): *Estos son los que vienen de la gran tribulación.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *Queridos, ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Estad alegres y contentos.*

¿**Santos laicos?** Si, laicos; si hiciéramos de esta pregunta una afirmación, tendríamos una verdad como un puño. La palabra “*laico*” no es ni buena ni mala, como suele pasar con la mayoría de las palabras de nuestro rico idioma, la han secuestrado y parece que es algo horrible, anticlerical, incluso anti cristiana. Sin embargo, si miramos su etimología, nos dice que tiene que ver con “*laos*”, en griego “*pueblo*”, o incluso en un sentido religioso “*pueblo de Dios*”; nos dice también que es distinta a “*demos*”, que también significa pueblo, pero con otros matices. ¡La etimología nos habla pues, de que el “*laico*” es el “*pueblo de Dios*”! Luego, en un sentido más histórico y sociológico, se usa para distinguir en el “*pueblo de Dios*” a las personas con órdenes sagradas o con votos de las personas que no los tienen: unos son “*clérigos y religiosos*”, mientras que los otros somos “*laicos*”.

Hoy en día al decir “*laico*” parece que lo estamos oponiendo a “*religioso o creyente*”, pero no son dos términos excluyentes, la verdad es que somos muchos más “*laicos creyentes*” que “*curas y religiosos*”. Por eso, en el día de hoy, solemnidad de Todos los Santos, tenemos que reivindicar a los “*Santos laicos*”. Personas que, habiendo vivido en honestidad ante Dios y ante los hombres, sin contradicciones insalvables, sin violencia destruyente, sin oposición paralizante; amando a Dios sobre todas las cosas y amando a los hermanos, son ya santos que están gozando del Reino.

La fiesta de «*Todos los Santos*» así nos lo recuerda. Es la memoria agradecida y provocadora de tantas y tantas personas buenas que han sabido ser cristianos de a pie y santos de a caballo; tocando el barro humano cada día y bendiciendo el nombre de Dios en sus labios. A mí me gusta hablar de los “*santos anónimos*”, que quizás nunca subirán a los altares, pero que son santos de verdad. Hoy me ha parecido mejor llamarlos “*santos laicos*” y reivindicar esta figura en la Iglesia.

Mujeres y hombres, desconocidos para el gran público; personas sencillas y buenas, que gastan su tiempo, su dinero y sus energías en “*hacer el bien sin mirar a quien*”; que lo hacen con una sonrisa en sus labios y que luego, cuando se recogen al final del día, dicen un “*gracias, Dios mío*”, agradecido y sincero.

Los textos bíblicos nos permiten pensar que la santidad no puede limitarse a aquellos santos que consiguen llegar a los altares. Otros muchos que aceptaron el mensaje del evangelio e hicieron de las bienaventuranzas su programa de vida forman la muchedumbre inmensa, que nadie puede contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del Cordero, y que celebran la victoria del Señor: «*Ellos lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero*». No son pues sólo los hijos de Israel, aquellos que habían sido marcados primero con el sello del Dios vivo, sino otros muchos que debieron superar la gran tribulación, los invitados a la fiesta. Todos ellos constituyen el grupo que goza perpetuamente de la presencia del Señor. No importa su nombre, ni su raza, ni sus títulos de nobleza, ni su condición social, a todos se les ha devuelto aquella vestidura blanca, símbolo de inocencia, que recibieron en el bautismo al incorporarse en el grupo de los que buscan al Señor.

Con esa esperanza de llegar un día a verle y conocerle tal cual es, vive todo hombre de manos inocentes y puro corazón. Esa esperanza le mantiene fiel frente a otras alternativas que le brindan los falsos dioses. En ese ejercicio de la virtud, en ese esfuerzo constante por no confiar en las apariencias, va purificando cada día el hombre en su existencia hasta descubrir su condición de hijo de Dios y su destino en el cielo. La fe en Dios-Padre alimenta la esperanza de que su amor no nos abandona y, fortalece nuestro ánimo para afrontar con alegría un programa tan arduo como el que describen las bienaventuranzas.

Para cada día y para cada momento sirve el anuncio de la dicha reservada para los pobres en el espíritu, para los que lloran, para los sufridos, para los que tienen hambre y sed de justicia, para los misericordiosos, para los limpios de corazón, para los que trabajan por la paz, para los perseguidos por causa de la justicia. En cualquier momento en que el insulto o la calumnia nos identifiquen con la causa de Dios, no debemos perder nuestra esperanza de recibir en el cielo la recompensa que aquí se nos niega. Si por defender la verdad no conseguimos el aplauso y la reverencia, e incluso si la verdad es aceptar nuestra responsabilidad y culpa, todavía nos cabe la esperanza de conseguir la vestidura blanca por la sangre del Cordero.

Superar el dolor y la tribulación por un camino que no sea el de la aceptación gloriosa, la que nos enseñó Jesús primero en su propia vida y después en el programa de las bienaventuranzas, es añadir nuevos elementos de confusión y sin sentido en nuestras vidas, incapaces de asegurar a nadie la dicha y felicidad, que sólo es verdadera si lo es también en el cielo.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 1, 14b – 2, 2b.8-10): *Os apartasteis de mi camino.*

Salmo (130, 1.2.3): *«Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 2, 7b-9.13): *Os tratamos con delicadeza.*

Evangelio (Mateo 23, 1-12): *No hagáis lo que ellos hacen.*

Quizás ni nosotros sepamos bien por qué, pero es un hecho que nos gusta mucho marcar las diferencias entre los seres humanos, y nunca nos faltan argumentos para sentirnos superiores a los demás en uno u otro aspecto. **“¿Acaso no tenemos todos un mismo Padre? ¿No nos ha creado el mismo Dios?**, se preguntaba y nos preguntaba el profeta Malaquías. **“¿Por qué entonces nos traicionamos entre hermanos, profanando así la alianza de nuestros padres?** A la visión profética que nos recuerda que todos somos creaturas del mismo Dios y que Él es el padre común, oponemos nuestra convicción de que unos somos mejores, superiores, más dignos o más buenos que los demás y que, por lo tanto, merecemos un trato preferencial por parte de Dios y una atención especial, por parte de los otros míseros mortales.

Cuando Jesús enseña a los suyos, a sus discípulos, a no alardear de magisterio ni de dominio de la ley, lo hace denunciando la enorme hipocresía que reinaba entre los sacerdotes del templo de Jerusalén y los escribas – o sea, teólogos y canonistas de su época- y los fariseos -laicos piadosos en tiempo de Jesús-. Hombres que habían dedicado su vida al estudio y conocimiento de la Ley gozando de una autoridad y prestigio entre el pueblo y que regían prácticamente la vida de los demás.

Jesús no niega el conocimiento que ellos tienen de la ley de Moisés, lo que les discute es la forma de entenderla y sobre todo la forma de urgir su cumplimiento. **¿Cómo es posible que alguien enseñe como urgente lo que él mismo descuida sistemáticamente en su propia vida?** La fuerza de su magisterio y de sus instrucciones no radica en su propia autoridad, sino en la que emana de la misma ley que ellos enseñan. Por eso Jesús no ataca la ley sino el uso indebido que de ella hacen esos personajes. La ley de Moisés es la ocasión para conseguir prestigio y autoridad ante el pueblo, la recitan y urgen cuando ellos mismos saben lo difícil que es llevarla a cabo; lejos de ayudar a la comprensión de la ley, a la aceptación de su fuerza liberadora a través de una pedagogía constante y paciente, la cargan sobre los hombros de los fieles que apenas si llegan a entenderla.

Jesús no tiene reparo en decirnos que hay que hacer lo que nos enseñan, pero no hay que actuar como ellos lo hacen, porque **«dicen una cosa y hacen otra»**. Su crítica se enfoca en actitudes muy comunes no solo en su tiempo, sino en el nuestro. Lo primero que destaca es la afición a interpretar meticulosamente algunos preceptos que después ellos mismos no son capaces de cumplir: **«Hacen fardos muy pesados y difíciles de llevar, y los echan sobre las espaldas de los hombres»**, pero ellos no los quieren mover ni con un dedo. Es decir, ponen exigencias que ellos mismos no cumplen, pero de esta manera agobian la conciencia de los demás haciéndoles sentirse culpables de no cargar con todo lo que les piden hacer.

Se descubre ahí la tendencia muy común de exigir a los demás, pero sin exigirnos a nosotros mismos, de señalar las faltas de los demás para que nadie advierta las nuestras, de culpar a otros y disculparnos a nosotros. Y luego está el afán por los títulos: “maestro”, pedían los escribas y fariseos; “padre”, “guía”, o sea líder, añadía Jesús para sus oyentes. Pero hoy son otros los títulos que buscamos y exigimos: “Señor”, “licenciado”, “doctor”, “don”, “excelencia” y muchos más... Ah, y todos con sus versiones femeninas... Unos títulos van con tintes profesionales, otros de clase o nobleza, otros de posición social, eclesial o económica, etc. Las palabras de Jesús resuenan fuertemente en nuestros oídos: **«¿No somos todos hermanos?»**.

Atribuirse la función de Padre, Maestro o Preceptor, en detrimento de los derechos que a todos los hijos de Dios les pertenecen equivale a usurpar estos títulos que de esa forma carecen de sentido. **«No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo»**. ¡No os dejéis llamar ni maestros ni preceptores!, estos títulos ensalzan a las personas que los ostentan, buscando fama y que los distinguen y saluden por las calles y plazas. El único modo de alcanzar alguna grandeza en el camino que Jesús nos muestra es el del servicio: **«Que el mayor de entre vosotros sea vuestro servidor»**.

¡Qué bien lo comprendió san Pablo! Pues, al escribir su primera carta a la comunidad de Tesalónica, les recuerda: **«Cuando estuve entre vosotros, os traté con la misma ternura con la que una madre estrecha en su regazo a sus pequeños»**. Pablo no se presenta ante ellos con fuerza, con afán de control, con aires de grandeza, sino con una ternura que podría parecer insospechada cuando conocemos otros aspectos de la vida del apóstol. Quiere tanto a los fieles de esa comunidad que no se ruboriza al decirles que les hubiera querido dar no solo el Evangelio de Dios, sino su propia vida. No escatimó esfuerzos ni fatigas, trabajando de día y de noche para no ser una carga para nadie y poder anunciarles el Evangelio con toda libertad. Se hizo de veras servidor de los demás. Entendió perfectamente que no hay más que un solo Dios y Padre de todos.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 6, 12-16): *Radiante es la sabiduría.*

Salmo (62, 2-83): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 4, 13-18): *Estaremos siempre con el Señor.*

Evangelio (Mateo 25, 1-13): *Velad, porque no sabéis el día ni la hora.*

Está ya próximo el final del año litúrgico y como todos los finales del año es tiempo de hacer balance, de ver cuál ha sido nuestra actitud a lo largo de este año. Un año que se recordará en la historia por las catástrofes naturales habidas: incendios, terremotos, inundaciones... Un año donde hemos pasado dificultades, lleno de problemas, dónde ha fallecido mucha gente...

Pero, con la vista puesta en este final de los tiempos, la Palabra de Dios nos invita en este domingo a meditar acerca de las realidades últimas, a meditar sobre el final de los tiempos, a esperar la venida del Señor, sabiendo que este tiempo de esperanza está marcado por ilusiones, alegrías y satisfacciones, pero también por dificultades, problemas e incluso desesperación y sufrimiento, por eso tenemos que estar preparados para esperar la venida del Señor.

En la comunidad de Mateo se esperaba de forma inminente la venida del Señor y, sin embargo, esta vuelta se va retrasando, la gente cae en el desaliento, abandonan la actitud de esperanza. Y, este es el sentido de la parábola de las diez vírgenes, las sensatas permanecen atentas, permanecen en vela ante la venida del Señor, no pierden la esperanza, mientras que otras, ante la tardanza, se dejan abatir, abandonan la preparación y, cuando menos lo esperan, viene el esposo y ya no pueden recuperar el tiempo perdido, encuentran la puerta cerrada y su aclamación “*señor, señor, ábrenos*” nos recuerda las palabras de Jesús: *«No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial»*. Las vírgenes necias, aunque han traído sus lámparas, ciertamente no han hecho la voluntad de Dios, pues no están preparadas para el momento desconocido del tiempo de la venida del Señor.

El final de la parábola nos está urgiendo a que mantengamos viva la espera de la venida del Señor que, aunque no sepamos el día ni la hora, toda nuestra conducta en nuestra vida tiene que estar marcada por la venida del Hijo del Hombre, por eso el Señor nos dice: *«velad»*, y este velar es hacer lo que nos pide el salmo 40: *«No quieres sacrificios ni ofrendas; tu, que me has abierto el oído, no deseas ni víctimas ni holocaustos. Entonces yo dije: Aquí vengo, Señor para hacer tu voluntad»*. Por eso tenemos que llenar nuestras alcuas del único aceite posible: el hacer en todo momento la voluntad de Dios, así estaremos preparados y dispuestos para dirigirnos al Señor con las últimas palabras de la Biblia: *«¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!»*.

Pablo tuvo que hacer frente a la pregunta más grave de la existencia humana: *¿Que ocurre tras la muerte?*, a ese misterio que consiste en tener que aceptar que hay un punto final de la vida. Una vida que, a pesar de todo lo malo que pueda conllevar, es lo más precioso que tenemos y la quisiéramos conservar siempre.

Muy probablemente, aquellos cristianos de la “*primera hora*” esperaban que el Señor regresara pronto para hacerlos participar de su reinado sin tener que gustar la amarga hiel de la muerte. Pero los días se hicieron meses, y luego años, y algunos comenzaron a morir, y luego otros..., y el Señor no regresaba como lo esperaban. La oración incesante de aquellos primeros cristianos nos ha llegado, a través de los siglos, en su lenguaje original. *«¡Maranatha!»*. *«¡Señor nuestro, ven!»*.

Pero el Señor no venía y empezó a cernirse la nube de la tristeza y la desesperanza sobre aquella comunidad de creyentes: *“El Señor no ha vuelto a por nosotros” ¿Qué pasará con nuestros difuntos? ¿Qué pasará con nosotros si morimos antes de que regrese el Señor?*

No sé si a Pablo le resultó fácil pasar de la fe en Jesús a una esperanza firme. Ante la preocupación de los cristianos de Tesalónica, Pablo les responde con una invitación a la esperanza: *«No queremos que ignoren lo que pasa con los difuntos, para que no vivan tristes, como los que no tienen esperanza»*. La fe en Jesús, muerto y resucitado, es lo que está en la raíz de la esperanza. Si creemos en el Señor, victorioso sobre la muerte, hemos de creer que *«a los que mueren en Jesús, Dios los llevará con Él»*.

Dios ya hizo entrar a su Hijo al banquete de la vida, y, sin duda, también nos recibirá a nosotros junto a Él. Tengo la impresión que a los cristianos de Tesalónica las palabras de Pablo les iluminarían, pero no harían menos dolorosa la partida de sus seres queridos y, después, la de ellos mismos, cuando su hora llegara.

En estos dos mil años de fe cristiana, la muerte sigue visitándonos con una regularidad incómoda, y no son pocos los que viven con angustia ese momento final. Leemos en el salmo ^(42, 3): *«Las lágrimas son nuestro pan noche y día, mientras todos me preguntan: “¿Dónde está tu Dios?”»*. Creemos que Jesús cruzó el umbral de la muerte y encontró nueva vida junto a Dios, su Padre. No queremos vivir tristes, como los que no tienen esperanza. Creemos en esa vida nueva, en esa fiesta, en ese banquete del Reino. Pero a todos nos resulta difícil la espera.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31, 10-13.19-20.30-31): *Abre sus manos al necesitado.*

Salmo (127, 1b-5): *«Dichosos los que temen al Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 1-6): *Pero vosotros, no vivís en tinieblas.*

Evangelio (Mateo 25, 14-30): *Al que tiene se le dará y le sobrá.*

En la liturgia de hoy, nos encontramos con varios personajes dichosos: en la primera lectura, hay un hombre dichoso, el que encuentra una mujer hacendosa, el salmo nos presenta otro hombre dichoso, el que teme al Señor y sigue sus caminos, y, en el evangelio, hay dos siervos dichosos por haber sabido negociar hábilmente con los talentos recibidos de su señor.

Es evidente que la mujer de la que se habla en el libro de los Proverbios está muy lejos de ser el modelo de mujer contemporánea. El texto hay que leerlo en su contexto, hay que señalar, que fue escrito hace siglos y que, por lo mismo, refleja un estilo de vida que ya no se ajusta a los parámetros actuales. También podríamos leerlo en sentido inverso: **¿Será dichosa la mujer que se encuentre con un marido hacendoso, que comparta, generosamente, las labores domésticas y que se muestre bondadoso con los pobres?** Lo importante para el autor es: la laboriosidad, el ser hacendoso; lo contrario de ser perezoso y vivir ociosamente.

Este rasgo, creo que es, el que desarrolla Jesús en la parábola que nos transmite el evangelio de Mateo: Tres servidores de confianza recibieron de su señor unos talentos. Aquí no se habla de “ricos y pobres”, ya que los tres servidores recibieron los bienes que, según su capacidad, le pareció bien al amo. Se puede decir que nada era suyo, sino solo la responsabilidad de cuidar lo recibido. Dos pusieron todo su empeño en negociar astutamente con lo que recibieron, y lograron multiplicarlo en la ausencia del dueño. El otro dejándose llevar por el miedo, prefirió no arriesgarse a perder lo recibido, de modo que escondió el dinero.

Los primeros reciben alabanza del quien les había confiado sus bienes, mientras que el otro recibe una reprimenda, pero no por miedo, sino por “malo y perezoso”, además de falta de imaginación. El asunto no puede ser únicamente una cuestión de habilidad económica, pues lo que se juega no es la riqueza, sino la posibilidad o no de compartir la alegría del señor.

No creo que la parábola sea solo para darnos un ejemplo; pienso que va más allá, pienso que nos desafía a identificar los dones que hemos recibido, a ponerlos a trabajar y a estar preparados para rendir cuentas. Me parece que la liturgia de la Palabra de hoy no nos lleva tan solo a ser hacendosos y trabajadores, creativos y eficaces, sino, sobre todo a poner atención a la manera en que estamos utilizando los bienes que se nos han sido confiados, a sabiendas de que tendremos que rendir cuentas de una buena administración de los mismos.

El amo de la viña se va y nos quedamos en la incertidumbre, en el desasosiego, en la espera dudosa. Pero, de cualquier manera, con nuestra libertad y nuestra responsabilidad de seguir creciendo, de mirar hacia adelante contemplando lo que falta por construir, por hacer nuevo un futuro del que todas formamos parte.

Este domingo nos predispone a plantearnos el final de los tiempos, ¿o de este tiempo? Cada persona valora la tarea de elaborar un proyecto desde las capacidades propias y desde lo que las demás personas nos aportan. Tratamos también de desarrollar este proyecto aun en medio de las dificultades que vamos encontrando. En ocasiones, estas dificultades nos llegan de improviso; otras las vemos venir y tratamos de oponer resistencia o evitarlas con un cambio de rumbo en nuestros proyectos o en los medios que ponemos para llevarlos a cabo.

Recordemos la enorme pandemia que padecimos y nos recluyó en nuestras casas, las personas que nos dejaron y ya no están entre nosotros y las guerras que nos desasosiegan por los males que ocasionan y porque no vislumbramos su final. Guardamos en nuestra retina la multitud de imágenes de las catástrofes naturales de este último año que han causado tanto daño y tantas muertes y, cómo muchas personas se dedicaban a ayudar a quienes peor lo estaban pasando en esos momentos, sin hacer distinción de su categoría laboral, ni del tiempo dedicado, ni su origen familiar, y mucho menos por su edad o sexo..., toda colaboración es poca para afrontar una situación que a todos nos afecta. No se nos debe olvidar mientras vivamos.

Nos resulta imprescindible sentir a nuestro lado la vida de otras personas para interesarnos por ellas, para escucharlas, para poder pedirles ayuda cuando las necesitamos, etc. Con el paso del tiempo, después de ir tomando y abandonando personas amigas, solemos hacernos una pequeña lista de amigos que permanecemos juntos por afinidad, por sintonía de aficiones comunes, por encontrarnos a gusto juntos en la tarea de crecer como personas.

Pero todo eso se queda corto, sí, como grupo, no somos capaces de mirar al exterior y ver que hay personas a las que se les priva de lo necesario para vivir; si a la hora de comprar no hacemos el esfuerzo de pensar si lo necesitamos o podemos vivir sin eso; si cuando pensamos en la comida nos vamos a lo más barato sin pensar de dónde viene ese alimento y si es de lo que se produce en lugares cercanos. Entre todas las personas podemos ser constructoras de futuro y, no solo acomodadas a lo que nos traen los tiempos novedosos. Trabajando en y por la comunidad de una humanidad mejorada pues para eso servimos todos.

DOMINGO: JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Ezequiel 34, 11-12.15-17): *Yo mismo buscaré mi rebaño.*

Salmo (22, 1b-3.5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-26.28): *El último enemigo en ser destruido será la muerte.*

Evangelio (Mateo 25, 31-46): *Venid vosotros, benditos de mi Padre.*

En este último domingo del ciclo litúrgico, no hablamos de destrucción, sino de consumación o plenitud de todo lo creado en Cristo Jesús. Pero esa creación, y nosotros como parte de ella, tiene que ir siendo rescatada de los poderes del mal que la asedian.

Al final, Dios será todo en todas las cosas, pero mientras tanto Dios tiene que ser algo en todas las cosas. Esta es la misión de Cristo y, con la fuerza de su Espíritu, es también la misión de los que seguimos a Jesucristo: ayudar a que Dios sea todo en todo, apoyar al establecimiento del Reino de Dios. Pero para que Dios sea todo en todo hay que vencer las resistencias que, instigados por los poderes del mal, le presentamos los seres humanos, los únicos seres dotados de libertad en nuestro mundo y en nuestra historia.

El profeta Ezequiel nos ofrecía su misión de Dios, que, como un pastor deseoso del bien de sus ovejas, sale en su busca. No se sienta para esperar que lleguen, sino que sale al encuentro de las ovejas dispersas, para apacientarlas. Las ovejas dispersas no son olvidadas ni descuidadas por el buen pastor; al contrario, casi podríamos decir que el pastor vive y trabaja para ellas.

Hablamos metafóricamente cuando nos referimos a las “ovejas”, seres que no tienen libertad propia. Pero, por llamativo que sea este lenguaje, hay que tomar en cuenta que está dirigido a seres humanos y, por lo mismo, hay que reconocer su libertad.

Quizás por eso Dios, el pastor, habla de juzgar a su rebaño, de juzgar entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos. No habría juicio posible entre dos animalitos, pues solo actúan instintivamente. Pero los seres humanos sí actuamos conforme a las decisiones que tomamos. Dios envía a su Hijo para aniquilar los poderes del mal, pero nosotros nos resistimos a su acción liberadora. **«Dios quiere que todos los hombres se salven»** (1ª Tim 2, 4), pero no nos puede salvar a pesar de nosotros mismos. Entonces el juicio se impone.

No es un juicio basado en conocimientos, por lo que no es cuestión de saber o ignorar; tampoco basado en el número oraciones o asistencias a actos de culto, y ni siquiera es un juicio que dependa del reconocimiento explícito que hayamos hecho acerca del Hijo de Dios; es un juicio que se realiza totalmente a partir del amor, de un amor eficaz. Decía san Juan de la Cruz: **«En el ocaso de nuestras vidas seremos juzgados en el amor».**

Con frecuencia contemplamos el Reinado de Cristo Jesús comparándolo con los reyes medievales que el cine nos ofrece de vez en cuando. Pero el término «rey», empleado por la Palabra de Dios en una época en que la forma de gobierno más frecuente era esta, dificulta la percepción de «rey» como «Señor».

El señorío de Cristo Jesús es expresado por los evangelios como señorío del Amor absoluto de un Dios que se entrega para que quienes creen en Él tengan vida (Dios pastorea a Israel, según el profeta Ezequiel y pastorea cuidando a las ovejas más necesitadas). Figura que será utilizada posteriormente por Cristo Jesús en Juan 10.

El evangelio de hoy, expresa con claridad que el señorío de Cristo Jesús Resucitado da una clave bien clara de cómo el amor de Dios se manifiesta como misericordia con los que la sociedad descarta y quien se cierra en sí mismo, olvidando al prójimo, no puede experimentar el señorío del amor por él.

Por eso, el amor de Dios se revela como no arbitrario. Es el ser humano quien, rechazando el amor de Dios y el amor al prójimo elige su propio infierno; infierno que, por cierto, no ha sido creado por Dios, sino que es obra del ser humano cerrado sobre sí mismo y, por ello, cerrado al amor que sale de sí para encontrarse con el Otro y con los otros.

El Señorío de Cristo Jesús sobre la historia se expresa en el amor a los hambrientos, sedientos, encarcelados, enfermos... tal y como el propio Evangelio de hoy manifiesta. Todo lo indicado en el Evangelio de hoy no hace referencia a hacer caridad o dar limosna. Se trata de relacionarnos con todos esos grupos humanos que la sociedad descarta para que puedan experimentar que alguien los escucha, los comprende, los ama y, de esta forma, experimentan la dignidad propia del ser humano que se siente amado, valioso para alguien, de forma que su vida adquiere sentido.

Cristo Jesús establece el criterio que utilizará para el acceso a la vida eterna o al castigo eterno. Es una suerte que nos haya hecho experimentar mediante su encarnación y misterio pascual la salvación. Y que haya abierto la puerta de la salvación a quienes aman a los descartados. Porque amar a los hambrientos, a los sedientos, a los encarcelados, a los enfermos, a los descartados brota de la experiencia de que cada uno de nosotros hemos sido amados sin merecerlo, lo cual nos lleva a una pregunta final: **¿cómo podemos hablar de misericordia si no somos nosotros misericordiosos?**